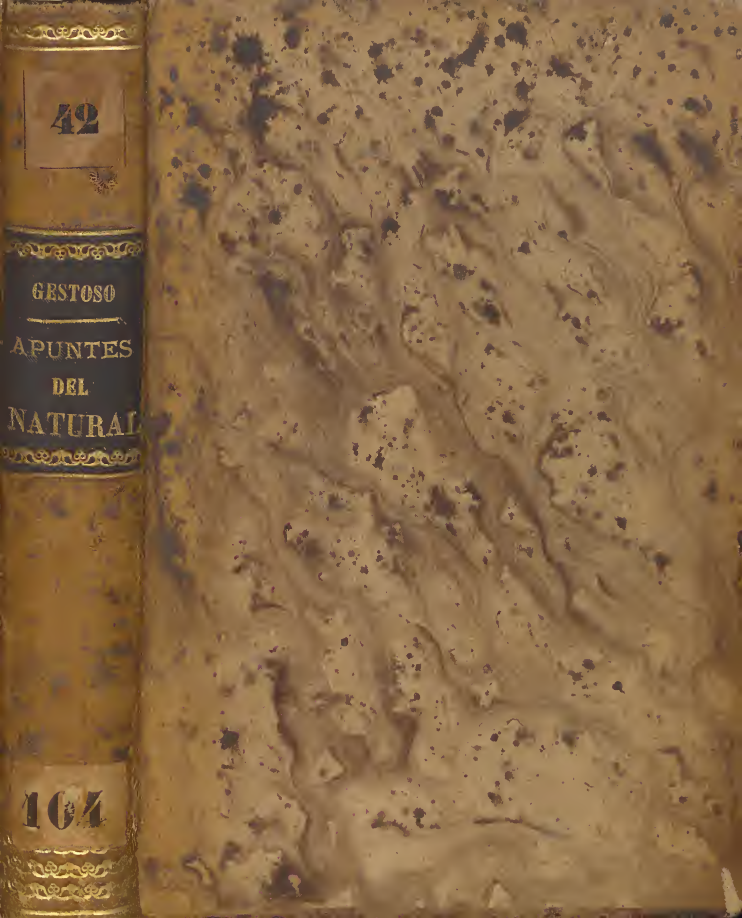

42
GESTOSO
APUNTES
DEL
NATURAL
164





# APUNTES
# DEL NATURAL

LEYENDAS Y ARTÍCULOS

José Gestoso y Perez

# APUNTES DEL NATURAL

## LEYENDAS Y ARTÍCULOS




SEVILLA
Establecimiento tipográfico de GIRONÉS Y ORDUÑA.
Lagar 3 y 5.
M.DCCC.LXXX.III

José Gestoso y Pérez

# PRÓLOGO

En mis ratos de ocio, en los momentos en que el espíritu se complace soñando las más inverosímiles historias y los más absurdos relatos, poco á poco, del confuso laberinto de mis ideas, han ido formándose las páginas que componen este libro.

Confieso que he perdido muchas horas meditando en lo pasado y lo presente; todavía, acaso porque no soy viejo, bullen en desordenado tropel dentro de mi cerebro, asaltándome sin cesar, las quiméricas visiones de otros dias, juntamente con los cuadros que la realidad me ofrece á cada paso. Áun la imaginacion se recrea vagando, ora bajo los medrosos claustros de los templos románicos y entre los despezados sarcófagos que adornan interminable comitiva de grotescas plañideras ó extraño simbolismo heráldico, ó ya abrumada bajo el peso

de las macizas arcadas, anhelando vivir en otra edad más ostentosa y deslumbrante, contempla las reverberaciones de los rayos del sol, que, al atravesar los vidrios de mil colores, iluminan con todos los cambiantes del íris los místicos semblantes de los prelados, de los guerreros y de las Vírgenes que resaltan sobre los fondos de oro de tabernáculos y retablos ó se ocultan entre las sombras de doseletes y marquesinas en nuestras grandiosas basílicas ojivales.

Refúgiase el espíritu en este mundo sobrenatural despues de haber luchado en la vida inútilmente por realizar las imposibles utopias de la juventud, que todavía me inquietan con su bullicioso y alegre séquito de dorados ensueños, arrebatadoras ilusiones é irrealizables esperanzas, de las que al presente sólo restan débiles memorias, semejantes al eco de una vibracion musical, que por algunos dias continúa repitiéndose en nuestros oidos.

Sin embargo, lo presente, como dije ántes, tambien tiene sus atractivos para mí, y por eso confúndense dentro de mi cerebro, en híbrido consorcio, las estrechas ventanas de las casas de vecindad, llenas de mil tiestos de flores, coronadas por flotantes matas de resedá y campanillas purpúreas; las cruces de Mayo, enlucidas con los más abigarrados colores; los retablos de azulejos, alumbrados por sus dos farolillos siempre encendidos; con las típicas bellezas de las mujeres del pueblo, morenas, de encendidos labios y de negros ojos, las magestuosas damas de ámplio brial; los artesonados de oro, los vetustos

torreones, las grandiosas portadas de los palacios, y los calados pináculos, los arbotantes, las ojivas, las gigantescas bóvedas y el enjambre de mónstruos graníticos de los templos. Por eso tambien si mi alma se transporta oyendo resonar en sus prolongadas naves los torrentes de armonía que se escapan del sonoro órgano, de igual modo la conmueven, acaso más íntima y profundamente, las notas lejanas de la morisca guitarra acompañando los cantos de soledad.

Bien sé que si yo hubiera podido dar forma á todos los pensamientos, á todas las encantadoras é imposibles visiones que me asaltan en mis horas de insomnio, si fuera capaz de expresarlas como las he concebido y como aún las siento, tal vez habria formado con ellas una serie de historias tan extravagantes como curiosas y reales, cuyos protagonistas viven entre nosotros. Pero no hay que pensar en esto, y por fuerza he de contentarme creyendo que estas páginas, que durarán más que la mano que las trazó, tambien habrán de perderse al cabo confundidas con otras que valen más que ellas. Esta será su suerte y tal el destino reservado á mis locos pensamientos y á mis efímeros sueños.

Marzo, 1883.

---

# Sor Marta

## I

Era muy niña.... Contaba apénas trece años y habia quedado huérfana, ó, lo que es lo mismo.... ¡sola! Era débil como las flores, tierna como las tórtolas.... ¡Y se parecia tanto á las unas y á las otras!

Pero, he dicho mal.... no vivia completamente aislada: murió su madre, unos parientes la recogieron, y, lo que sucede siempre, la voz de la conciencia enmudeció, dando paso á la del egoismo. Ello es lo cierto que, pasados dos meses, consideraron á la niña como una carga pesada, despues.... les fué insoportable.

## II

Aquel pueblo tenía tambien su convento de monjas. Era grande, espacioso, destartalado. El convento, su iglesia gótica, con sus atrevidas arcadas ojivales,

con su enjambre de mónstruos y de santos, de reyes y cenobitas, sus oscuras y lóbregas capillas, sus solitarias lámparas, sus vidrios de colores, y.... ¿para qué más? era un gigante con nervios de granito, que habia nacido en el último tercio de esa época que se llama Edad Media. Como su tiempo, tambien era un conjunto híbrido, una mezcla de luz y de tinieblas, de alegría y de tristeza, de hermoso y de deforme. Maridaje original *sui generis*, fantástico, vago, con esa vaguedad que producen las sombras.

Cuando los rayos del sol atravesaban sus vidrios de mil colores habia una parte del edificio que se alegraba, parecia sonreirse; la otra quedaba yerta, muda, silenciosa.

Cuando el órgano vibraba, y sus vibraciones, tomando forma, se convertian, ora en raudales de sonoras notas, ora en torrentes de armonía, no era extraño ver allá al final de la ancha nave los trémulos reflejos de la lámpara, que oscilaba entre las densas sombras de una desierta capilla....

¡Eterno contraste de la vida!...

## III

Tenía el convento, además de la iglesia coronada por su campanario, en el que frecuentemente volteaban, lo mismo de noche que de dia, los más bulliciosos esquiloncillos, sus claustros, sus espaciosos patios con grandes fuentes y además su jardin.... ¡pero qué jardin!... En él crecian adelfas y lirios, margaritas y amapolas, naranjos y claveles.... tambien ortigas y

jaramagos, y sobre estas flores, aislados, escuetos, cinco ó seis altos y enhiestos cipreses, cuyas copas se movian tan pesada y tristemente, como se mueven en nuestra imaginacion los recuerdos vagos de las ilusiones juveniles. Este era el convento; confusa, indefinible mezcla de lo que nunca puede compadecerse, de lo medroso y sombrío y de lo alegre y sonriente.... Junto al negro y carcomido muro, los rosales blancos y las pasionarias....

Pero me olvidaba: despues de atravesar este patio, mitad huerto, mitad jardin, veíase otro más pequeño y áun más solitario y agreste. Casi cubrian el suelo una multitud de losas blancas é infinitas y corroidas cruces de palo, por las que trepaban las hiedras y esas pequeñas campanillas blancas que nacen espontáneas en los eriales.... Aquello era el campo santo. Nada, pues, faltaba.... Habia una iglesia, un claustro, un jardin y un cementerio.

## IV

Las flores no viven sino entre las flores. ¿Dónde, pues, mejor habia de vivir Blanca que entre aquellas sus compañeras? Verdad es que se la aislaba; verdad es que no alcanzaria á conocer los encantos de la vida; cierto, tambien, que á los doce años, esa divina edad en que comienzan á tomar cuerpo y á irse formando las ilusiones y los ensueños, es cruel, muy cruel que languidezca el alma en la soledad; pero.... si se la aislaba, si no llegaria nunca á conocer de este modo los encantos de la vida, si su alma languidecia

entre aquellas oscuras piedras y aquel salvaje huerto, tambien se la evitaba.... ¡Quién sabe!... Ella era rica.... sus parientes pobres.... huérfana además.... La vida del claustro es el camino del Cielo.... Por eso.... nó por otra cosa.... la hicieron entrár de novicia. Nada hay más fácil y corriente que pretender sofocar la voz del deber, ocultando lo que en sí es mezquino y deforme con la máscara de un móvil generoso y santo.... Y á los parientes de Blanca sucedió esto.

La niña, indudablemente, no tenia experiencia para conocer ese lodazal de la vida, no pudiendo apreciar tampoco los resultados de lo que con ella se hacía. Nació en aquel pueblo y nunca fué á la capital próxima. Para ella el mundo se componia de sol, de aromas, de pájaros, de bosques y de flores.

## V

Y entró en el convento casi alegre; y digo casi alegre, porque, apesar de sus años, nunca tuvo completa alegría. Su alma era triste, tanto como su rostro. Siempre estaba pálida, y sus negros ojos, entornados y adormidos, parecian buscar quizá algo que le sonreia en ese espacio infinito en que vagan nuestros sueños y nuestras quimeras.

Iba diciendo que entró al fin.

Era una tarde de primavera, y apesar del canto de los pájaros que saltaban en las ramas de los almendros, del hermoso sol que alegraba el patio, y de las infinitas campanillas que, despues de trepar por la

gótica cresteria de los arcos, quedaban flotantes desde su clave como un cortinaje de verdura, apesar de estos encantos, tuvo miedo cuando atravesó el claustro.

Aquellas estatuas yacentes, rígidas y amarillas, diseminadas por él, causaron en su alma un terror desconocido, se estremeció ligeramente como una violeta al soplo de la brisa, como los labios de una niña al contacto del primer beso de amor, sintió frio, y, sin darse cuenta, sin podérselo explicar, por sus mejillas corrieron lágrimas. Las monjas que la iban acompañando le preguntaron:

—¿Por qué lloras, Blanca?...

Ella contestó:

—¡Me acuerdo de mi madre!

¿Habria quizás comprendido lo horrible de su aislamiento? ¡Tendria que vivir ya sola! ¡Nadie se interesaria por ella en el mundo!...

Atravesaron el claustro; despues, cruzando angostos y oscuros pasillos, subiendo torcidas y desvencijadas escaleras, llegaron al claustro alto.

En los muros se veian multitud de puertas. La monja que iba sirviendo de guia abrió una de aquéllas: era una habitacion más bien grande que pequeña, y por muebles tenía una humilde cama, una silla de alto respaldo, un reclinatorio con su crucifijo, una mesa con tres ó cuatro libros cubiertos de polvo, y.... nada más.

Habia lo bastante para cubrir las necesidades del cuerpo; en cuanto á las del alma.... ya lo hemos visto.... las buenas madres no se olvidaban.... Blanca podia leer y podia orar.

## VI

Era la hora del alba, y á su incierta luz no hay para qué decir que los objetos se distinguian confusamente. Todo el convento aparecia entónces más sombrío, envuelto aún en los vapores de la noche.

Á aquella hora despertaron á Blanca para que asistiera al coro. Fué á buscar sus vestidos y no los halló; pero, en cambio, tropezaron sus manos con unos paños que pesaban mucho.

Abrió la ventana de su celda, que daba al claustro alto, y, á la escasa é incierta luz del alba, pudo distinguir que aquello era un hábito. Cuando concluyó de ponérselo, sus manos, como de costumbre, fueron á buscar la cinta de seda que tenía para cerrar su traje; pero en aquel hábito no las habia. En cambio se puso un escapulario blanco, que contrastaba hermosamente con el sayal que era azul. Despues prendió en su cabecita la toca y fué á mirarse al espejo.... tampoco habia espejos.

Tuvo que renunciar á este sencillo placer.

Bajó las escaleras con mucho miedo, atravesó por entre los sepulcros temblando y se encontró en el coro.

Allí le señalaron un sitio entre las demás novicias.

Blanca no sabía entonar las preces que sus compañeras; el latin le era tan desconocido como á éstas, y tuvo que privarse del placer de cantar, aunque fuera rutinariamente, como lo hacian las otras.

La comunidad, en cambio, elevaba á Dios sus pre-

ces de ese modo pausado y monótono que nos hace sentir un gran frio en el fondo de nuestra alma.

Y así estuvieron cerca de dos horas. El esquiloncillo del convento empezó á tocar á misa. Entraron tres ó cuatro viejas de las del pueblo y al poco rato apareció el sacerdote en el altar. Una vez concluida aquélla, sonó de nuevo otra campana convocando al refectorio, y despues volvieron al coro; terminado éste, otra vez al refectorio, y.... llegó la tarde. Las monjas, unas se paseaban silenciosas por el jardin, otras se sentaron diseminadas, ya sobre algun capitel abandonado, ya al pié de los sepulcros, semejando esas mudas y tristes estatuas que adornan sus ángulos.

## VII

La infancia teme á la soledad, por eso se créa pronto vínculos. Algunas novicias se la acercaron y al poco tiempo reinaba entre ellas una comun alegría.

Blanca les contó su vida suspirando... ellas las suyas sonriendo, y como siempre junto á la risa están las lágrimas, algunas de sus compañeras se reian de sus miedos y sus temores; otras nó.... lloraron en silencio.... ¡Eran huérfanas tambien!

Pasados los cortos momentos de expansion, otra vez al coro.... Á rezar otra vez. Despues cada una á su celda.

Y al dia siguiente, y al otro.... y al otro.... ¡Lo mismo siempre! ¡Hermosa vida para corazones helados.... ó.... para ángeles!

Pues bien, Blanca al mes sabía el latin que las demás.

Su voz era deliciosa, dulcísima....

Cuando cantaba, era fácil distinguirla entre todas. Por una causa desconocida, secreta, que pudiéramos llamar misteriosa, es lo cierto que sus cánticos resonaban con una triste expresion que no tenian los de sus compañeras.

Aquella melancolía de su alma se manifestaba en todos los momentos de su vida.

Más que cánticos, eran suspiros.... Acentos de un alma enferma. Iban, por decirlo así, impregnados de un oculto dolor....

No era su voz la que cantaba.... Era su alma que gemia.

## VIII

Amó á Dios porque tenía que amar algo. Le amó infinitamente, como los ángeles.

Ella pensaba que no habia nada más allá del claustro, que el mundo todo estaba dentro de su convento.

Y pasó tiempo, y esta idea llegó á posesionarse de su sér, resumiendo su existencia.

Ya no habia nada lóbrego, nada triste para ella dentro de aquellos muros. Hasta los santos de piedra le sonreian desde la penumbra de sus hornacinas.

Se acostumbró á mirarlos; es más, se connaturalizó con ellos y hasta con las estatuas de los sepulcros.

¡Placeres!... ¿Podian acaso existir mayores que los que ella experimentaba, bien cuidando de las flores del jardin, ó haciendo ramilletes de margaritas blancas y de plata, para adornar el retablo de la Vírgen?

Blanca oia hablar del mundo exterior, de aquel mundo desconocido para ella, nó con extrañeza.

Verdad que algunas cosas le sorprendian; pero el todo, el conjunto, creia adivinarlo.

«El mundo será acaso otro convento mayor.... Sí, mayor ha de ser, para que contenga tantas gentes.... ¡Oh, yo quisiera conocerlo!» Pero nunca pensó más que esto. Aquí se detenia su pensamiento, quizá temeroso de descubrir el más allá.

Trascurrieron algunos años....

Blanca era ya una mujer.

Un dia la llamó la Superiora á su celda. Allí hablaron las dos largo tiempo.

La habian propuesto que profesara: aceptó. Con la sonrisa en los labios dijo que sí; pero ¿por qué cuando salió de la celda, Blanca lloraba?

El corazon presiente, adivina lo porvenir.

## IX

Desde que pasó esto, las monjas trataron de disponer lo necesario para que la profesion fuera más solemne.

Noticióse esto á los parientes de Blanca; pues.... nada.

Repitieron que el claustro es el camino del Cielo. Les contentó mucho esta determinacion (¡es natural!...), ofreciéndose su tio á servir de padrino y á costear cuantos gastos se originasen.

Quiso que se hiciera con la mayor pompa. ¿Pensaria que de este modo acallaba la voz de su con-

ciencia? Á todo se acostumbra el hombre, y más que á nada á engañarse, cuando del engaño le resulta un goce ó algun ficticio placer.

## X

Se trajeron colgaduras para vestir las altas columnas; guirnaldas de flores para colocarlas sobre los góticos festones, y alrededor de las esbeltas ojivas corrian las hiedras y las campanillas de todos colores.

Arañas deslumbrantes de cristal, lámparas de plata, costosos bordados, toda la riqueza, en fin, que el convento guardaba para las grandes solemnidades, todo sacóse á relucir en esta ocasion.

## XI

Desde el dia anterior no descansaba el esquiloncillo del convento; pero al mismo tiempo que los sonidos de éste eran alegres y bulliciosos, una campana tañia lúgubre y tristemente, como si tocara á muerto.

Á la verdad, esto no es extraño. En el mundo son muy frecuentes estos contrastes y ya á nadie impresionan.

Recuerdo haber visto algunas máscaras embriagadas, despues de la salida de un baile, danzar próximas á una ventana, detrás de cuyos hierros dormia el sueño de la muerte una niña de diez y seis años.

Y las gentes se paraban, no sé si para divertirse

con el baile ó para rezar á la muerta.... Pero ya siento haber hecho esta digresion; me he separado de mi relato.

Amaneció el dia; en la iglesia estaba todo dispuesto. Tapices, alfombras, flores, y mil y mil adornos más avaloraban el cuadro.

En el presbiterio se veian colocados algunos antiguos sillones para los padrinos. Lo restante del templo era para las demás personas.

## XII

Empezó la iglesia á llenarse de gente. El pueblo todo acudia, señores y criados. Aquéllos mostraban en sus rostros alegría ó.... indiferencia: iban.... porque sí. Por el contrario, no era muy difícil escuchar de los criados frases como ésta:

—¡Qué lástima!... ¡Pobre Blanquita!

Añadiendo las mujeres:

—¡Si su madre viviera!

Se comprende este diverso criterio. Formado el uno por gentes que.... *valen* y.... *saben*, y si no saben, suya es la culpa.

Pero los otros, pobres, miserables, juzgando sólo por las exterioridades y sin tener conciencia de lo que dicen; es verdad que en cambio tienen corazon que les enseña á sentir; mas ¿quién se acuerda de éste para aplicarlo á los actos de la vida?

Los padrinos ocuparon al fin sus asientos. El órgano prorumpió en mil sonoros torrentes de armonía.

Las nubes de incienso se perdian allá en la clave de los altísimos arcos.

Un mar de rayos de oro penetraba á través de las vidrieras.

Millones de luces, reflejando en las facetas de cristal de las arañas, las hacian aparecer como deslumbrantes globos de fuego, de oro y de colores.

Delante del altar mayor el Preste y sus ministros.

En una grada más baja los padrinos, vestidos con ropas negras.

Hé aquí el cuadro....

Con la cabeza inclinada, pálida como una vírgen muerta, envuelta en un ámplio traje blanco, muda y silenciosa como el olvido, rodeada de las demás monjas, veíase la figura de Blanca, resaltando en el fondo oscuro del coro.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Concluida la misa, el Preste y sus ministros bajaron á la iglesia seguidos por los padrinos, llegando todos hasta la puerta claustral.

Las monjas, formadas en dos hileras, dejaban ver en el centro á la Abadesa, conduciendo de la mano á Blanca.

Ámbas se adelantaron hasta la misma puerta.

El Sacerdote llegó hasta ellas recitando una oracion: hizo que Blanca se arrodillara.

Hincada en el suelo, le cortaron entónces sus cabellos.

Tuvo que ponerse de pié y se irguió temblorosa, insegura como una sombra.

Faltaba algo más: llegaron unas monjas soste-

niendo grandes bandejas de plata cubiertas de flores.

El Sacerdote rezó de nuevo otras preces é hizo que el cuerpo de Blanca se tendiera sobre el tapiz que cubria el suelo. La comunidad entonó el responso y con las flores cubrieron su cuerpo como mortaja.

Levantóse Blanca, y despues de otros cánticos y otras ceremonias, la puerta claustral se cerró para siempre.

Las gentes abandonaron el templo.

Todo habia concluido. . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . ¿Todo?

## XIII

Las revoluciones—ha dicho no sé quién—son hijas de nuestro siglo; por esto se miran ya indiferentemente.

Lo mismo que en el mar, suceden trastornos en la sociedad.

Las olas se levantan y destruyen.

El mar tambien hace á veces el papel de Atila.

La sociedad igualmente los tiene, ó, mejor dicho, los aborta. Entónces el fango se revuelve, se esparce por las aguas y llega á la superficie. Despues ¿quién sabe?

No trato de negar una verdad inconcusa; sé que existe la ley del progreso humano, pero habrá de concedérseme que no siempre se obtienen los resultados apetecidos. En el caso de que tratamos, otro era el remedio que necesitaba aquella mortal dolencia.

La voluntad continuó aprisionada con los votos, con ellos aherrojóse el libre albedrio; ó, lo que es lo mismo, aquello que Dios hizo vário é inconstante, los hombres han querido que sea inmutable.

Mi pluma es voluntariosa como un chiquillo mal educado. Tiene caprichos; por eso he escrito lo anterior, y por cierto que me ha sugerido algunas ideas.... mas será conveniente que me olvide de ellas como de otras tantas ya viejas y decrépitas, que yacen hacinadas en los desvanes de mi cerebro.

## XIV

Decia, pues, que vino la revolucion y á aquel convento tocó en suerte ser suprimido.

La comunidad fué trasladada desde aquella aldea nada ménos que á.... el nombre poco importa; diré, sí, que á una de las más importantes capitales de España.

Se reunieron las dos comunidades y vivian las unas recordando sus antiguas moradas, aquellos claustros, aquel jardin, y tambien el mezquino cementerio. ¡Hasta con los muertos llegamos á connaturalizarnos! Las otras.... su independencia.

Sor Marta.... no me gusta llamarla así; Blanca, diré, ni sintió ni se alegró tampoco del cambio de domicilio.

Hacía ya tiempo que todo le era indiferente.

No hablaba con nadie; sólo con su alma.

Ya no se complacia en cuidar flores ni en hacer ramilletes para la Vírgen.

Lo único de que se acordaba era del cementerio.

Siempre se la veia con la cabeza caida sobre el pecho, mirando al suelo. Los ojos, si no cerrados, casi ocultos por las hermosísimas pestañas. Su aspecto era el de una sombra. Tranquila siempre, mística, en sus movimientos habia ese reposo de las antiguas esculturas.

Sin embargo, á través de esta inefable quietud se advertia que luchaba con algo.

## XV

Sus compañeras la señalaban con la veneracion que inspira la virtud.... ¡Era una santa!

Una tarde llegó á subir hasta un extenso terrado que tenía el monasterio! Por vez primera parecieron sus ojos extraviados. Tendió la vista, y sus miradas se fijaron en el laberinto de calles que formaban la ciudad.

Torres altísimas; esbeltas agujas, que se perdian en las nubes; soberbios edificios cuyos frontis de mármoles descansaban en colosales columnas; áticos de pórfidos y bronces; portadas suntuosas, y todo esto envuelto en un constante ruido semejante al zumbar de una inmensa colmena.

Blanca creyó soñar; la impresion no fué duradera....

Cerró sus ojos.... para abrirlos á solas ante su alma.

XVI

Juzgando por las apariencias, único medio que en el mundo tenemos para apreciar los actos de las demás personas en la vida, la verdad es que la influencia del cambio de monasterio fué sensible á la comunidad trasladada en los primeros dias; despues se acostumbró. Es una gran dicha esa cualidad acomodaticia de nuestro espíritu, y en virtud de ella todo continuaba lo mismo.

Blanca habia vuelto á cuidar sus flores: tenía un altar, que era su favorito, ante el que rezaba, ahora más que nunca, sin darse cuenta del aumento de su devocion.

Era más devota, sin poder explicárselo, quizá porque cuando se llega á conocer la existencia de la materia se sueña más con el cielo.

Despues de todo se convenció de que su celda actual era mejor que la de su antiguo convento. En aquella agreste situacion en que se alzaba el primero de sus retiros, las rocas y los pinos de las montañas formaban el horizonte, ahora nó; en éste habia una gran ventana, y frontero á ella un edificio de vastas proporciones, como un palacio, llegó á entretener muchos ratos de su vida.

Era, á la verdad, suntuoso; compuesto de variados mármoles y trasparente alabastro.

Blanca miraba con extrañeza aquellas luchas de centáuros con hidras; de sierpes y bichas con alas de murciélago y colas bifurcadas; sátiros con garras de

águila y extremidades semejantes á las de monstruosos delfines ornando los frisos: en los huecos de las pilastras trofeos militares, yelmos, escudos y lanzas, urnas ó vasos revestidos de frutas y flores, formando ligeras guirnaldas.

Bajo el grandioso ático que coronaba la fábrica toda, sosteniendo la atrevida cornisa, algunos jimios parecian retorcer sus miembros graníticos abrumados bajo el peso que sustentaban. Encima de la puerta de entrada, esculpidos sobre sus dovelas, dos heraldos gigantescos, con ámplias dalmáticas blasonadas, airosos birretillos y gruesas mazas, sostenian un escudo surmontado de una énorme corona ducal, de la que partian á uno y otro lado del muro flotantes lambrequines.

Blanca veia todo este conjunto extravagante y raro desde la ventana de su celda, complaciéndose en observarlo en aquellas noches que la luna lo iluminaba: los grandes batientes, las proyecciones de las sombras y las misteriosas penumbras aumentaban su indefinible encanto con la palidez de sus mármoles y con esa augusta severidad de las grandes construcciones antiguas.

Pues bien, en aquel soberbio palacio vivian los Duques de M., patronos de su convento.

## XVII

Grande agitacion, extraño movimiento hace ya dias que se nota en el interior del monasterio.

Las monjas limpian alfombras y tapices, otras

adornan los altares, elevan arañas, colocan en altos candelabros robustas hachas de cera.

Un rico estrado con dosel, guarnecido de flecos y borlas de oro, con grandes escusones bordados en su centro, se levanta en el presbiterio.

La iglesia se cubre de damascos y brocados y al amanecer de un dia las campanas todas voltean alegres y bulliciosas, anunciando una gran fiesta.

Los Duques de M. tienen una hija, única heredera de sus timbres y riquezas, que va á contraer matrimonio nada ménos que con otro Duque, con el de H., perteneciente á una de las más opulentas y linajudas casas de España. Su matrimonio va á celebrarse en la iglesia que los Duques padres patrocinan, y hé aquí la causa de los preparativos que se hacian.

La comunidad ha visto, por esta causa, interrumpirse la monotonía de su vida; sus costumbres se han alterado con tales ocupaciones, y todo, al fin, se ha dispuesto como corresponde á la solemnidad del acto y á la elevada jerarquía de tales personajes.

Merced á este deslumbrante fausto, se ha realizado una gran trasformacion. Parece que un gran rayo de sol, penetrando á través de aquel sombrío muro, ilumina el vasto ámbito del templo con su esplendente luz.

Todo brilla: los altares parecen de fuego y oro, el techo resplandece, el cristal reverbera, las flores perfuman el ambiente, y en medio de este océano de luz, de resplandores y de aromas, se ven cruzar, ligeras como sombras, á través de la verja claustral, á las monjas que disponen los últimos pormenores.

Ya de aquel convento han huido las tinieblas: su imponente severidad se ha trocado en juvenil alegría; su frio reposo en alegres y bulliciosas voces.

Un sol esplendoroso de otoño lo ilumina con sus vivos rayos, y los matices de las flores y los reflejos de los mármoles aumentan el incentivo de cuadro tan mágico y encantador.

Las campanas no cesan de voltear desde el amanecer; las puertas de la iglesia se han abierto, y una multitud apiñada espera con ánsia la llegada de los personajes.

## XVIII

Á la hora del medio dia una docena de criados, vestidos con las libreas de la casa, por supuesto, blasonadas, abren camino por entre la multitud, apartándola para que no obstruya el tránsito.

Al fin, un rumor confuso se alza de aquellas gentes que llenan la plaza, y unos detrás de otros comienzan á pasar los magníficos carruajes arrastrados perezosamente por soberbios tiros de seis y ocho caballos, enjaezados con arneses de plata, que conducen lujosos palafreneros, sirviéndoles de riendas gruesos cordones de oro con enormes borlas de lo mismo.

Todos ellos van parando á la puerta del templo, y al apearse ostentan sus dueños, ya bordados uniformes, ya deslumbradoras condecoraciones; prueba elocuente de la valía de tan encumbrados personajes. Las damas lucen crujientes sederías, riquísimos joyeles, afiligranadas blondas. Todos tambien forman

un círculo alrededor del presbiterio y fijan sus ojos en la puerta, esperando que lleguen los novios y padrinos.

Al fin aparecen los primeros.

Ella es elegantísima y esbelta; él, apuesto y bizarro: ella tiene los ojos garzos, rasgados, con hermosas pestañas, el cabello de oro, los labios del color de las amapolas; él, negros y grandes como su rizada cabellera y barba. Sobre sus hombros cae, suelto y airoso, el ámplio manto de la órden de Alcántara, cuyas majestuosas líneas aumenta la bizarría de su noble y varonil aspecto.

¡Qué indescriptibles momentos! El órgano prorumpe en mil sonoros torrentes de armonía, las nubes de incienso se elevan por las gigantescas arcadas, raudales de purísima y dorada lumbre penetran á través de los vidrios de colores, las sedas, brocados y terciopelos fulguran en mil luminosos cambiantes; el incesante clamoreo de las campanas, ébrias de contento, hiende los aires; el relinchar de los caballos, las voces de los palafreneros y la algazara de aquella multitud, que pulula como un inmenso hormiguero por la gran plaza, todo contribuye á realzar el indescriptible encanto de aquel cuadro, exuberante de vida, de sol, de perfumes y colores.

## XIX

Para los que vivimos en el mundo un acontecimiento como este despierta siempre en nosotros ese espíritu de curiosidad que es el móvil de todos nuestros actos.

Un matrimonio cualquiera puede sernos indiferente; pero ahora, tratándose del de dos poderosos, nos inspira la misma curiosidad, por ejemplo, que su entierro. Y esto se comprende fácilmente: tan variada y rica es la pompa que se despliega en el primer acto como en el segundo.

Y si no hé allí á los convidados, pintorescamente vestidos con sus uniformes, encomiendas y cruces; helos allí con la sonrisa en los labios, contentos y satisfechos; tambien sus trenes, con todo el fausto que el acto requiere.

Pero decia yo que el que asiste al primero tiene ya visto el segundo. Nó.... dista mucho el uno del otro: aquí el pesar y la tristeza se ven retratados fielmente en.... los penachos de los caballos. Entónces fueron blancos, ahora son negros; y, sobre todo, el pesar, el luto y el sufrimiento se ven fielmente representados por un trozo de gasa alrededor de un sombrero, lo cual es un medio tan elocuente como otro cualquiera para manifestar el dolor.

No hay para qué quejarse de estas que algunos llaman miserias humanas, ni motejar á nuestra sociedad de cínica é indiferente: para todo tiene ella sus sábias y oportunas manifestaciones.

## XX

Pues bien; eslabonando nuestro relato, podremos comprender que si el matrimonio de los Duques fué un acontecimiento para toda la ciudad ¿qué sería para Blanca?

Por vez primera, vió desplegarse ante sus ojos ún mundo desconocido, que no habia ni soñado; hé aquí por qué cuando comenzaron á llegar los primeros trenes y se desarrollaba ante su vista aquel deslumbrante conjunto de carrozas y caballos, de damas y caballeros, iba y venía desde el coro á su celda, con vertiginoso afan, andando cien veces este mismo camino.

Toda aquella agitacion, aquel inusitado movimiento la aturdia. Concluyó por convencerse de que soñaba, y á medida que los elementos componentes de aquel cuadro se iban mostrando, más se afirmaba en su opinion.

Pero despues de todo, ella, sin saber por qué, no podia darse cuenta de algunas cosas ni explicarse algunos fenómenos.

Desde la ventana de su celda vió llegar el último soberbio tren, donde venian los novios; apeáronse y entónces corrió precipitadamente al coro: ámbos atravesaban la nave en aquel momento, para subir al presbiterio.

Blanca (y hé aquí el ejemplo de lo dicho anteriormente), sin darse cuenta de lo que hacía, abrió áun más sus ojos; queria ver mucho. Aquel hombre miraba á aquella mujer ¿de qué manera? Tenazmente fijos los ojos de la monja en ellos, y apesar de esto no habia visto nada. En el fondo de su alma sí experimentó algo extraño; creyó que álguien, apoderándose de su cuerpo, lo hizo estremecer, sacudiéndole violentamente.

Si hubieran preguntado á Blanca quiénes eran

aquella mujer de cabellos de oro y aquel hombre de los ojos negros, apesar de saber quiénes eran, sólo hubiera podido decir que ella no lo sabía, pero sí que se miraban mucho, dulce, lánguida, celestialmente, como dos ángeles.

Hubo un momento, durante la ceremonia, de profundo silencio, y una voz clara y enérgica dijo de este modo:—Sra. Duquesa de M., ¿quereis recibir por esposo al Sr. Duque de H.?—Sí quiero—respondió una voz argentina, sonora, de dulcísima expresion.—Y vos, Sr. Duque de H.,—dijo de nuevo la primera voz,—¿quereis recibir por esposa á la Sra. Duquesa de M.?—

Blanca entónces abrió desmesuradamente sus ojos, que estaban entornados; miró sin saber adónde, clavándolos en el espacio con la fijeza de los de un loco, y acercando su oido cuanto pudo á la verja del coro, quedóse inmóvil.

—Sí quiero....—contestó varonilmente el hombre de los ojos negros.

¿Qué le sucedió á Blanca entónces? Nada: aquello era sólo curiosidad; ya estaba satisfecha, y su rostro recobró instantáneamente su pristina calma.

La ceremonia habia terminado. Un ruido confuso, extraño, se advirtió en el templo al abandonar sus asientos los convidados, disponiéndose á marchar. El hombre de los ojos negros conducia de la mano á la mujer de cabellos de oro: así bajaron las gradas del presbiterio; reposados, majestuosos, y, como siempre, mirándose de aquella manera extraña. Ella tenía la edad de Blanca: diez y ocho años.

XXI

Poco tiempo despues de esto, la plaza se veia desierta; la iglesia comenzaba á envolverse en esa luz melancólica y tristísima de las tardes de otoño; las guirnaldas de flores que adornaron las columnas se veian fuera de sus líneas, pendiendo ya, marchitas, incoloras, como esas flores que, despues del mes de Difuntos, vemos diseminadas sobre las losas de las sepulturas.

La luz de una lámpara próxima á morir chisporroteaba solamente en el presbiterio, y el agudo chillido de algunos murciélagos, revoloteando en torno de su triste resplandor, eran los únicos ruidos que interrumpian la medrosa calma y la soledad del templo. Repetiré en este lugar la pregunta que me hice al concluir la profesion de Blanca: «Todo parece que habia concluido. ¿Todo?»

XXII

Hay que confesar que la ceremonia se habia celebrado fastuosamente. Las monjas estaban satisfechas, contentas, y su conversacion durante el recreo de aquella tarde era referente á lo acaecido.

Blanca bajó al jardin como siempre. Pero ¿por qué causa ni siquiera miró sus flores ni rezó tampoco ante la Vírgen que se veneraba en el claustro?

No pudo estar mucho tiempo en el jardin. Tenía frio.... por eso quizá estaba tan pálida.

La Abadesa la mandó retirarse á descansar.

—¡Es justo!—decian sus compañeras,—ha trabajado más que todas nosotras: no es extraño que esté enferma.

## XXIII

Las tempestades, así en el órden físico como en el moral, van precedidas siempre, ántes de desencadenarse, de siniestros fenómenos que nos advierten su aproximacion.

En el órden físico comienza el sol por oscurecerse; un velo de sombríos vapores se levanta en el horizonte y lo oculta entre sus densos pliegues; despues el viento comienza á gemir, brama, se desencadena, por último; sacude con titánica fuerza los más robustos árboles, retuerce sus ramas, las desgaja, las arrastra y hunde en el polvo; despues, arrebatándolas en sus alas, las esparce y disemina por los aires. El horizonte es ya negro; los huracanes chocan y se estrellan en la inmensidad, y á su bárbaro y salvaje bramido, y á su poderoso impulso, precipítanse las piedras desde lo alto de las montañas, ruedan los colosales aludes, los torrentes se desbordan, relámpagos de fuego cruzan por la inmensa bóveda, arrasan, incendian, exterminan....

Del fondo de nuestras almas surgen tambien las tinieblas lo mismo que en la naturaleza: como á ésta, nos envuelven las negras sombras, los tenebrosos vapores; hay entónces algo dentro de nosotros que lucha titánicamente, que se retuerce, que pugna por

desasirse de cadenas desconocidas, que ora se repliega y avanza, ora retrocede é invade: sacudimiento horrible que nos conmueve, gigantesca ola que nos abruma, lágrimas que abrasan, recuerdos que envenenan, relámpagos de pasadas dichas, ensueños que nunca se realizaron, aspiracion constante hácia todo lo infinito y todo lo grande, partiendo de un fondo cenagoso y mezquino... Pugilato maldito de lo que nunca puede unirse....

Hé aquí las luchas del alma; se oscurece, agoniza y muere lo mismo que la naturaleza.

Nosotros, sin embargo, somos de peor condicion. Para ella brilla el sol de nuevo, y, tras una tarde tempestuosa, vemos una noche plácida y serena. Para nuestras almas.... nunca.

## XXIV

He emborronado algunas páginas con el relato de un hecho trivial, que seguramente al comun de las gentes nada importa. Una niña abandonada que profesa en un convento.... Vemos esto á cada paso, y sería un absurdo compadecer á la nueva monja. ¿Quién puede, humanamente hablando, preocuparse con lo que al fin es sólo una niñería, habiendo en el mundo tantas cosas sérias y de verdadero interés? Un negocio frustrado, una bancarrota; eso sí ya es digno de que los hombres graves se fijen, estudien y propongan los medios para evitar tales ruinas y tan trascendentales desastres.

Pero, á la verdad, que una niña profese ó nó, que viva como un sér animado ó como un autómata, ciertamente que causaria risa el imaginar que hombres de tanto marco y valía pudieran ocuparse en estos insignificantes pormenores.

Yo, que no escribo para esas lumbreras científicas, económicas ó mercantiles, ni áun siquiera para nadie, dejo correr á su antojo mi pluma, y recuerdo hechos en cuyo exámen y estudio se ha entretenido á veces muchos ratos mi pobre cabeza, en la cual nunca ha cabido una cotizacion de Bolsa.

¡Y es lástima que no hubiera empleado el tiempo perdido con tales devaneos en fines más altos, anotando, por ejemplo, el número de botones fabricados desde hace tres siglos en Inglaterra, los kilógramos de especias procedentes de la India y las cajas de té chino consumidas en España! ¡Cuántos lectores hubiera tenido entónces mi revista, y más si la hubiera bautizado nada ménos que con el epígrafe de *Revista comercial*, esto en primer término, *agrícola*, *industrial*, etc., etc.! Pero ya es tarde, y además tropiezo con un obstáculo insuperable: mi fatal torpeza para los números y mi inquieta imaginacion, de lo que es buena prueba lo que precisamente escribo ahora, que á nadie importa y que es por demás ajeno á mi interrumpido relato.

## XXV

¿Podria yo asegurar que todo lo ocurrido en el convento aquella mañana fuera la causa de que Blan-

ca se retirase del jardin temprano y que por la noche no asistiera al coro? Me limito á decir que es posible.

Ya en su celda, recostóse un momento en el lecho.

Cerraba los ojos, y á través de sus mismos párpados veia pasar una, otra y cien veces aquellos carruajes con sus palafreneros, aquellos señores y aquellas damas, y despues á aquel hombre de los ojos negros y á aquella mujer de cabellos de oro.

La inefable sonrisa de los dos vagaba aún en sus labios y sus ojos parecian unidos por un flúido invisible.

Blanca abria los suyos trabajosamente, como haciendo un esfuerzo; pasaba las manos por su frente separando los pliegues de su toca.

Sus labios estaban secos, sus mejillas pálidas, muy pálidas.

Todo era sombrío en su celda, todo negro.

De nuevo cerraba los ojos.

Otra vez las visiones de la mañana acudian á su mente.

Su respiracion iba cada vez siendo más apresurada y fatigosa.

Estaba inquieta; movíase de un lado á otro en su lecho, como si esperimentara el efecto de un peso abrumador.

Bajo el escapulario de su hábito se veia elevar y deprimirse aquel seno.

De pronto permanecia unos momentos inmóvil, rígida como un cadáver, y abria sus secos labios para aspirar aire, absorbiéndolo con ansia, con avidez.

Aquel sosiego era aparente.

Comenzó á moverse en la oscuridad como un bulto informe.

Al parecer luchaba con algo.

Sus brazos se extendian en las sombras, como si quisiera abarcar un objeto invisible; ora temblaba, ora se retorcian sus miembros nerviosamente.

Las ropas del lecho estaban desgarradas.

Su toca desprendida de la cabeza.

Las manos ensangrentadas.

Los ojos lívidos.

Por la ventana de su celda penetró de pronto un gran rayo de luz.

Sus párpados se abrieron instantáneamente y miró aquella claridad, desencajada, como fuera de sí.

Aquel rayo era de luna.

Sus pupilas aún seguian fijas en aquellos ténues resplandores, pero sin movimiento, inalterables como las de un ciego.

Aquella lucha se hizo en pocos momentos más violenta.

Sus visiones debieron ser entónces aterradoras.

Ocultaba su rostro entre las manos y hundia su cabeza en la almohada.

Algo que no queria ver vagaba sin separarse un instante de su vista.

No eran ya sus brazos solos, era su cuerpo todo el que se agitaba convulsamente.

La luna penetró de lleno en aquel aposento, y al tiempo que sus rayos iluminaron el rostro de la monja, irguióse de pronto en el lecho, miró en torno su-

yo y despues sus ojos se quedaron fijos en un ángulo del aposento.

Á través de la claridad indecisa, un bulto negro, como una gran sombra, parecia moverse confusamente en aquel rincon.

La sombra iba haciéndose cada vez más perceptible, pero siempre negra, muy negra.

Una atraccion diabólica parecia tener sujetas las miradas de la monja hácia aquel punto. Á los pocos momentos la sombra fué disipándose, el bulto informe iba tomando el aspecto de algo, pero de algo indescriptible, siniestro; pocos momentos despues se dibujó por completo una figura; aquella figura era un hombre; aquel hombre, más que hombre era un espectro fatídico, amenazador, horrible.

Sus vestidos eran negros, pero muy ámplios. Tenía muchas arrugas en la frente, el rostro descarnado, los ojos hundidos, los pómulos salientes, algunos cabellos grises esparcidos en su cráneo.

Sus pupilas, como dos chispas de fuego, se clavaron en las de Blanca con una expresion diabólica.

Aquel espectro se parecia quizá á su confesor.

Blanca tuvo miedo, extendió sus brazos suplicantes, quiso hablar, pedir perdon, arrastrarse á los piés de aquel sér, pero entónces los labios de éste pronunciaron sorda, lúgubre, cavernosamente:—¡Sacrílega! ¡Sacrílega!

La monja retorció todo su cuerpo, cayendo desplomada sobre el lecho. Sus sienes palpitaban; su rostro se veia pálido como el de un cadáver.

---

La claridad fué poco á poco disipándose. Las sombras aumentaban, eran ya como al principio de la noche. El último rayo de luna, despues de temblar un momento entre los hierros de la celda, rompióse entre ellos y desapareció al fin.

Hubo un momento de reposo. Blanca miró de nuevo á su alrededor. Se vió sola y confusamente quiso recordar lo pasado, darse cuenta de sus visiones. En aquellos instantes de calma una voz parecia repetirle al oido que habia pecado, y Blanca, dirigiendo sus ojos á través de los hierros de su ventana, miró al cielo tranquila, inefablemente.

El cielo estaba tan sereno como su rostro: su conciencia tan serena como el cielo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Un eco sonoro, pero confuso como una vibracion lejana, llegó á sus oidos conducido en sus alas por el genio de la noche. Era débil, tenue, como los de una armonía perdida en el espacio y en una noche de otoño ó de verano.

Aquellas vibraciones se modulaban de una manera extraña, inefable.

Blanca no habia oido nunca nada que se le pareciera. El órgano del convento jamás hablaba con aquella divina delicadeza.

Le pareció una melodía celestial, ternísima, pero embriagadora.

Aquellos sonidos se iban cada vez modulando con más energía: de pronto cambió su expresion. No eran ya débiles y suaves sino raudales, torrentes de

notas, que á veces parecian gemidos; de vibraciones inexplicables, arrebatadoras, hijas quizá de un divino delirio.

Cada momento parecia á Blanca oirlos más próximos y al mismo tiempo más cadenciosos é inefables. Todos sus sentidos se dirigieron entónces á escuchar; queria oir más cerca, se puso de pié. Los ecos parecian penetrar por la ventana, y con paso inseguro, deteniéndose á cada momento, iba acercándose á ella. Entónces dejó de oir....

Las puertas de los balcones del palacio de los Duques estaban abiertas de par en par: un océano de vivísima luz iluminaba deslumbradoramente todo el edificio, pero áun más el interior de los salones.

Blanca vió de nuevo á aquellas gentes que asistieron á la ceremonia nupcial, y además muchos rostros desconocidos para ella.

Los hombres oprimian las cinturas de las mujeres, las abrazaban....

Así enlazados, unidos sus cuerpos, confundidos, los vió pasar, cual si á todos los impulsara un vértigo, como arrebatados por un torbellino.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquello era un baile que daban los Duques en celebridad del matrimonio de su hija.

Hubo un momento en que la reja de su celda le estorbó para mirar.

En medio de aquel moviente mar vió Blanca al hombre de los ojos negros y á la mujer de cabellos de oro. Iban los dos unidos como las demás parejas;

sin embargo, ella creyó que aquel abrazo era áun más estrecho, que la cabeza de la mujer descansaba en el hombro de él, que sus alientos se confundian y que se miraban lo mismo que por la mañana.

Blanca cerró los ojos, apoyando su cabeza sobre los hierros de la ventana.

¿Qué pensaria...?

Un eco débil, dulcísimo, llegó entónces á sus oidos....

No estaba ya en su celda, sino en el centro de aquel salon, vestida como aquellas mujeres, tan hermosa como ellas.... Vió al hombre de los ojos negros que se le iba aproximando, que la miraba de la misma manera que ella lo habia visto mirar á la mujer de cabellos de oro; sintió oprimida su cintura por sus brazos; en sus labios el aliento tibio de otros labios....

Tenía asidos los hierros de la ventana con sus dos manos, contraidas, rígidas, quiso huir de aquel sitio y las fuerzas le faltaron.... Aún sentia la presion de aquellos brazos, el calor de aquella boca. Retorció los suyos, que temblaban convulsamente; adelantó su cuerpo hasta unirlo con el muro, y, de repente, haciendo un empuje bárbaro sobre aquellos hierros, soltó sus manos y retrocedió lívida, desencajada.

En este momento los labios de aquel hombre se posaron en su boca. Sus ojos se abrieron, y lanzó un grito aterrador, espantoso....

Al separarse de la ventana, habia caido su cuerpo desplomado sobre el reclinatorio, y sus labios encen-

didos besaron la calavera que tenía el Cristo á sus piés....

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

XXVI

Pasaron años. Blanca seguia siendo el ejemplo de sus compañeras. Hacía ya algun tiempo que se notaban en ella síntomas de una enfermedad: los doctores la examinaron, clasificando el padecimiento con el nombre de una clorósis aguda.

Al decírselo á Blanca, una leve sonrisa apareció en sus labios.

Llegó un dia en que no tuvo ya fuerzas para dejar el lecho.

Hizo que de par en par le abriesen las puertas de aquella ventana de su celda.

No apartó de allí sus ojos ni un instante. Al fin sus párpados se cerraron para siempre.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

XXVII

Al otro dia llegaban las gentes, unas con el afan de recoger flores de su féretro, otras tocaban paños y cintas en su hábito.... Habia muerto en olor de santidad.

XXVIII

Al despojarla de sus ropas para vestirle la mor-

taja, hallaron sus compañeras que su cintura se veia rodeada de un fuerte cilicio; roto éste, aparecieron por su parte interior, grabadas ligera y desigualmente, dos fechas.

Una era la de la muerte de su madre; la otra su entrada en el convento.

## RECUERDO

A LA SRTA. D.ª L. L. DE A. Y M.

# El Traje Blanco

I

Durante mi estancia en M. supe la triste cuanto sencilla historia que voy á referirte. No busques en estos renglones, porque de seguro no los hallarás, rasgos de brillante estilo, destellos de imaginacion ni galas literarias; nada pondré de mi parte para dar interés á los hechos: creo que en sí tienen bastante, y que no necesitan que yo los atavie con impertinentes hojarascas.

II

Tomé mi cartera de apuntes, y al caer una tarde de Setiembre me puse en camino para visitar los restos del famoso monasterio de S. Tú, que conoces mis aficiones, ó, mejor dicho, el culto que rindo á todas esas páginas de piedra en que las pasadas edades nos

han legado esculpidos su grandeza y sus vicios, sus legendarias tradiciones y sus caballerescas empresas, comprenderás el interés que para mí tendria este paseo, tratándose de un monumento construido en el último tercio del siglo VIII por uno de los preclaros restauradores de la monarquía española. Nada he de decirte cuánto gocé vagando por sus derruidos claustros, separando las matas de ortigas y avena silvestre que brotaban al pié de los sepulcros, para descifrar sus borrosas laudes, ó descubriendo en los capiteles, frisos y arcos el raro maridaje de las antiguas civilizaciones de Roma y de Bizancio. Sólo te diré que fué esta una de las inolvidables tardes cuyo recuerdo me será siempre gratísimo.

Tuve que volver al pueblo, y, creyendo acortar la distancia que de él me separaba, atravesé por un puentecillo formado de añosos árboles, entrando por una angosta senda abierta entre un bosque de nogales y de hayas. Sin perder el sendero, vine á dar en una grande explanada en cuyo centro, rodeada de gigantescos álamos, se levantaba una casita construida al modo de los *chalets* suizos. Tenía dos pisos: en el superior, y á través de los vidrios, se veian cortinas de color tórtola; en el alféizar de una de las ventanas habia un gran vaso de porcelana, en torno del que comian multitud de pajarillos, que al verme volaron asustados.

Extrañé aquella casa, construida en tan agreste paraje, y, como comprenderás, con verdadero interés la examiné en todas sus partes: iba un poco cansado, y aprovechando la ocasion que se me presentaba de

sentarme, lo hice en un gran banco de piedra colocado á la derecha de la puerta de entrada. ¿De quién será esto? pensaba: raro capricho el de levantar tal casa en sitio tan apartado y selvático: así discurria, pero más se avivó mi curiosidad cuando, al fijar la vista en el suelo, ví á mis piés, como escrito en la arena con una varilla, este nombre: «María,» y debajo las fechas Abril 18.... Setiembre 18....

El defecto mio, tan incorregible, de fantasear constantemente, creando de los más insignificantes motivos las más imposibles historias; el anhelo de revestir los hechos naturales con los colores de lo extraordinario, imagínate si al ver lo que te he referido me sería posible contenerlo encauzando mi loca imaginacion, que soñaba ya ¡Dios sabe cuántas cosas!

Trascurrió un buen rato, y, viendo que ni la menor señal de vida se notaba en la casa, empecé á caminar, decidido á que al hacer mi segunda visita al monasterio pasaria con el firme intento de averiguar quién era por lo ménos el sér que allí habitaba.

III

Á la tarde siguiente me dirigí á las ruinas: considera cuál sería mi asombro, la agradabilísima sorpresa que experimenté, cuando al llegar al misterioso *chalet*, en el asiento mismo donde yo habia descansado el dia anterior, ví á un hombre vestido de negro, leyendo fijamente en un libro. Al ruido de mis pasos alzó la cabeza, y, vamos, ¿quién crees, amigo

mio, que era? Alberto, el mismo Alberto, á quien suponíamos nada ménos que en la embajada de.... Al punto me reconoció, acabando de lanzar en mis brazos su ¡ah! de sorpresa al encontrarse conmigo.

¡Cuán mudado se halla! La brillantez de sus ojos negros ha desaparecido; su cabeza está ya casi cubierta de canas, y su aspecto, que tantas veces hizo decir á nuestro amigo el escultor S. que era parecido al de un Antinoo, no conserva al presente más que leves vestigios de lo que fué.

La impresion que he experimentado ha sido dolorosísima: mucho trabajo me costó reponerme para que no lo advirtiera.

—Entra, entra,—me dijo;—este ha sido el primer dia dichoso que he tenido en el espacio de más de un año que habito en esta casa.

—Pero, vamos,—le pregunté.—¡Tú, tan alegre, tan jovial, metido á misántropo, viviendo en un bosque, rodeado de montañas y por única compañía la de los pájaros! ¿Á qué se debe tal cambio?

—Es una triste historia que algun dia conocerás....

—Vamos, vamos,—le dije;—me figuro lo que será ello; algun desengaño, algun....

—Nó, nó,—me interrumpió;—ya la sabrás, te lo prometo; y, segun creo, habrá de ser muy pronto.

Le he referido el motivo de encontrarme en este pueblo; hemos hablado de mis proyectos, de nuestras comunes aficiones; pero Alberto no es ya el de hace dos años.

Su alma, tan impresionable, parece muerta; he procurado distraerlo hablándole de nuestro próximo

viaje á Italia; le he pintado aquellos cuadros, que tanto le seducian, de paseos nocturnos por los canales de Venecia, y hasta le recordé aquel escalamiento que os propuse hacer nada ménos que al palacio de los Duxes, penetrando por una ventana, al fulgor de los relámpagos, en una noche tempestuosa.... Todos cuantos desatinos hemos soñado juntos, hasta la bacanal que íbamos á celebrar sobre las ruinas del Parthenon, sólo han servido para que vagase de vez en cuando entre sus labios alguna leve sonrisa.

Alberto padece y sufre. Le he propuesto que me acompañe á mis expediciones, y me ha dado las más curiosas noticias históricas: conoce cuanto notable pormenor arqueológico existe en sus escombros.

—Es mi única distraccion,—me dijo;—desde que aquí vivo, voy todas las tardes á vagar por sus silenciosos patios.

Ya iré dándote cuenta, mi querido A., de nuestros paseos.

## IV

¡Alberto tenía razon! Pronto sabria los motivos de su permanencia en estos lugares.

Hemos pasado juntos la noche; acabamos de separarnos, y las impresiones que he experimentado durante ella apénas si me darán lugar al reposo necesario para que todo pueda referírtelo.

Como te decia en mi anterior, fuimos durante várias tardes al monasterio. Hace pocos dias, al llegar á su casa, lo ví extremadamente pálido, pero con esa

amarillez propia de las antiguas esculturas. Su mirada era tranquila, y las ligeras tintas violadas que formaban un círculo alrededor de sus ojos hacian resaltar áun más la intensa negrura de aquéllos.

La expresion toda de su cabeza era reposada, de una serenidad sobrenatural.

Á poco de haberme sentado junto á él, me cogió las manos y me dijo con un acento más débil que el acostumbrado:

—Voy á deberte mi última dicha. No creí que la lograria.... Ha llegado ya el momento de que hablándote dé rienda suelta á mi dolor; mis heridas se abrirán de nuevo y mis dolores han de exacerbarse.... ¡No importa! En este mismo padecer encontraré mi última felicidad. ¡Si vieras cuánto he suspirado por este momento!

Hasta ahora, que veia lejano el fin de esta amarga existencia, he podido sobrellevar mis dolores sin confiarlos á nadie; pero hoy que veo acercarse el dia en que mis ojos se cerrarán para siempre, y ahora que siento el helado hálito de la muerte en torno mio, no quiero aumentar mi martirio con el silencio.... Todo.... todo vas á saberlo.

Yo, amigo A., no sabía qué contestarle; estaba aturdido, mejor dicho, dominado.

Al concluir su última frase lo ví levantarse, dirigiéndose á un pupitre que estaba en la habitacion inmediata: sacó de él unos papeles, y volviendo de nuevo á su asiento, despues de ordenarlos y de separar algunos de entre ellos, me dijo:

—Hé aquí mi alma toda.... toda. Ahora, escucha.

V

¿Te acuerdas de aquella niña que vivia en S. junto á la casa de mis padres? Como sabes, pasamos juntos los primeros años de nuestra infancia y de nuestra juventud. Siempre estábamos unidos.

Juntos jugábamos; juntos salíamos al campo.

Miéntras ella cogia amapolas y campanillas blancas, yo le aprisionaba las mariposas de más brillantes colores.

Esta vida inocente é íntima, que, confundiéndolo todo, nos iba insensiblemente acercando, llegó un dia á apoderarse de tal modo de los dos, que fué el inquebrantable lazo de nuestra union para lo porvenir.

Pasó tiempo. María era ya una mujer: nada más puro y correcto que el vaso que, por decirlo así, encerraba su alma.

Habia en ella algo de la timidez y vaguedad que el corazon siente, pero que los labios no pueden expresar jamás.

Las líneas de su contorno áun no estaban determinadas: habia, por decirlo así, que adivinarlas.

Su cabeza recordaba las de esas Vírgenes neerlandesas trazadas por Van-Eyck ó Memling; místicas, serenas, purísimas.

Comunicaba conmigo todos sus inocentes placeres, sus pueriles deseos.

¡Cuántas veces suspiró conmigo por vestir el primer traje largo! Esto, para ella, era el comienzo de

una nueva era de ventura; el medio por el que dejaba de ser niña para hacerse una mujer; la segunda etapa de su vida, que recorreria pisando sólo flores en su camino, lisonjeada por los encantos y halagos que por todas partes habrian de rodearla.

Llegó el año de 18....

Recordarás aquella temporada que pasó en C. el Baron de W., comisionado por la Academia de Artes de San Petersburgo para estudiar los monumentos españoles, y no habrás olvidado el espléndido baile con que obsequió á las personas más notables de la poblacion y á las que le habian auxiliado en sus trabajos, en el antiguo palacio de los Condes de Benavente. Pues bien; invitada la familia de María, fueron tantas las súplicas de ésta, y tal su deseo de asistir, que sus padres le prometieron llevarla.

Por vez primera iba á vestir el ansiado traje largo.

Momentos ántes de la hora fijada para el sarao me presenté en su casa con intento de acompañarla, pero llevando en mi alma el más profundo pesar; tan grande, que desconfiaba á veces de poder dominarlo apareciendo ante ella tranquilo y satisfecho.

Aquella mañana habia recibido un despacho comunicándome mi nombramiento de agregado á la legacion de.... y en el que se me ordenaba que me presentase en breve plazo á tomar posesion de mi cargo.

¡Por vez primera íbamos á separarnos!

Al pasar por delante de su gabinete, la oí llamándome.

Acerquéme entónces, y lo único que puedo decirte es que enmudecí á su presencia.

Resaltaba prodigiosamente su figura en el fondo oscuro de aquel aposento, iluminado sólo por una lámpara azul opaca, bañando, por tanto, su cuerpo todo de una suavísima y tenue sombra azulada.

Estaba de pié, vestida de blanco como una estatua de alabastro.

Sus cabellos rubios, entrelazados de menudas hojas de hiedra, semejaban un nimbo de oro salpicado de esmeraldas.

No era una mujer; más bien podria comparártela con esas imágenes que crea nuestra fantasía vagando por las noches entre las leves brumas que se levantan de los lagos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Alberto bajó la cabeza, permaneciendo callado algunos momentos: despues, como si tratara de coordinar sus revueltos pensamientos, pasó las manos por su frente y continuó:

El baile, como sabes, tuvo lugar en el extenso salon de las columnas inmediato al canal.

Á través de los cristales aparecian las aguas de aquél, rielando en mil luminosos cambiantes.

En sus orillas, plantadas de un bosque de palmeras, cuyas ramas se cruzaban formando espesa bóveda, veíanse resaltar enormes vasos de pórfido sobre sus pedestales y las estatuas de bronce iluminadas por la luna.

¡Pero cuán pronto se satisfizo la curiosidad de María!

Á los pocos momentos, cogida de mi brazo, bajamos al jardin; aquel bullicio la sofocaba.

No podia vivir allí su alma, como no viven los lirios en las orillas de los pantanos.

Paseábamos por entre las palmeras á las márgenes del canal.

Sus brazos se entrelazaban á los mios, como las plantas trepadoras por las ramas de los árboles.

Su cabeza caia en mi hombro y nuestros ojos se hablaban con la vehemencia del alma.

Yo sentia mi frente acariciada por sus rizos de oro y el tibio hálito de su boca llegaba hasta mis labios....

Á pocos pasos del sitio en que nos hallábamos habia, próximo á la orilla, una blanca escalinata de mármol, que servia de embarcadero, casi oculta por un tupido manto de hiedra, á uno de cuyos balaustres estaba sujeta una preciosa góndola.

Adiviné su deseo, procuré acercar el esquife y ámbos penetramos en él.

Sentados en su proa, con las manos enlazadas, nos abandonamos á la corriente, ó, mejor dicho, al impulso leve del viento.

Recostada en la borda la contemplaba con el más dulce arrobamiento, adorándola como se adora á Dios. Mi cabeza insensiblemente, sin yo darme cuenta, se iba acercando á la suya; mis manos sintieron el contacto de las suyas; un rayo de luna iluminaba su frente; tenía los ojos adormecidos, la boca ligeramente entreabierta.... Ignoro qué pasó por mí en aquel momento; sólo sé que entre mis manos sostuve su cabeza un instante, nuestros parpados se cerraron, y al mismo tiempo brotó de nuestros labios, por primera vez, una frase:—¡Te amo!

Despues, como si todos nuestros pensamientos y deseos se hubieran resumido en aquellas palabras, como si en ellas nos lo hubiéramos dicho todo, callamos....

¡Qué dicha tan grande, pensaba, si ahora la muerte, arrebatándonos la vida, nos abriera las puertas de una eterna felicidad!...

Nuestra barca nos habria servido de ataud; las ramas de los gigantescos árboles que caian por cima de nosotros, envolviéndonos bajo su tupido manto, nos ocultarian á la vista de todos; los genios de la noche, las ondinas del lago y los elfos, abandonando sus moradas de cristal, vendrian á velar nuestro sueño; el leve murmurio de las aguas y los gemidos dulces de los juncos y de las espadañas, los acompañarian en sus misteriosos cantos, y cuando la luna brillara en el zenit, sus rayos, penetrando por aquel laberinto de ramas, llegarian á nuestras frentes blancas y yertas como el mármol, acariciándonos con sus melancólicos besos. Tambien, enmedio de la noche, y traidas por los céfiros sobre sus leves alas, caerian sobre nuestros cuerpos los blancos pistilos de los azahares, formando con las mil florecillas que se desprendieran de los árboles la nívea mortaja de nuestros cuerpos. Las perlas del rocío bordarian este manto y allá al amanecer, cuando los ruiseñores y las alondras entonaran sus alegres himnos, cuando los insectos rompieran el pasado silencio de la noche con el zumbido de sus alas, y cuando á la hora de la calurosa siesta el sol abrasara con sus rayos las flores del campo, algunas mariposas azules y de oro vendrian á revolotear

en torno nuestro, posándose al fin sobre aquel féretro de flores, que de este modo llegaria á ser el casto nido de nuestro amor....

Nadie, pues, conoceria aquel lugar de reposo, y en aquel lecho dormiriamos tranquilos eternamente; nadie tampoco vendria á derramar inútiles ó fingidas lágrimas, y, por último, aquel sitio, que fué cuna de nuestro amor, sería tambien su sepulcro. . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## VI

Nuestra dicha era muy grande, continuó Aberto, para que se manifestara por medio de palabras. No sé lo que pasaba por su alma, porque apénas si yo podria explicarte lo que la mia experimentaba. Dejó caer su cabeza sobre el pecho y permaneció muda, silenciosa; de pronto, oprimiendo convulsamente mis manos entre las suyas, me dijo con acento tristísimo:

—¡Lo sé todo.... todo! ¡Mañana nos separaremos!...

Y al decir esto, rompió á llorar de una manera tan desconsoladora, que sentí agolpado á mis ojos un mar de lágrimas; pero haciendo un esfuerzo horrible, le contesté procurando dominar mi pena:

—¡Sí, María, es verdad! Pero ¿cómo lo sabes?

—Por mi padre,—me respondió.

Todo lo comprendí entónces. La amistad de los nuestros me lo explicaba. Aquella misma noche, y ántes de salir para el baile, habia sorprendido una

conversacion entre los dos, en la que el mio le exponia al suyo los propósitos que abrigaba acerca de mi porvenir.

Era, pues, inútil fingir; pero lo que yo admiraba, cómo aquella niña, de cuyo amor era imposible dudar, habia tenido la grandeza de alma bastante para encerrar dentro de su pecho, y sin manifestármelo durante toda la noche, un pesar tan intenso, y que tan elocuentemente expresaban sus sollozos, sus lágrimas y la profunda tristeza de su rostro. Era un dolor vehemente, sí, pero tranquilo, y que á fuerza de ser muy grande no podia ménos de manifestarse: nada de desesperacion, nada de esas luchas horribles que fatigan y aniquilan el alma. Su semblante era muy triste, habiendo momentos en que sus ojos aparecian como faltos de aquella divina lumbre que de ellos irradiaba. Estaba pálida, porque la melancolía de su alma le prestaba su color....

Pasaron algunos momentos; los dos permanecíamos callados. Ella rompió el silencio y me dijo:

—Sé que me amas con toda tu alma, porque la mia te adora, y siendo una las dos, no podemos ninguno dudar de lo que con nosotros existe. Ellas han vivido y vivirán eternamente juntas; ¿qué importa que al parecer nos separemos, si yo sé que nuestra union no será en la tierra?

—Verdad, María,—le contesté.—Al fin vuelve á mi espíritu la perdida calma, y despues de haber oido esas palabras en tus labios, no puedo desear más. Yo sé, sin embargo, queléjos de tí no podria vivir, como no viven las flores sin un sol que las vivifique, como los

pájaros sin aire en que volar, como las almas sin el aliento de amor que las anima; tú eres la fuente de mi vida, la causa de mi existencia, y cuando todo esto me faltara y cuando yo no pudiera anegarme en la luz de tus pupilas, ni aspirar el perfume de tus labios, yo moriria como las flores, como los pájaros, como las almas. Pero nó, yo no me separo de tí; es muy corta la distancia de un extremo á otro del mundo para que se rompa el vínculo que une las nuestras: al amanecer esperaré á los ruiseñores y las golondrinas, y de sus trinos y de sus vagas armonías traduciré tus palabras. Cuando el sol comience á ocultarse y en el océano de su luz veas flotar las encendidas chispas de sus rayos, en cada uno de esos brillantes átomos podré leer tus deseos, tus inquietudes y tus ensueños; y cuando allá, enmedio de la noche, las estrellas titilen y tiemblen en el fondo oscuro del cielo, con mis ojos fijos en su incierta luz, las contemplaré extasiado recordando el fulgor de tus pupilas. Pasarán algunos momentos de esos que en el mezquino lenguaje de la tierra se llaman dias, meses, años, y volveré á tí para estar siempre como ahora, para vivir como hasta aquí, confundidas nuestras almas, nuestras dichas y nuestros placeres. ¿No es cierto, María, que tú harás lo mismo al amanecer, durante el crepúsculo y en el silencio de la noche?

—No me lo preguntes, tú lo sabes,—me dijo con tristeza.

Cuando Alberto pronunció estas últimas palabras, un profundo gemido se escapó de su alma, sus ojos se cerraron, y, con la cabeza caida sobre su pecho,

permaneció algunos momentos: pasados éstos la levantó, y enjugando las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, separó los cabellos que caian sobre su frente y continuó su relato.

—Llegamos, por fin, al salon al tiempo de concluirse un wals, y nos confundimos con las parejas que paseaban. Pocos momentos despues oí el sonido de un reloj.... ¡Eran las cuatro de la mañana! Los dos, como heridos por una misma idea, nos estremecimos. Á las cinco tenía que partir.

Habia llegado el momento de nuestra separacion. No es posible que mis palabras puedan hacerte comprender, continuó Alberto, lo que pasó en aquellos momentos entre los dos, porque el lenguaje de la tierra no ha sido nunca el medio de expresion de las almas. ¿Qué sentian las nuestras? No lo sé, pero habia algo que nos ahogaba. Los dos, asidos del brazo, cruzamos por aquel mundo vertiginoso, sin que ni áun su hirviente zumbido distrajera en lo más mínimo nuestros pensamientos.

Cuando llegamos al extremo del salon, el padre de María salió á nuestro encuentro: no recuerdo tampoco qué me dijo, ni lo que hablamos; sólo sí que, pasados algunos instantes, mis manos oprimieron otras blancas y yertas como el alabastro; despues la ví oscilar y cubrirse el rostro, cayendo desvanecida sobre un divan.

Despues de esto, ignoro lo que por mí pasó.

## VII

Eran las cinco de la mañana cuando salí de....

Despues de muchas horas de camino, la portezuela de mi coche se abrió: oí voces confusas, algazara extraña; sombras que pasaban por delante de mí iluminadas siniestramente por las tristes y temblorosas lucecillas de algunos sucios faroles que pretendian alumbrar una especie de antro frio, desmantelado, lúgubre, bajo cuyo techo paró el tren. Habia llegado al término de mi viaje. . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

De nuevo volvió Alberto á callar. Su agitacion era creciente y su pecho se deprimia y elevaba precipitadamente. Los esfuerzos que habia hecho durante su relato hicieron aparecer en sus mejillas unas tintas rosadas que contrastaban de una manera extraña con la palidez de su rostro. Era un cadáver, dentro del cual luchaba un alma enferma. Sus ojos se veian hundidos en un círculo violáceo, casi negro, en las sombras proyectadas por sus pestañas, bajas entónces.

Yo temí que pudiera sobrevenirle algun acceso, hijo de su enfermedad, y le dije:

—Veo que te has excitado mucho durante tu triste narracion, y creo que deberias descansar para que mañana puedas continuarla con más calma.

—¡Oh! no lo creas,—me contestó,—este es mi estado habitual.... y si á mañana espero.... ¡quizás sea tarde para concluirla, y ántes te dije que esta será mi última dicha! Hasta aquí,—continuó,—mis sufrimien-

tos eran soportables, porque su recuerdo me hubiera prestado fuerzas para vivir; pero ya desde el comienzo de esta segunda parte ¡es imposible!

Ésta última frase la pronunció con un acento tal de conviccion y firmeza, que me hizo estremecer.

Despues prosiguió de esta suerte:

—Pasaron algunos dias; la lectura de sus cartas era mi mayor dicha; y no creas que esto solamente por algunos momentos, pues al escribirlas me encerraba en mi despacho y siempre tardé en leerlas muchas horas, borrando á veces sus renglones con mis besos y con mis lágrimas. Su amor ya no podia permanecer oculto en el pecho y se manifestaba en todos sus actos, pensamientos y deseos. ¡Qué irresistible encanto el de sus palabras! ¡Qué cúmulo de inocentes ilusiones y de soñadoras quimeras para lo porvenir! ¡Y qué horizontes de felicidad los que ella descubria á los ojos de mi alma!

Todo lo olvidaba entónces; su figura aparecia á mi vista desvaneciendo las tinieblas de mi corazon: los recuerdos de aquellos dias pasados no eran ya martirizadores, pues mi amor se los imaginaba actuales, prestándoles todo el celestial embeleso de las horas en que pasaron. La última palabra de amor que brotó de sus labios aquella noche del baile, ántes de nuestra separacion, palpitaba con la misma fuerza en mis oidos, sentia flotar en mis ojos sus inefables miradas y, por último, mis pensamientos, mis amores y mis ensueños, renacian á su vivificador recuerdo. Pero ¡ay de mí! todos estos delirios que entónces disipaban mi tristeza habian de ser al poco tiempo

los más horribles y crueles torcedores de mi dicha.

## VIII

Todos los dias llegaban á mi poder cartas suyas; puedes, por lo tanto, imaginarte cuál sería mi dolor cuando el octavo de nuestra separacion lo ví morir sin que la recibiera.

Aquella noche no dormí. Faltaba á mi alma aire que respirar. Al dia siguiente, agobiado por mi dolor, veia ponerse el sol desde una ventana de mi habitacion, tan distraido con mis sufrimientos, que no advertí, hasta verlo á mi lado, á un sirviente que me entregó un telegrama: lo abrí precipitadamente.... era de mi padre: «Vén inmediatamente, decia, urje tu presencia.»

Cuando leí esta frase lo único que pensé era que iba á ver á María. De seguida me levanté, y como ayudado por fuerzas desconocidas, pero gigantes, en un momento quedó arreglado mi equipaje. Aquella misma noche me puse en camino. . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

## IX

Voy á empezar el relato de la última etapa de mi desdicha: desde este dia el mundo ha aparecido ante mis ojos cubierto con un horrible sudario de lágrimas y vehementísimos pesares, que no me han abandonado, y desde entónces todo cuanto me rodea es tan triste, lúgubre y sombrío como mi existencia.

No recuerdo si he dicho que estábamos en lo más crudo del invierno. La noche que salí de.... no podia ser más oscura y sombría; ni una estrella brillaba en el cielo, y las más densas y negruzcas nieblas me rodeaban.

Arrancó el tren y tuve la suerte de que nadie me hiciera compañía. Iba yo solo dentro de aquel coche; de forma semejante al de una cripta, no recibia más luz que la desprendida de una temblorosa lucecilla cuyos débiles rayos se filtraban á través de un sucio vaso de cristal. El frio era intenso, y la oscuridad que me envolvia tan profunda, que el cielo con sus nubes y la tierra con sus árboles eran todos del mismo negro color. Ví pasar velozmente, á través de los cristales de mi coche, un bosque de gigantescos pinos, y me parecieron como un enjambre de fantasmas, de espectros negros y fatídicos abortados por las tinieblas.

Á las pocas horas de camino los silbidos del vendaval aumentaban el terror de nuestra marcha, y el monótono y pesado caer de algunas gruesas gotas de agua sobre los cristales y el techo de mi coche anunciaron lo próximo de la tempestad. Caian tan pesadamente cual si fueran gotas de plomo. El viento dejó de silbar y sus quejidos se convirtieron en horrísonos y prolongados truenos....

¡Qué noche tan horrible! Cuando me ví solo, envuelto entre aquel torbellino formado por el huracan y las tinieblas, aquel discordante himno resonaba pavorosamente en lo más íntimo de mi sér, despertando las más sombrías y fatídicas imágenes. Cien veces leí

el telegrama de mi padre, y de su lectura siempre surgian de mi alma los más siniestros y tristes presentimientos. Entregado á estas reflexiones, me iba ya acercando al término de mi viaje.

—Yo la veré,—pensaba;—saldrá á mi encuentro.... gozaremos otra vez de aquellos incomparables momentos de amor.... recogeré sus miradas.... aspiraré su aliento.... enloqueceré de dicha, y.... ya no nos separaremos jamás....

Así pensando, sin que un instante siquiera se apartase su recuerdo de mi mente, llegamos á S. Salté de mi coche, y, sin cuidarme de la tempestad, me dirigí hácia la casa de María.

Era ésta un antiguo caseron, cuya severa fábrica, más severa aún por las oscuras tintas que el tiempo al pasar habia dejado impresas en sus muros de granito, se levantaba imponente, tétrica, en una pequeña plaza de.... En los momentos en que yo atravesé la ciudad, bien por lo tempestuoso de la noche, bien por lo avanzado de la hora, ni un alma se veia transitar por sus lóbregas y torcidas calles: el viento habia apagado las luces, y la misma oscuridad que me acompañó durante mi viaje continuaba en derredor mio. Dí vista á la plaza y no puedo decirte lo que por mí pasó: á veces me estremecia como si una felicidad desconocida me esperara; otras experimentaba un desaliento, una tristeza tan profunda, que me era imposible continuar mis pasos. La fachada de la casa apareció á mis ojos áun más tétrica. Las ramas de los árboles de su jardin, que caian por cima de las tapias, ocultaban las rejas de sus ventanas, envolviendo

la parte mayor del edificio con un denso y tenebroso velo.

La puerta se veia cerrada por lo avanzado de la hora. El viento y la lluvia, chocando en ella, hacian rechinar sus enmohecidos goznes, y las maderas crujian como si estuvieran próximas á saltar. De pronto observé una débil claridad á través de la enredadera que cubria una de las ventanas, y sentí mi alma inundada de una infinita dicha.

—¡Ah, es ella que me espera!—pensé.

Y loco, fuera de mí, me dirigí á aquel sitio, donde oscilaba la luz. Los hierros estaban entrelazados por una tupida red de plantas trepadoras: quise separarlas, mejor dicho, las arranqué furiosamente, introduje mi cabeza: mis ojos extraviados se fijaron allá léjos.... y.... en efecto, ¡ella me esperaba!...

Alberto no fué ya dueño de sus acciones y rompió á llorar; pero nó con llanto tranquilo, consolador, sino como hijas sus lágrimas de la más vehemente desesperacion: aquel carácter apacible y tímido se manifestaba entónces violentamente: era su dolor grande, pero con esa grandeza que subyuga. Sus ojos brillaban enérgicos, descompuestos; el aliento apresurado de su boca era abrasador, y sus manos, que pasaba á veces por los cabellos, se veian rígidas y yertas como las de un cadáver.

Yo me sentí dominado; queria hablar, ¡imposible! Un golpe seco de tos le hizo llevarse el pañuelo á la boca: al separarlo observé algunas manchas rojizas, como de sangre muy clara; lo estrechó convulsamente entre sus manos, y, ocultando su cabeza entre ellas,

permaneció callado algunos momentos.... ¿Qué pensaba?... Dios y él lo saben.

—Voy á continuar,—me dijo,—esto no es nada....

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al penetrar mi cabeza por las plantas que ocultaban la ventana miré al interior, y una habitacion lóbrega y sombría fué lo primero que ví; crucé el patio con la vista, y allá al frente.... léjos.... una habitacion, cubiertas sus paredes de paños negros, y algunos cirios, cuyas llamas oscilaban alrededor de un cadáver. ¡¡¡Era María, sí.... María que me esperaba!!! Mis ojos se turbaron; algo que no puedo explicarme pasó ante mi vista. Así fuertemente los hierros, y pretendia sacudirlos con fuerza, con mucha fuerza. Los mordia, los golpeaba, todo en vano.

Me quedé un momento suspenso; creí que soñaba, y que al despertar me convencia de que todo era hijo de mi imaginacion y lancé una carcajada muy prolongada. Despues no sé lo que pasó; solté los hierros, cayendo como herido por un rayo al pié de la ventana.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Desde este momento es imposible que yo pueda coordinar mis ideas.

Al volver en mí me encontré en un lecho: mis párpados se abrieron, y aún las tinieblas continuaban en torno mio. Como impulsado por una fuerza desconocida y extraña, y acometido por un horrible vértigo, me lancé del lecho, dirigiéndome á una de las ventanas y la abrí: una claridad tenue iluminó de pronto el aposento; miré al cielo, y todo él se veia de un tono gris oscuro.... Me pareció distinguir un

sonido, y un estremecimiento rápido, pero intenso, me hizo temblar como si hubiera sentido el contacto de una chispa eléctrica.

Yo oia, sí; oia una campana á lo léjos, cuyas vibraciones pesadas, monótonas, se iban perdiendo en el espacio: quise oir mejor, y sin cuidarme de nada, abrí los cristales: un viento muy frio, casi de hielo, penetró de pronto en la estancia, al mismo tiempo que el eco volvia á repetir aquellos sonidos lúgubres y acompasados. Afortunadamente la ventana pertenecia al piso bajo de mi casa y no tenía, como todas las demás, rejas: de un salto me puse en la calle.

Algunos espectros envueltos en unos mantos ámplios y casi cubiertos por completo pasaban por delante de mí: otros me miraron de una manera inconsciente, estúpida, y los más volvian la cabeza.

Los ecos de la campana se sucedian pesadamente: miré en torno mio y nada ví. Sirviéndome de guia aquellos sonidos, anduve una y otra calle. Ya percibia las vibraciones más próximas.... me iba acercando....

Un edificio gigantesco, negro, con altísimas torres, y como guardado por las más extrañas figuras, surgió de repente ante mis ojos....

Atravesé con terror bajo aquel mundo de granito, inmóvil cáos de sombras y de espectros, y me encontré bajo una elevadísima cripta yerta, sombría, húmeda con la humedad de un sepulcro, sostenida por una miriada de gigantescas columnas, entre las que se veian aparecer unas monstruosas figuras abortadas por las tinieblas.

Entretanto, yo percibia aún el lúgubre zumbido

de la campana, y con él el de una salmodia potente, aterradora; un himno que quizá desde sus lechos de piedra entonaban aquellas mudas estatuas, cuyas cadencias tristes y acompasadas se perdian en las tinieblas....

Aquellas voces confusas, vagas; aquel sombrío himno tenía sus palabras.... yo oi.... sí, pude observarlo, que aquellas voces decian:

*Quantus tremor est futurus*
*Quando judex est venturus.*

Y así siguieron por algun tiempo.

La salmodia se convirtió despues en una ronca armonía, cuyas notas vibraban sordamente.... Quizá habian tomado parte en ella todos los habitadores de aquel antro.

Pasaron algunos momentos: todo quedó silencioso, y una voz poderosa y enérgica dejóse oir por entre aquellas arcadas, diciendo: *De morte transire ad vitam.*

Despues aparecieron por detrás de las columnas unas enhiestas lucecillas; á ellas seguian algunas figuras con ámplios trages negros, que habian abandonado quizá sus oscuras hornacinas, y tras de ellas, y á hombros de otras cuatro fatídicas y siniestras figuras, se veia algo semejante á un ataud cubierto con un negro paño.

Todo esto pasó ante mi vista, y cuando ví que la lúgubre comitiva se iba perdiendo al final de la ancha nave, tuve miedo.... Quizá el destino me arrastraba hácia ellos, y los seguí.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquellas gentes andaban pausadamente, muy despacio, y entonando con sus roncas voces la misma extraña salmodia.

Atravesámos muchas calles, llegando, por último, á un paraje deshabitado donde concluian las casas, y un campo yermo, agreste, casi salvaje se ofreció á mi vista. Lo atravesamos, y de entre unos mezquinos arbolillos ví aparecer un muro y tras de él otros árboles enhiestos, negros como fantasmas....

Llegamos al muro: se abrió una puerta, y desde ella arrancaba una ancha calle formada por altas paredes, y en ellas multitud de huecos. Aquellos huecos tenian inscripciones negras, azules, doradas, pero simétricas, monótonas, que chocaban á la vista. Á un lado y otro observé unas lujosas viviendas formadas de mármoles y bronces, y rodeadas de verjas negras y de oro. ¡Sin duda en ellas habitaban los magnates de aquella pequeña ciudad! Ví á mi paso ajadas y sucias coronas de siemprevivas; manchadas y descoloridas cintas con borrosos letreros; algunas desvencijadas cruces, de las que pendian apagados faroles; montones formados por los más extraños y heterogéneos objetos, como fragmentos de tablas corroidas, conservando aún girones de parduscos paños, trozos de sucio y deshilachado galon amarillo, pedazos de carcomidos huesos, y sobre la húmeda tierra que componia el monton, monstruosas larvas, repugnantes y asquerosos gusanos, cuyos negros anillos iban resbalándose por aquella masa fétida y nauseabunda. Aquel conjunto era informe, desigual, incoherente, repulsivo y espantoso como el cáos....

Cruzamos por aquellas desiertas calles y hubo un momento en que cesaron las voces, parándose la comitiva: yo experimenté un temor desconocido, profundo, y me acerqué....

Un círculo compacto formaron aquellos fatídicos seres.

El ataud que conducian los cuatro hombres fué despojado del paño negro que lo cubria y lo ví blanco, cual si fuera de mármol ó de nieve; despues lo depositaron en el suelo.... Dos hombres de mirada torva y destrozadas sus ropas llegaron entónces, y al mismo tiempo que uno de ellos desembarazaba un oscuro y estrecho hueco al pié del muro de los cardos silvestres que á su entrada habian crecido, uno de los que formaban la comitiva se inclinó, y haciendo girar una llave en la cerradura del ataud se levantó la tapa de éste....

¡Ah, Dios mio, era ella!...

¡¡María!!..

En el instante mismo volví en mí; el vértigo desapareció; las calenturientas imágenes de lo pasado huyeron, y pude contemplarla....

¿Cómo podré yo decirte lo que sentí, la impresion que su vista me produjo, el dolor que experimenté?...

Nuestro idioma, mezquino como todo lo de la tierra, es incapaz de expresar algo, ya que no todo lo que siente. Dios, ella y yo sabemos cuán grande fué mi dolor.

Me incliné para verla por última vez.... No estaba muerta, nó; sus divinos ojos entornados y casi cu-

biertos por las hermosísimas pestañas, sus labios pálidos, suavemente entreabiertos.... esperando ¡quizás! mi último beso.... La cabeza se habia resbalado un tanto de la almohada.... me incliné áun más.... la levanté y sostuve un momento entre mis manos, y aquel beso que sus labios esperaban ellos lo recogieron.... Miré á su cuerpo y la tierra me faltó entónces, no pude sostenerme y caí.... El traje que la servía de mortaja era aquel blanco que vistió por primera vez, con el que asistió al baile, con el que paseamos aquella noche por el canal y el mismo con que por primera vez oyó el primer yo te amo.... que brotaba de mis labios....

Setiembre de 1875.

*A la buena memoria de mi querido amigo y docto maestro el ilustrísimo señor doctor D. Juan José Bueno y Le-Roux.*

# INGRATITUD [1]

I

Entre unos viejos papeles que vinieron á mis manos despues de la muerte de Fr. Miguel de los Santos, monje del insigne convento de San Isidoro del Campo, halle un legajo más antiguo que los demás en que se daba noticia del hecho que sirve de basa á esta leyenda: estimándolo curioso, ya que nó interesante, he creido, lector benévolo, que podria servirte de grato solaz, y á tí lo encomiendo con sólo este objeto; ahora lee y juzga.

II

Á las siete de la tarde de un dia del mes de Junio

(1) En los Juegos Florales celebrados el 6 de Abril de 1880, por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, mereció esta leyenda la honra de ser impresa con las composiciones premiadas, apesar de que por hallarse escrita en prosa fué considerada como fuera de las condiciones del certámen.—NOTA DEL E.

de 1547, un hombre ya entrado en años y severamente vestido con traje de caballero, acababa de llegar á la entrada del puente de barcas, que unia en lo antiguo la populosa Sevilla con el extenso barrio de Triana.

Paróse ya en este sitio, tiró suavemente de las riendas al caballo sobre que cabalgaba, y tendiendo su mirada á todos lados, parecia con ella querer abarcar de una ojeada el maravilloso cuadro que ante él se ofrecia. Por una y otra parte las gigantescas naos surtas á la sazon en el rio, con sus altas y talladas proas y elevados mástiles; más allá las atrevidas carabelas ondeando al viento los blancos pendones con las esployadas águilas; aquí el contínuo movimiento de los artificios é ingenios facilitando la descarga de la última flota llegada de Nueva España; en este punto un grupo de soldados aventureros que buscan pasaje para las Indias ó asiento en los tercios del Emperador; en esotro mercaderes tratando la compra de preciados efectos; y esta confusion, esta algarabía, este movimiento, aumentados por los cantos de la chusma y de los marineros, por las voces de mando de los cómitres, por las salvas de artillería: si á esto se añade como fondo las gallardas cúpulas; las infinitas elevadas torres, entre las cuales descuella la de Santa María con sus ricos adornos mauritanos y su gigantesca cruz de hierro dorado; los aéreos pináculos y las mil flechas que arrancan cual saetas colosales del maravilloso templo; todo este conjunto resaltando sobre un cielo diáfano, purísimo y azul, no extrañaremos ciertamente que aquel hombre se parara y detuviese.

Sin embargo, apesar de su honda abstraccion, hubiérase podido notar cuáles objetos atraian más tenazmente sus miradas: no apartaba la vista de aquellas galeras; quizá le recordaban.... ¡quién sabe!

Hubo un momento en que hundió, por decirlo así, su cabeza entre los hombros, y una lágrima, rodando por su atezado rostro, perdióse entre los pliegues de su oscuro jubon.

La vista de aquellos objetos despertó en su alma una memoria querida; por última vez miró en torno suyo anhelante, cariñosamente, cual si temiese no volverlos á ver; inclinó la cabeza sobre el pecho y, aguijoneando la cabalgadura, enderezó el puente adelante.

## III

Triste, meditabundo, entregado por completo á sus pensamientos, fué cruzando el arrabal hasta llegar al campo. Ya el sol se habia ocultado, y una de esas noches luminosas y serenas comenzaba á esmaltar el puro azul del cielo con una miriada de estrellas. Todo era silencio y reposo, y la inefable calma de la naturaleza tal vez exacerbaba el íntimo dolor de nuestro caminante; tal vez en lo más hondo de su pecho rugia una tempestad. . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquel hombre contaba al parecer sesenta años: su rostro, más que de color moreno, se veia tostado por el sol; la mirada era aún vivísima, inquieta, brillante; sus pupilas tenian algo de la del águila; la barba

gris muy parecida á la que vemos en los retratos de Cárlos V pintados por Tiziano; no era ni alto ni robusto, pero todo en él denotaba virilidad; sus facciones angulosas, sus hombros anchos. Cubria la cabeza con una gorra milanesa; el torso con un jubon de brocado verde oscuro y pasamanos de oro; gregüescos del mismo color; bota alta de ante con forma de pico de pato, armada de gruesas espuelas: del cinto pendia una espada lisa de dos puentes.

Iba, pues, nuestro viajero atravesando la extensa vega de Triana, taciturno, sin cuidarse para nada del camino que seguia: de vez en cuando algunas palabras inconexas, mezcladas con otras de difícil pronunciacion, se escapaban de sus labios, y más de una vez se le oyó claramente murmurar: «Yo te lo prometo.... ha dicho el Emperador....»

Despues continuó callado, comenzando á subir la áspera cuesta del vecino pueblo de Castilleja. Cuando llegó al sitio en que empezaban á distinguirse las priras casas del lugar, volvió las riendas de su caballo, dirigiendo la vista á la ciudad: el silencio era profundo, la noche hermosa y serena, el momento solemne. Los ecos llevaban en sus alas el toque de Ave-María. Al oirlo, descubrióse la cabeza el caminante y comenzó á recitar el *Angelus*.

Pocos momentos despues penetraba en el pueblo.

## IV

Castilleja de la Cuesta era por este tiempo poco más que una aldea, ciertamente un lugaron. Algunos

caballeros de conocido solar, pero escasos de fortuna, la habian escogido por asiento, y no era extraño se viesen aparecer y descollar entre las humildes moradas de los labriegos vastos caserones, destartaladas viviendas, que servian de retiro á estos pobres, pero linajudos hidalgos.

Una de estas casas, sin embargo, merece por algunos conceptos nuestra atencion. Era, á no dudarlo, la mayor de todas; sus muros se veian rasgados con grandes huecos defendidos por enormes verjas de hierro, del gusto ojival del siglo XV, ligeras, delicadas, floridísimas: bajo el gran balcon central, sostenido por canecillos tambien de hierro, lucia un gran escudo esculpido en mármol blanco, de cuyo crestado yelmo se esparcian por ámbos lados flotantes lambrequines. La puerta de roble, tachonada profusamente de grandes clavos y preciosos goznes, cerrada á la sazon. Ante ella descabalgó nuestro viajero, y cogiendo la aldaba, hizo ésta su oficio. Á los pocos momentos oyéronse pasos de álguien que se acercaba, y á través de la reja de un ventanillo abierto en la misma puerta, vióse aparecer un rostro alumbrado por un candil.

—Si por acaso no me conoceis—dijo el caballero—decid á su merced del Sr. Jurado, que un hidalgo su amigo ha de menester hablarle.

No acabó de pronunciar estas palabras, cuando el sirviente, dando muestras de conocer al que hablaba, abrió al momento las robustas puertas, y, descubriendo su cabeza de un birretillo, inclinóse ante él respetuosamente, franqueándole la entrada.

Así llegó á Castilleja el mayor de los héroes españoles, *quien dió al César más provincias que pueblos le legaron sus abuelos.*

V

Recibió el bueno del Jurado Alonso Rodriguez de Medina á nuestro ya conocido viajero, con esa leal y franca hospitalidad que entre propios y extraños ha sido reconocida muy particularmente en nuestros antiguos predecesores. Agasajólo en extremo, si bien sintiendo, muy á su pesar, que la estrecheza de su fortuna le atase de tal suerte, que le fuera imposible honrarlo en cuanto el huésped se merecia. Suplia á todo, sin embargo, el buen deseo: dióle para habitacion la más cumplida pieza, la más alegre, la más bien alhajada; para recreo de su abatido ánimo, muchos y valiosos libros, así de ciencia militar como de amena y dulce poesía, sin olvidarse de otros místicos y religiosos, saludable apacentamiento del alma.

Sin embargo, la quietud y el descanso no se compadecian con los arranques de aquel carácter emprendedor y valeroso.

Apesar de lo mucho sufrido, de las amargas ingratitudes que por doquiera le rodeaban, aún tenía fuerzas bastantes para luchar con la adversidad, y grandeza de alma para vencer su destino.

VI

Empero necesario es decirlo: estos brios eran hijos de su espíritu; en él sólo existian: cansado ya el

cuerpo, vanamente hubiera intentado emplearlo en aquellas atrevidas empresas de otros dias. Mentíale su deseo, alucinándolo el brillo de las ideas que le mostraban hacedero lo que ya para él era imposible. De esta suerte vivia en aquel retiro, disfrutando de la ventura de acendrada amistad; si tranquilo al parecer, en constante lucha consigo mismo.

¡Cuántas veces se le vió, al caer la tarde, solo en su aposento, sentado en ancho sillon, la cabeza apoyada sobre la mano derecha, con la izquierda sujetando un libro abierto, en el que no leia, y con la vista fija en el inmenso horizonte que ante sus ojos se desplegaba!

Oleadas de recuerdos acudian á su mente; su grandeza y su poder pasados, comparábalos con su presente aislamiento; sus altos servicios con la ingratitud del César. . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En uno de estos ratos, abrumado por sus pensamientos, por sus pesares vencida aquella venerable cabeza cayó sobre el pecho; los párpados se entornaron, y la fantasía, rompiendo los frenos de la realidad, espaciábase por donde el espíritu anhelaba.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Soñó aquel hombre estar fuera de su patria. Vasta ciudad de extraña construccion y con extrañas gentes lo rodeaban; por albergue tenía un colosal palacio, ornado de misteriosas figuras esculpidas, unas sentadas, otras de pié en violentas actitudes.

Sobre cuerpos humanos, monstruosas cabezas; bustos deformes, con las fauces contraidas en una

eterna mueca de dolor ó de burla; pero todos gigantescos, semejantes al sueño de un titan.

Su interior resplandecia; los techos eran de oro, así como las paredes; numerosas pinturas, con inexplicables signos, esparcidas por los macizos y robustos pilares que sustentaban la fábrica.

Bajo ámplio pabellon, tejido con policromas plumas, en un escabel de oro, enriquecido de valiosas pedrerías, estaba él sentado.

Apuestos guerreros, revestidos con brillantes armaduras; vistosos pajecillos con blasonadas dalmáticas; venerables religiosos con sus cenicientos ó blancos hábitos le rodeaban. Todo un pueblo, con sus matronas y varones, acudia, prosternándose ante él, para rendirle el homenaje de su admiracion y su respeto. Y á la cabeza de esta abigarrada muchedumbre, de este deslumbrador conjunto, espléndidamente ataviado con una pompa y lujo extraordinarios, llevando sobre los hombros purpúreo manto y en sus sienes la imperial diadema, un hombre de atlético al par que noble aspecto, llegando hasta las gradas del sólio, ponia á sus piés el glorioso trofeo de un nuevo mundo. Él era el árbitro, el señor de aquel inmenso pueblo, que habia conquistado con su victoriosa espada, legando á la historia de su patria las inmortales páginas del Grijalba, de Tabasco y de Otumba . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquel prodigioso cuadro fué desapareciendo lentamente, dando lugar á otro tambien de halagadoras formas.

Enorme galera, desplegando al viento sus gigan-

tescas velas, hiende las aguas: en su alcázar de proa, envuelto en ancho tabardo y recostado en la borda, contemplaba aquel hombre el grandioso conjunto que ofrecia la gran flota preñada de riquezas, que bajo su mando seguia el derrotero de España. . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Despues populosa ciudad se muestra ante sus ojos; las naos aceleran su marcha, las músicas de á bordo se unen y confunden con las de la poblacion, las salvas de artillería atruenan el espacio, todo el pueblo prorumpe en calurosos vítores, el júbilo es indescriptible, el entusiasmo ilimitado, el cuadro maravilloso. La córte allí residente ha acudido tambien á tributar su homenaje de respeto al victorioso conquistador. Apiñada multitud, cubierta de armas, brocados y terciopelos, aparece ante su vista. Delante de todos, en soberbio palafren, cuyas bridas sujetan dos pajes, y cobijado por un riquisimo palio, está el Emperador.

Seguido de sus capitanes y de raras gentes, cuyos brazos y cuellos están adornados por láminas de oro, sus cabellos con plumas y la cintura con vistosos paños de colores, hácia aquél se adelanta el ilustre caudillo: hace demostracion de hincar la rodilla, pero el César le recibe en sus brazos. Monta despues en brioso caballo, y á la diestra del mismo Cárlos V, seguido de toda la grandeza española y de los trofeos de su victoria, penetran en la ciudad. . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Abrió sus ojos el venerable anciano y huyeron de su mente tan halagüeñas fantasías. Vióse, por el

contrario, en su retirado aposento, solo, sentado en el sillon, con el libro entre las manos.... ¡Cuán distante la realidad que se le mostraba de todo lo que habia soñado! Así permaneció unos momentos, pronunciando sólo estas frases: «¡Yo te lo prometo, ha dicho el Emperador.... te haré justicia.... hoy se cumplen tres años, el 11 de Noviembre de 1544!!»

## VII

Entremos ahora, lector amigo, en un aposento bajo de la casa ya de nosotros conocida en Castilleja de la Cuesta, y al oscurecer del dia 2 de Diciembre de 1547. Ocultan sus muros antiguos tapices de gusto ojival, dibujados al estilo de los antiguos maestros alemanes, Memling, Lúcas Cranach y Van-Eyck, sobre los cuales se ostentan curiosas panoplias, compuestas de escudos tejidos con plumas, haces de flechas, picas, enormes mazas, etc. En los ángulos del frente dos arneses de guerra ricamente nielados, puestos de pié, sosteniendo grandes bordones que terminan en rompepuntas; en el muro de la derecha un robusto armario del más delicado Renacimiento, lleno de libros.

El suelo cubierto por un tapiz oriental; del techo de alfarje pintado y dorado pende una lámpara de acero bruñido, que difunde sus débiles rayos por la estancia, aumentando prodigiosamente los batientes de los objetos, y prestando al todo un indefinible sello triste y sombrío. Próximo al ángulo de la izquierda se muestra oculto entre grandes colgaduras de damasco un alto lecho de roble con dosel, alrededor

del cual se distinguen hasta cuatro personas, iluminadas vagamente por aquella ténue claridad.

El más jóven, vestido con bizarro traje de caballero, cruzados los brazos sobre el pecho, con la cabeza inclinada, aparece sumido en profundo abatimiento; algo distantes de éste, se ven otros dos hablando entre sí con voz muy baja, y sentado á la cabecera el último, envuelto en blanco hábito monástico, con el rostro oculto por el capuz de su sayal, dirige algunas frases al hombre que dentro de aquel lecho agoniza. De vez en cuando un prolongado suspiro que exhala el moribundo turba el solemne silencio, su temblorosa voz sólo emite algunas débiles frases, á veces ininteligibles. Su respiracion era por momentos más dificultosa y agitada; tenía, sin embargo, abiertos los ojos y fijos en un punto dado, como si en él se le representasen imágenes queridas, visiones que halagasen su decaido ánimo. El religioso, que á no dudarlo conocia lo profundo de su corazon, procuraba entónces distraerlo de aquellos pensamientos, elevando su espíritu hácia el cielo; á él dirigia sus ojos el enfermo tranquila, dulcemente; pero á los pocos instantes, las ideas que bullian en su cabeza se presentaban tenaces, y de nuevo sus pupilas volvian á quedar inmóviles. Otras veces veíasele revolver en el lecho cual si un peso abrumador le agobiase; era esto el resultado de la tempestad que rujia sordamente en el interior de su cerebro, que minaba con lentitud su existencia, haciéndola languidecer, y destrozando á fuerza de tan rudos y contínuos golpes aquel cuerpo férreo. En una palabra, su

padecimiento era de alma; por tanto, voraz, aterrador, horrible. Y este choque contínuo de las ideas, y esta lucha aniquiladora sin tregua ni reposo, habia constituido su existencia, tan inexorable, que ni áun en sus últimos momentos veia brillar para su espíritu el más ligero rayo de consolador sosiego.

Por el contrario, á medida que las fuerzas le faltaban, más crecia el aliento de su ánimo, y de este modo apresuraba él mismo los momentos de su muerte, que tan callada y siniestramente se acercaba.

De pronto comenzó á agitarse su pecho, deprimiéndose y elevándose con gran dificultad. Acercóse el hombre más jóven y sostuvo en sus brazos la cabeza del venerable anciano, que en aquel momento adquirió una expresion de sublime tranquilidad: el espíritu habia dominado la materia; su alma, animada por el potente aliento de su grandeza, arredraba á la muerte, deteniéndola: en aquellos instantes verificábase la apoteósis del héroe, la gloria del mártir, la transfiguracion del genio. Las otras dos personas se acercaron áun más; hizo entónces el moribundo un supremo esfuerzo, miró enderredor suyo, sus secos labios se entreabrieron.... Todos inmóviles, cual si la mirada de aquel hombre los fascinase, mudos, inertes, parecian pendientes del más mínimo de sus movimientos. En aquella hora solemne, en medio de aquel sombrío y misterioso recogimiento, que sólo interrumpia el angustioso extertor del moribundo, apretando convulsamente la mano de su hijo, y fijas en él sus pupilas, entrecortada y temblo-

rosamente le decia: Vén.... vén.... hijo.... acércate aún más.... quiero sentirte junto á mi corazon.... Sé que voy á morir.... ¡Gracias, Dios mio!... No todos me abandonan.... aún tú amas á este moribundo.... tu aliento.... así.... así.... tan próximo.... Pide al Señor misericordia....

En este momento las fuerzas le faltaron, y atrayendo débilmente hácia sí la cabeza de su hijo, hundiéndola en su pecho y exhalando un hondo suspiro, pronunció estas palabras con acento lúgubre y tristísimo: «Mendoza.... nó.... nó.... Emperador.... te.... te lo prometo.... 11.... Noviembre.... mil.... quinientos.... cuarenta y cuatro....

Sus párpados se habian entornado, y aquél los besaba anhelante. Aún se veia oscilar en sus órbitas un punto luminoso, como la huella dejada por el último pensamiento, que abrasando su cerebro, rompió los vínculos que ligaban su alma al ámbito mezquino de la tierra.

Pocos momentos despues, Fr. Pedro de Zaldívar recitaba el salmo *Miserere:* los demás, gimiendo, contestábanle hincados alrededor del lecho, vertiendo amarguísimo llanto. Acababa de morir Hernan Cortés, conquistador del imperio mejicano.

## VIII

Al siguiente dia de la triste escena que acabamos de narrar, una multitud de personas de todas condiciones agolpábase curiosa á las puertas de la casa del Jurado Alonso Rodriguez. La nueva del fallecimiento

del valeroso capitan se habia extendido rápidamente, y á lo léjos del camino de Sevilla veíanse adelantar varios grupos de ginetes con direccion al pueblo.

Á hora de las tres de la tarde, precedido por un corto número de clérigos y algunos monjes del vecino monasterio de San Isidoro del Campo, rodeado de varios caballeros y conducido en los hombros de otros tambien de esclarecido linaje, veíase un ataud forrado de terciopelo negro con hierros dorados en sus ángulos, al que seguian todos los vecinos del lugar, entre éstos, muy llorosos y afligidos, algunos mendigos á quienes el finado socorria con largueza (1).

Ya fuera de poblado, y en el sitio en que hoy se ven los restos de una cruz de piedra, depositóse el féretro, rezándose un responso, y despues de colocado aquél sobre una poderosa mula encubertada de negro, el clero de Castilleja tornóse á su iglesia, miéntras que los religiosos de San Isidoro, con las demás personas de calidad que componian el séquito, se dirigian hácia la próxima villa de Santiponce.

El sol, oculto desde el amanecer, aumentaba la tristeza de este cuadro; grandes nubarrones cenicientos se extendian por el cielo, pareciendo todo envuelto en esa luz confusa y vaga, casi tenebrosa, del crepúsculo vespertino en un dia de invierno. Iba, pues, atravesando la extensa vega aquel sombrío conjunto, siniestramente alumbrado por las temblorosas hachas de los monjes: sus blancos sayales eran la única nota que resaltaba en aquellas sombras; los acompañantes,

(1) Véase el testamento de Hernan Cortés.

rebujados en las pieles de sus tabardos, ó en sus negras capas, componian un todo tan oscuro como esas grandes masas de color indefinible que se ven en los cuadros de los antiguos maestros; sólo interrumpia el profundo silencio de la naturaleza el lúgubre y monótono canto de los religiosos, repetido por los ecos de aquellas vastas soledades.

Á la media hora próximamente, paraban todos á la puerta del insigne monasterio, en la que eran esperados por la comunidad. Á los piés de las gradas del presbiterio, y próximo á la losa que cerraba la sepultura de los Duques de Medina-Sidonia, se veia un túmulo rodeado de grandes cirios, únicas luces que alumbraban el ámbito del templo, y sobre el cual depositóse el ataud.

Todos los caballeros que lo acompañaron desde Castilleja, con hachas de cera en las manos, colocáronse á uno y otro lado, viéndose entre ellos á los muy ilustres Sres. D. Martin Cortés, Duque de Medina-Sidonia, Condes de Niebla y Castellar, Jurado Alonso Rodriguez, el Aguacil Mayor de Sevilla Juan de Zayavedra, y á Francisco Sanchez de Toledo y Melchor de Moxica, estos últimos servidores de la casa del finado (1), cuyos semblantes bien manifestaban el hondo dolor que los oprimia.

Recitadas las últimas preces, el Prior de San Isidoro, Fr. Pedro de Zaldívar, mandó abrir la caja, como en efecto se hizo, para que fuese el cadáver reconocido por los presentes, y seguidamente Andrés Alonso,

(1) Véase el tomo 4.° de la *Coleccion de documentos inéditos*, publicados por Sainz de Baranda y Navarrete.

escribano público de la villa de Santiponce, extendió testimonio de la solemne entrega, y despues de leida y firmada por los citados magnates y servidores, procedióse al sepelio en el enterramiento de los Duques de Medina-Sidonia.

Llegó la noche: el silencio más profundo reinaba en el templo; nada parecia indicar que aquellas frias losas encerraban el cuerpo de un hombre para el cual fué estrecho un dia el ámbito de la tierra, y cuya memoria será imperecedera en los anales de la humanidad.

## IX

Hasta aquí, lector benévolo, he ido extractando del manuscrito de Fr. Miguel de los Santos aquellos pormenores que he juzgado podrian ya esclarecer los hechos sobre que estriba esta verdadera relacion, ya aquellos que he considerado como de algun interés. Mas ahora, si no con las mismas palabras que el curioso monje, pienso continuar mi relato, ciñéndome al suyo más estrechamente.

La noche del 11 de Noviembre de 1548 una horrorosa tempestad se desencadenaba sobre el monasterio de San Isidoro del Campo.

El cielo, oscurisimo, envolvia en densas sombras todo el edificio, que súbita y frecuentemente era iluminado por el vivo fulgor de los relámpagos; las vidrieras de la iglesia se estremecian al furioso choque del viento y del agua, pareciendo que las figuras de los santos en ellas pintados se animaban, pugnando

por desasirse de los mismos vidrios. La lámpara que ardia delante del retablo mayor, agitada tambien por el viento, oscilaba cual si la impeliese el soplo de un gigante.

Las trepidaciones de la tormenta hacian temblar los altos pilares del templo; las viejas maderas de los altares crujian, pareciendo á veces que iban á desprenderse de los muros. Un bulto blanco, casi informe, se distinguia confusamente en medio de aquella oscuridad, próximo á uno de los retablos: era Fr. Juan de la Misericordia, que estaba cumpliendo una penitencia, impuesta por habérsele encontrado en su celda un libro luterano (1), el cual fué testigo del prodigio que copiamos de Fr. Miguel de los Santos.

En medio de aquella oscuridad, de aquella espantosa lucha de los elementos, hubó un instante en que el buen monje-penitente se aterró. Sus ojos, fijos en el antiguo retablo mayor, creyeron ver que poco á poco íbanse animando las rígidas figuras de arzobispos, mártires y demás santos que en él se veian representados; los fondos de oro sobre que resaltaban adquirian un brillo extraordinario, al par que siniestro: aquellos ropajes, plegados en una eterna inmovilidad, perdieron sus angulosos contornos; los atributos que con sus manos sujetaban iban adquiriendo la forma de lo real; los burdos sayales, lo mismo que las dalmáticas de los diáconos; las pluviales capas, de igual modo que las aceradas armaduras, agitábanse lenta-

(1) Véase *Descripcion de la provincia de Andalucía de la Compañía de Jesus*, por el P. Martin de Roa. MS.—Biblioteca Universitaria de Sevilla.

mente, cual si un poderoso soplo de vida los reanimase: hasta los ángeles colocados alrededor del retablo, con sus rojizas alas casi perpendiculares, hechas á la manera bizantina, las desplegaban entónces, y las esmeraldas y rubíes de sus ínfulas de oro iluminaron sus rubias ensortijadas cabelleras. Todo el ábside, en fin, aparecia envuelto en una vaga é indefinible luz, aumentada á intérvalos por el lívido resplandor de los relámpagos. Á deshora un ruido sordo, como de algo que rechinase, fué percibiéndose próximo á las gradas del presbiterio; las losas del pavimento separáronse por aquel sitio hasta descubrir una profunda cavidad, más que sombría, negra, de la cual se escapaba un tenue vapor frio, helado, semejante al que exhala una tumba cerrada por mucho tiempo. Aquella niebla disipóse, los sillares de la bóveda crujieron con un sonido estridente, y una figura envuelta en ámplio manto blanco mostróse de repente con el brazo derecho levantado en actitud amenazadora.... Sus cabellos grises desordenados; sus pupilas brillantes; los labios contraidos nerviosamente.... En aquel momento rugia con más violencia la tempestad, y los fulgores eléctricos alumbraron el espectro de Hernan Cortés, que súbito despareció de la vista del horrorizado monje. . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

## X

Al siguiente dia se supo por unos caminantes, quienes á la hora de esta aparicion se dirigian á Se-

villa, que arrebatada por el huracan y envuelta en su negro torbellino, vieron la forma de un hombre cubierto con un blanco manto, cuya relacion vino á corroborar lo narrado por Fr. Juan de la Misericordia, tenido como apócrifo por los demás religiosos.

Aquella noche era el quinto aniversario de la promesa hecha por Cárlos V á Hernan Cortés de hacerle justicia, premiándole la conquista del imperio mejicano.

## XI

El mismo dia y á la misma hora que ocurria el anterior suceso, en una cámara del antiguo alcázar de Madrid veíase un hombre de pié próximo á una mesa, en la que apoyaba su mano izquierda, contemplando profundamente las tortuosas líneas de una enorme carta geográfica sobre aquélla extendida. El conjunto que ofrecia la estancia era el más heterogéneo. Ricos guadamaciles de Córdoba, grandes retratos de personajes pintados soberbiamente, piezas de armar y mapas de los reinos de Francia é Italia y Estados alemanes, cubrian los muros. Por el suelo voluminosos libros esparcidos, y por acá y allá diseminados numerosos relojes, clepsidras y raros instrumentos de mecánica. Aquel aposento tanto parecia habitado por un sabio como por un poderoso. Cada vez estaba el hombre más abstraido en sus cavilaciones; con el dedo índice de su mano derecha iba á veces siguiendo las quebradas líneas del mapa, murmurando al par frases ininteligibles; otras leia en un rollo manuscrito, vol-

viendo despues la vista hácia el sitio que su dedo marcaba. Así estuvo durante algun tiempo, hasta un instante en que uno de los relojes comenzó á sonar; volvióse de repente, dirigiéndose á él; pocos segundos despues, otro, señalando la hora de las diez, repitió los mismos golpes que el anterior. El corto intérvalo que habia mediado entre el toque de ámbos lo contrarió sin duda, pues su semblante, ántes tranquilo, demudóse en una expresion sombría al par que sarcástica, y con la vista clavada en las dos esferas dijo entre sí: «¡Necio de mí! ¡Quiero que las naciones todas marchen acordes, y no puedo conseguirlo ni áun con dos miserables relojes!...»

Se dirigió despues hácia la mesa, y al ir á tomar un libro tropezaron sus manos con un papel profusamente escrito, que distrajo su atencion; tomólo, leyendo su comienzo; era una carta de D. Martin Cortés, en que, despues de historiar los señalados hechos de su padre, pedíale las mercedes que un tiempo ofreció á éste como justo premio, y que aún no habia cumplido el César. «¡Yá es tarde!...» murmuró con acento desdeñoso. Sin embargo, no era desden lo que aquel hombre sentia en lo más íntimo de su sér: quizá de este modo, engañándose á sí propio, creeria acallar el grito de su deber, y extinguir un remordimiento que desde la muerte del heróico conquistador lo abrumaba incesantemente. Álguien que en estos momentos hubiera estado próximo á él, habria podido observar cómo temblaba aquel brazo dominador del mundo al simple contacto de un miserable papel: tal vez pesaba mucho lo que en él

se contenia, acaso las glorias de aquellas páginas alumbraban la oscuridad de su conciencia. . . .

Dejó caer el escrito, buscando de nuevo su libro de horas; cuando lo tuvo en la mano dirigióse con tardo paso hácia un reclinatorio, en que bajo rico dosel resaltaba un Cristo de marfil: arrodillóse, y casi automáticamente comenzó á recorrer sus hojas; de pronto se detuvo, parando la vista en el salmo que empieza *De profundis clamavi ad te Domine.— Domine exhaudi vocem meam;* murmuraba sordamente el Emperador . . . . . . . . . . . .

La luz de una lámpara portátil chisporroteaba, y las tinieblas envolvian por completo el aposento. Sin darse cuenta de lo que hacía, su voz iba alterándose por instantes; cavernosa ya, continuó repitiendo el salmo con extraordinaria rapidez. Cuando hubo llegado á la estrofa *Sustinuit anima mea in verbo ejus,* detúvose, y con el semblante desencajado, tembloroso, pálido y yerto, miró en torno suyo....

....Allá en un ángulo de la cámara, y en medio de la oscuridad, resaltaba algo, algo que no queria ver; mas apesar de sus esfuerzos, allí se dirigian sus miradas, cual si una atraccion potente y misteriosa lo encadenase. De una manera lenta comenzó á dibujarse con más exactitud aquella confusa sombra, mostrándose, por último, el mismo espectro que segundos ántes abandonaba su tumba en San Isidoro del Campo. La fatídica y aterradora vision iba adelantándose pausadamente hasta el reclinatorio, y miéntras el Emperador oia una voz en sus oidos repitiéndole estas palabras: «Yo prometo hacerte justi-

cia.... te honraré como mereces.» Estas mismas frases pronunció él mismo hacía cuatro años. «Sí.... sí.... lo he dicho.... ¡Perdon, perdon!» murmuraba espantado Cárlos V. . . . . . . . . . . . .

Dentro de su pecho agitábase el corazon apresuradamente; sus sienes temblaban; secos los labios, descompuesto el cabello, abrumado, en fin, quiso retroceder, faltáronle las fuerzas y cayó. . . . .

El ruido que produjo, al desplomarse, su cuerpo atrajo á las personas de su servidumbre que en la pieza inmediata velaban.

Aún ardia la lámpara sobre la mesa; con esta débil luz distinguieron á los piés del reclinatorio la confusa figura del Emperador. Levantáronlo, miró en torno suyo con sobresalto, inquieta, ansiosamente, como si buscase algo.

—Nó.... no ha sido nada,—decia á sus servidores.—La atmósfera de esta cámara me ahoga.... disponedlo todo.... es necesario.... sí.... quiero respirar otros aires....

—¿Dónde desea ir V. M.?

—Á Yuste....—contestó lúgubremente.»

---

Pasó algun tiempo sin que el Emperador pudiese realizar su deseo. El dia 5 de Febrero de 1555 lo vió cumplido al fin.

---

Hé aquí, lector, lo escrito por Fr. Miguel de los Santos. Si por acaso dudases de su veracidad, considera que mayores espectros surgen á veces de lo profundo de la conciencia humana, oscurecida generalmente en los poderosos por las sombras de la ingratitud.

# ¡¡Á Torrijos!!

> Todos aqnellos lngares frecuentados por ella, y hasta los más insignificantes objetos qne tuvieron relacion con nosotros en los dias ventnrosos qne pasaron, vinieron á ser despnes de nuestra scparacion mis más crueles torcedores....

Sevilla conserva aún entre sus fiestas populares la de una romería que se celebra anualmente en los cuatro domingos del mes de Octubre, y que se dirige á un pintoresco santuario distante de la ciudad una legua próximamente.

En lo antiguo tomaban parte en estas expediciones medio religiosas, medio profanas, las clases todas de la sociedad; hoy el pueblo, que sabe aún conservar latentes las tradiciones y los recuerdos; que se apega y encariña, llegando á formar con ellos las más hermosas páginas de su historia, es el único que acude á estas fiestas, salvándolas, para fortuna nuestra, de una muerte segura. Y, en efecto, no bien llegan tales dias, adviértese en los barrios extremos de la ciudad una animacion y movimiento extraordinarios. Á través de las maltrechas celosías de miserables

viviendas, en los patios mismos de las casas de vecindad, al borde de las tradicionales fuentes, bajo el emparrado cuyos pámpanos comienzan á perder ya su brillante verdor, no es extraño ver á las mozuelas, entretenidas ora en sembrar sus cabezas de infinitas flores, ora en prender en los mil pliegues de sus blancos vestidos lazos y moños de todos colores, ora, por último, en rodear las africanas gargantas, tersas y suaves como el terciopelo, con repetidas vueltas de collares de negros abalorios ó de corales rojos. Y los mozos del pueblo, con las camisas más blancas que la nieve, con sus cortas chaquetas de pana y sus fajas bordadas de seda, aprestan en ancho cesto las provisiones, sin olvidarse de la henchida bota, llena hasta el gollete, del vinillo *de la hoja*, que, apesar de su inocencia, ha sido en más de una ocasion causa de tremendas desgracias; miéntras que en otro sitio vése á una real moza cuidando de adornar las guitarras, colocando en la parte superior de las astas enormes moñas de todos matices, con sus múltiples caireles de seda, así como á las estruendosas panderetas, atravesándolas diametralmente con guirnaldas de flores de papel. Presta aún mayor animacion á este cuadro, exuberante de vida, el relinchar de los caballos, hiriendo las piedras del pavimento, deseosos de ponerse en marcha; la algazara de los chiquillos, que entonan *soleares* acompañándose con el estridente ruido de una cascada caña ó de dos tejoletas; y es cosa de ver, cuando llega la ansiada hora de partir, el requebrar de los mozos, las miradas traviesas y de reojo que ellas les lanzan al ofrecerse alguno de

éstos, con una rodilla en tierra, á servir de estribo con la otra para que de un salto pueda alcanzar la cabalgadura: por último; si fuera posible describir, ó apuntar al ménos, cualquiera de los ligeros pormenores que en estas ocasiones suceden; las intriguillas que se preparan; los ingeniosos dichos que entre ámbos sexos se cruzan; las quejas, desdenes y esperanzas que animan á estas alegres reuniones, resultaria un cuadro mágico, si bello en las formas, más hermoso aún por el caudal de diversos sentimientos que encierra.

*
* *

Tal vez sea porque en esta ciudad ví la primera luz; tal vez porque en ella he vivido muchos años; acaso porque los recuerdos todos de mi niñez y juventud me salen y sorprenden al paso cuando transito por sus estrechas y torcidas calles; quizá, repito, por todas estas causas encuentro irresistibles encantos y seductores atractivos en todas las tradicionales fiestas, en todas las legendarias memorias, en todos los populares regocijos de que tanta copia ha guardado mi ciudad querida, apesar del largo trascurso de los siglos. Por eso precisamente acudo hoy, de igual modo que cuando contaba pocos años, á tomar parte, siquiera como curioso, en estos poéticos festejos; y, sin que yo pueda explicármelo, hácia éste de la romería de Torrijos he sentido áun más simpatías, más afecto, en una palabra, que por los demás. El mes de Octubre, en que se celebra, contribuye, sin duda alguna, á prestarle mayores atracti-

vos, porque yo creo que son tan hermosos sus dias, que tienen tal y tan indefinible y misterioso encanto, que no hay nada con que pueda compararárseles.

Una de estas tardes, segun costumbre, atravesaba la gran calle que conduce al puente de Isabel II, con el propósito de ver la entrada de los romeros. La aglomeracion de gentes de todos sexos y condiciones, que con el mismo objeto que yo se dirigian al arrabal de Triana; los mil lujosos trenes, que pasaban veloces en todas direcciones; la turba de mujeres mozas y ancianas; el lejano ruido de las panderetas y de las cadenciosas palmas; el vocerío de los pilluelos, que á manera de heraldos venian anunciando en tropel la proximidad de uno de los engalanados carros; el galopar de los caballos, gobernados por mozos que llevan los sombreros de anchas alas guarnecidos de flores, ó con originales rosas contrahechas sujetas al extremo de un alambre, con infinitos caireles de menudos papelillos de plata y oro, y sentadas á la grupa de sus cabalgaduras hermosísimas mujeres, el brazo derecho rodeando el cuerpo del hombre, el izquierdo apoyado en *jarras* en su talle, la cabeza y pecho cubiertos de flores, la larga cola de sus vestidos de percal flotando incesantemente, los rostros ébrios de contento y felicidad; por otra parte los lujosos jaeces de las caballerías con sus petrales de mil colores y sus borlas de seda carmesí, que traen á la memoria su orígen asiático; los pregones de los vendedores situados á la entrada del puente; las flámulas, gallardetes y banderolas de los barcos surtos en el rio; las barquillas y esquifes preñados de gen-

te, que se dirigen tambien al populoso arrabal; y todo este singular conjunto, toda esta abigarrada muchedumbre, todo este extraordinario movimiento, realzados sus brillantes tonos por los rayos de un sol espléndido, que se pone á lo léjos en los últimos límites de un horizonte azul, purísimo y diáfano, miéntras que el disco luminoso de la luna comienza á filtrar débilmente sus plateados rayos á través de las gigantescas arboledas y de los calados adornos del enhiesto campanario de la Giralda.

*
* *

Absorto ante tantas y tan inusitadas bellezas, parándome á cada momento para admirar un nuevo pormenor de los infinitos que surgian á mi paso, llegué ya á entrar en la principal via de Triana: allí era mayor la aglomeracion de gentes; á la entrada de las casas, en los balcones y ventanas, por todas partes mil mujeres morenas de gruesos y rojizos labios, de rasgados ojos, mostraban sus típicas cabezas, encerradas en el más perfecto óvalo por las brillantes y undosas cabelleras negras y lucientes como el ébano; miéntras que á las puertas de los mesones y tabernas hallábanse los mozos apurando larga y ordenada serie de cañas con la aromática manzanilla.

Era ya casi de noche cuando me encontré á la mitad de la calle: no tardó mucho tiempo sin que llegara á mis oidos el estruendo de las panderetas, y pocos momentos despues el rojizo resplandor de los hachones me dejó ver, algo distante, un carro lleno por completo de mujeres y escoltado por varios hom-

bres, que con enormes antorchas lo alumbraban. De aquel informe carromato se habia sacado un partido notable: todas sus varas laterales, que servian de respaldo á las romeras, estaban revestidas de papeles de colores; en cada uno de sus ángulos levantábanse astas, que servian de sosten al toldo, compuesto de blancas telas guarnecidas de encajes cogidos en pabellones, y en cada uno de éstos lucia un hermoso moño de cinta de seda. Esta pintoresca cubierta estaba sembrada exteriormente de infinitas flores, y el interior con mil lacillos de todas formas y colores. Sentadas á ámbos lados del carro, fronteras unas á otras, estrechas y apretadas por falta de sitio hasta diez muchachas, unas tocando la guitarra, otras acompañando con las panderetas, y las restantes batiendo palmas ó tañendo los ruidosos palillos con todo el compás necesario para llevar el tono á la *cantaora*. Aquellas que iban sentadas, bien en los primeros ó en los últimos sitios, lucian toda la larga cola de sus trajes, pomposamente extendidos fuera del carro, con sus mil farfalaes y volantillos, limpísimos, crujientes á fuerza de almidonados. Todas llevaban sobre los hombros, cruzadas sobre el pecho y recogidas en la cintura, las puntas de sus pañuelos bordados de seda, de Manila, con sus inquietos flecos, que caian más bajos aún que las caderas. La algazara, el bullicio, el vocerío que animaba á aquella multitud, uníase á los *¡¡ole!!* de los mozos de á caballo, y á las mil frases de *¡¡viva la grasia!! ¡bendita sea su boca! ¡mare de mi alma!* y otras análogas con que aquéllos estimulaban á las *cantaoras* para que no

desanimaran y conservasen la voz en toda su varonil pujanza.

Llegó el carro á las puertas mismas de una taberna é hizo alto. Al resplandor de las embreadas hachas veíase aquel abigarrado conjunto como si áun fuera de dia: algunas, ya enronquecidas por el constante cantar, rojas del calor que sentian, se abanicaban vertiginosamente; otras, *alumbradas* demasiado por el vinillo bebido durante el dia, dejaban descansar perezosamente sus cabezas sobre los hombros de sus compañeras. Una ruidosa algazara se levantó de pronto, y todas se irguieron y vocearon alegres y sonrientes, aclamando la llegada de una batea con más de cien cañas de vino, que, como refuerzo, trajo un mozo para de nuevo obsequiarlas. Derramábase el dorado líquido, las cañas se estrellaban en el suelo, pero este rumbo, esta esplendidez aumentaba la alegría, y cada una de aquellas ruidosas roturas era estimulada con las frases de ellos, que decian: «¡Rompe, rompe, por tu *salú* y la mia; *tó* es tuyo; *pa* eso están, salero!»

—Esperanza, ¿quieres hacer el favor de beber?—dijo el anfitrion á una muchacha como de diez y ocho años, morena, pálida, que se veia sentada casi frontera al sitio en que yo estaba.

—No tengo ganas—contestó aquélla.

—Vamos, chiquilla, no seas tonta, bebe ya.

—Vamos, te he dicho que no quiero.

Entónces se oyeron mil voces gritando: «Que beba, que beba,» añadiendo algunas: «Pues si no quiere vino, que cante.»

—Eso es, sí, que cante unas *siguiriyas netas*.

—Nó,—decian otras,—unas *soleares.*

Esperanza seguia callada; yo no quitaba los ojos de ella, pareciéndome, no sé por qué secreto misterio, que los pensamientos que cruzaban por su mente estaban muy distantes de aquel sitio.

Por fin, volvieron todos á instarle que cantase.

Uno de los mozos, que era conocido mio, se le acercó, hablóle al oido no sé qué cosa, y, volviéndose á los demás, dijo con cierto aire de triunfo:

—Ya va á cantar; Cármen, toca unas *soleares.*

Todo quedó en silencio; las palmas comenzaron á acompañar á la guitarra, que Cármen tocaba de una manera singular.

—¡Vamos allá! ¡vamos allá! ¡ay, su boca! ¡anda, anda, *maresita!*

Al cabo dejóse oir la voz de Esperanza, cantando esta copla:

Un mar de penitas llevo
En el fondo de mi alma;
Cuando sube la marea,
Por los ojos sale el agua.

—*¡Ole! ¡ole!*—repitieron mil veces todos, al par que aplaudian frenéticamente.

—¡Venga vino, y viva la alegría, y viva la *grasia!* —gritó uno de los *gachós.*

Otra segunda batea llegó al carro; miéntras tanto yo, avivado por una gran curiosidad, me acerqué al mozo que habia hecho cantar á Esperanza con sólo hablar á su oido y le dije:

—Vén, Pablo; ¿quieres decirme si esa muchacha está enferma?

—Calle usted, señorito; si lo que le pasa es una historia como esas que salen en los teatros: la infeliz tiene muchos *infundios* en la cabeza, y no quiere convencerse nunca de lo que se le dice.

—Pero ¿qué le pasa?—pregunté de nuevo.

—Casi nada,—me contestó;—se le ha metido en la cabeza querer á un señorito, y ahí está todo; verá usted,—continuó:—Hace cuatro años volvíamos de Torrijos; yo iba con ella tambien, y ya de vuelta de ver al Cristo reparé en un señorito que venía detrás de nosotros mirando mucho hácia el carro; entramos en Sevilla y él siguiéndonos; llegamos al corral de la Cruz, donde casi todos vivimos, y el hombre no se separó del portal hasta que entramos. Á los pocos dias, una noche venía yo de mi trabajo y ví á Esperanza hablando con él, y así corrieron las cosas, hasta que ya se empezó á decir que ésta se casaba con el señorito. Todo se arregló: *sacaron los papeles*, y la muchacha estaba loca de contento, porque sepa usted que Esperanzilla llegó á enamorarse de aquel hombre de una manera atroz; pero cuando todo estaba dispuesto, *cátese usted ahí* que de pronto desaparece aquél, y pasaron dias y dias, y la pobre muchacha esperando siempre. Al fin se averiguó que los parientes de él, cuando supieron lo que iba á pasar, lo mandaron allá á unas tierras muy lejanas y desde entónces ni se acordó más de Esperanza ni se supo nada de él. Ella comenzó á entristecer, porque hay quien dice que.... vamos, ya usted me entiende. Así van ya pasados nada ménos que cuatro años, consumiéndose dia por dia como una pavesita. Nosotros

al pronto creimos que con el tiempo se le borraria todo esto; pero ¡que si quieres! cada vez peor; miéntras más años, ella más triste, hasta el punto que no puede usted figurarse lo que es necesario hacer para conseguir que tome parte en alguna de nuestras fiestas. Á la fuerza la hemos traido esta tarde; por nada del mundo queria venir; pero al fin lo conseguimos, y ya usted ha visto que no puede adelantarse nada con ella: ni habla, ni canta, ni se alegra, y lo peor es que han dicho los médicos que la pobrecilla no va á durar mucho.

—Pablillo, ¿qué estás ahí hablando? Anda ya, que nos vamos—dijeron algunas voces de mujer al llegar mi interlocutor á este punto.

—Ea, pues andando,—contestó éste.

Despidióse de mí; agitó fuertemente el embreado hachon que llevaba en la mano para avivar su lumbre; montó en su caballo, y, colocándose á la zaga del carro, se pusieron de nuevo todos en marcha, enmedio del ruido de guitarras, panderetas y *cantes*.

*
* *

Pablillo estaba muy distante de imaginar la impresion que su relato habia hecho en mí. Me quedé pensativo sin acertar á moverme de aquel sitio, pero de pronto oí á lo léjos la voz casi perdida de Esperanza, que cantaba:

No pierda esperanza,
No pierda esperanza,
Que en un pozito hondito
La soguita alcanza.

Sevilla.—Abril-Setiembre, 1881.

# MAGDALENA

Mi amigo Juan conoce un sinnúmero de historietas, que yo me complazco oyéndoselas narrar en los pocos momentos de expansion que se permite tener. No hace muchas tardes me refirió lo siguiente:

Magdalena contaria escasamente diez y seis años. Perdió á sus padres, quedando huérfana, pero no sola. Tenía dos hermanos: el mayor, Enrique, de diez; el menor, Luis, de ocho. Todos los dias iba á trabajar, cosiendo en casa de los Condes de L. Su miserable jornal apénas era bastante para que pagase el tugurio que les servía de vivienda; pero Magdalena habia encontrado un medio por el que sus hermanos no carecian de alimento: tomaba un bocado de la comida que le daban en casa de los Condes, y lo demás para sus niños, que asi los llamaba. Al amanecer, miéntras éstos dormian, aseaba su humilde vivienda, y todo lo disponia para que sus her-

manos no tuviesen necesidad de sus cuidados durante el tiempo de su trabajo: enmedio de tanta pobreza era feliz. Enrique y Luis la esperaban por la noche con los brazos abiertos; colgábanse de su cuello, y, colmándola de caricias, recompensaban los sacrificios de su hermana, que apartaba de su boca el sustento para llevarlo á las de ellos.

Pasó tiempo; aquella naturaleza débil y enfermiza, quebrantada por el asíduo trabajo, y más que nada por la miseria, resintióse. Las puertas de casa de los Condes se le cerraron entónces, porque su tos seca y contínua incomodaba á la hija de los magnates, y más todavía desde que una vez la vieron arrojar algunos esputos de sangre. Aquella misma tarde fué á buscar trabajo á otra casa. La Condesa informó diciendo que era honrada y buena, pero que estaba tísica y para nada servía. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la desgracia. Una noche llegó á su habitacion: Enrique y Luis, al sentirla, corrieron á ella con los brazos abiertos.

—¡Cómo has tardado, Magdalena!—decian.—Ya teníamos hambre; hemos buscado por todos los rincones y no hay ni un pedazo de pan. ¿Vamos á comer?

Magdalena quedóse inmóvil, petrificada. Por vez primera sus ojos se nublaron, y su razon se extravió momentáneamente. Reponiéndose despues, les dijo con aire sonriente:

—¡Ah! es verdad; me olvidaba. Teneis que esperar un instante; ahora mismo vuelvo.

Bajó la escalera con una rapidez vertiginosa, y se fué á la calle á pedir una limosna.

El viento y el agua azotaban su rostro.

Acercábase á cuantas personas veia pasar por su lado; unas la rechazaban, otras respondian á sus súplicas con frases chocarreras, cuyo sentido le era desconocido.

Vió á la puerta de un café un señor de presencia benévola y respetable; alentada por un rayo de esperanza, dirigióse á él.

—¿Me da usted una limosna, caballero? Tengo dos hermanos pequeños que no han comido nada durante el dia.

Los ojos de aquel hombre adquirieron una vivacidad y brillantez extraordinarias; acercó su cabeza á Magdalena, y con mirada escrutadora estuvo unos momentos observándola.—¡Qué mujer tan bonita!—murmuró entre dientes, y como regodeándose por el encuentro.

Su semblante, que se habia animado con una expresion que podríamos llamar erótica, trasformóse repentinamente en serena y apacible.

—¿Dónde vives, niña?—le interrogó con acento cariñoso.

—En una casa de vecindad en la calle de San Gil.

—¿Trabajas?

—Sí, señor, he sido hasta anteayer costurera en casa de los Condes de L.

—Vamos, y te has cansado ya de coser, ¿eh?

—Nó, señor, porque mi deseo es encontrar otra casa en donde poder ganar el pan para mis hermanos.

—Bien, bien, eso me agrada: pues mira, yo seré desde hoy en adelante tu protector; nada te hará fal-

ta, y si eres buena para conmigo no tendrás ni que trabajar.

Cada una de estas palabras habian impresionado á Magdalena hasta el punto de mirar ya á aquel hombre como á un Dios. ¡Tenía una presencia tan noble!

—Vamos, anda,—le dijo de nuevo el señor,—voy á acompañarte hasta tu casa; desde ahora empieza mi proteccion.

Miéntras tanto que iban atravesando calles, escuchaba Magdalena frases como ésta:

—Quiero que veas en mí, nó un protector sino un padre, y que me correspondas sólo con tu cariño.

Pasaban á la sazon junto á la Catedral: la noche era oscurísima, llovia á torrentes y el frio era intenso. Magdalena temblaba, y de vez en cuando se estremecia. El viejo lo observó, y al mismo tiempo que volvian sus ojos á adquirir el brillo que á veces los animaba, le decia:

—¡Pobrecita! ¿Tienes frio?

Entónces ya rodeó su cintura, atrayéndola hácia sí dulcemente.

—Sí, señor, hace mucho esta noche.

Si Magdalena hubiera mirado entónces el semblante de su protector, habria visto cómo sonreia murmurando:—Esto va bien; la caza no se espanta.

* * *

—¡Para qué he de continuar!...—me dijo Juan.—Ya comprenderás el fin. El Duque de M., que no era otro el protector, hizo entrar á Magdalena en su mis-

mo palacio. Arrastrándose como un reptil, consiguió su objeto.

Cuando Magdalena llegó á su casa, temblorosa, anhelante, con la comida para sus hermanos, éstos, arrebujados en un rincon, temblaban de frio. Como siempre, se abrazaron á Magdalena.

—Ya teneis que comer,—les dijo ésta.

—¿Y tú, has comido?

—Sí.

Despues que Enrique y Luis satisficieron su hambre, se echaron en brazos de Magdalena. Acurrucada en un jergon, tiritaba de frio; sus ropas estaban empapadas, y el cansancio, la humedad, y más que nada las horribles impresiones de aquella noche, dieron por resultado que despues de un vómito de sangre le entrase una fiebre altísima. Los niños, entretanto, dormian profundamente. Magdalena deliraba, y las calenturientas imágenes de lo pasado bullian desordenadamente en su abrasado cerebro.

—El Duque.... sí....—decia,—¡qué noble!... ¡qué generoso!... Me ha dado pan para mis hermanos.... ellos tenian hambre.... mucha hambre.... iban á morir.... Y él tan bueno.... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡me ha deshonrado!...Nó.... nó.... mil veces nó.... ¿acaso...? ¡Imposible!

Y luégo, como si se detuviera á recapacitar, decia con el rostro descompuesto, rechinando los dientes:

—¡¡Miserable!! ¡¡Miserable!!

Despues tuvo un momento de lucidez: miró anhelante á sus dos hermanos, y los besó en la frente, al mismo tiempo que gruesas lágrimas brotaban de sus

joos. Por último, rompió en una horrible carcajada.

*
* *

Amanecia. Por los intersticios de la desvencijada ventana que daba al patio filtrábanse algunos indecisos rayos de luz: Luis y Enrique habian despertado.

—Mira, mira,—decia aquél á éste,—qué contenta está Magdalena; se rie.

En efecto, los labios de su hermana estaban entreabiertos, mostrando sus dientes en una sonrisa que podríamos llamar muda; sus párpados cerrados.

—Magdalena, hermana mia, ¿estás soñando?—dijo Enrique.

Y de seguida, rápidamente, se arrojó sobre la frente de ésta: la besó, pero de repente el niño quedóse inerte: aquella frente estaba fria como el mármol.

*
* *

Á la noche siguiente de los hechos que acabo de referirte, oí en los salones de los Condes de L. el siguiente diálogo:

—Condesa, ya sé que la han visto á usted esta mañana léjos de aquí.... allá por San Gil, ¿no es cierto?

—Sí, Duque; como usted sabe, soy la presidenta de la Asociacion benéfica de San José, y enterada de que en dicha calle habia muerto una jóven, fuí á la casa de vecindad en que habitaba para disponer lo necesario para su entierro, y, mire usted qué casualidad, me encontré con que habia sido costurera en mi casa.

—¿Tal vez Magdalena?

—Sí, señor.

—¡Bah! Pues poco se pierde con su muerte, porque, segun mis noticias, hizo usted muy bien en despedirla: era una mujercilla sin pudor....

—Efectivamente; pero como los fines de nuestra congregacion son los de hacer bien, sin reparar, como dice el adagio, á quién, ya, gracias á nuestros auxilios, está enterrada, y mañana se rezará una misa por su descanso eterno.

—Perfectamente, Condesa; ante todo el bien de su alma.

*
* *

—Pocos dias despues,—continuó Juan,—estando una tarde en el paseo, ví en un soberbio tren al opulento Duque de M., ya casado con la Condesita de L.

Ella tenía apénas diez y ocho años; él pasaba de los sesenta. Las gentes los saludaban con profundo respeto.

7 de Octubre de 1880.

# El clavel rojo

«Pasé los primeros años de mi infancia y de mi juventud como alumna en el colegio del Sagrado Corazon, en M.

Yo cuidaba lo referente á la capilla: sacar los ornamentos, disponer los altares, todo, en fin, lo concerniente al culto.

Nuestro capellan apénas contaba veintiseis años. Era alto, delgado, pálido, con grandes ojos negros.

Sin que yo sepa por qué, agradábame estar en su compañía, y para esto pretextaba mil necesidades; mi cuidado especialmente era el de no perder nunca de la mano las llaves de la cajonería y demás sitios en que se custodiaban los objetos del altar, pues de ese modo conseguia que á cada momento me llamase: «¡Isabel, Isabel!» Cuando le oia pronunciar mi nombre saltaba de contento.

*
* *

Nunca ví que fijase sus ojos en los mios, ni que áun siquiera reparara en mí; pero al hablarme lo hacía de una manera tan dulce, que á nadie despues he oido hablar de aquel modo.

*
* *

Un dia acababa yo de sacar los ornamentos: primero la casulla, luégo el alba, despues el amito; por este órden lo coloqué todo sobre una mesa de mármol para cuando llegase á decir misa. De pronto oí sus pasos; entónces, sintiendo miedo ó algo muy raro en mi interior, por una cosa que yo habia hecho, salí de la sacristía, y, al contrario de los demás dias, lo dejé solo. Á una de las cintas del amito le habia yo atado un clavel rojo.

*
* *

En la iglesia traté de arreglar algunas cosas que ya lo estaban desde por la mañana. Temblaba á cada momento; ¿por qué? Entónces no era yo capaz de sospecharlo.

Á cada momento creia oir su voz: «¡Isabel, Isabel!» pero aquel dia no me llamó.

Concluida la misa se puso á orar de rodillas sobra la última grada del presbiterio. Mis compañeras y yo hacíamos lo mismo; momentos despues lo ví levantarse; pasó rozándome con sus ropas: levanté la cabeza; estaba más pálido que nunca, pero ni áun siquiera se fijó en mí.

Cuando pasó, me levanté corriendo, llegué á la sacristía con una curiosidad muy grande, registré el amito: el clavel rojo habia desaparecido.

*
* *

La casa en que vivia nuestro capellan estaba unida á la capilla, comunicándose por una puerta con la sacristía.

Mirando por el ojo de la cerradura pasaba yo largos ratos.

Le veia andar de un sitio á otro, pasearse, leer; en una palabra, sorprendia su vida íntima. Por aquel estrecho agujero introduje una vez otra flor, que, empujada por mis dedos, cayó al otro lado.

Desde entónces no volví á verlo más en aquella estancia.

*
* *

Pasaron dos años; salí del colegio, y poco despues llegué á ser la manceba del banquero L.

Una tarde, ataviada lujosamente, me dirigí á la casita del capellan del colegio: ¡aún lo recordaba! Llamé á la puerta y él mismo me abrió, recibiéndome en aquella misma sala que daba á la sacristía.

Me pareció un cadáver. Miré sus ojos y estaban llenos de lágrimas: cogió mi cabeza entre sus manos, y, estrechándola levemente contra su pecho, sólo me dijo estas palabras: «¡Dios te perdone como te perdono yo!» Despues abrió la puerta, y, mirándome por última vez, lo ví desaparecer.

*
* *

Murió al mes siguiente tísico, segun me dijeron. Entre sus papeles, guardado en un estuche, halló su familia un clavel rojo marchito.

21 Junio 1880.

# En la Macarena

I

Hay algunos lugares en mi ciudad nativa con los cuales, sin yo darme cuenta, me hallo ligado de tal suerte y les profeso tan íntimo cariño, que siempre los escojo con preferencia á otros en mis extraviados paseos. Los recuerdos de mis primeros años; las memorias de dichosos dias pasados; en una palabra, *todo lo que fué* y ha desaparecido para siempre, se halla, por decirlo así, confundido, identificado con estos sitios, que para la generalidad son por completo indiferentes. Cuando me hallo en ellos, la fantasia con su poderoso aliento vivifica los juveniles anhelos, los ilusorios ensueños y todas las mil seductoras imágenes que bullian en mi cerebro hace ya algunos años. Busco tambien entónces, nó la soledad, sino los parajes en que pueda hallar algo que hable á mi alma, procurando interrumpir con brillantes y ale-

gres notas de color el monótono cuadro de la vida. Por esto encamino mis pasos á los más apartados arrabales de la poblacion, encontrando siempre en ellos, ora interesantes rasgos del carácter andaluz, ora de típicas costumbres, ó ya tambien sorprendo alguna historia cuyos pormenores absorben mi atencion por más de un dia.

Entre todos éstos he preferido siempre el populoso de la Macarena, y muchas tardes me encamino á él, entreteniéndome en vagar sin direccion fija por el laberinto de estrechas y torcidas callejas que lo forman.

## II

Su situacion, topográficamente hablando, no puede ser más pintoresca. Hállase limitado por una parte por el Guadalquivir con sus márgenes festoneadas de juncos y verdes cañaverales; al opuesto lado los carcomidos y musgosos torreones de las antiguas murallas con su indefinible color, sus flotantes matas de resedá y su corona de jaramagos y amapolas. Próxima á ellas, la gigantesca y sombría mole del insigne asilo levantado por la piedad de la ilustre matrona D.ª Catalina de Rivera; á lo léjos piérdese la vista en inmensa llanura, plantada de mil huertas de naranjos, sobre cuya oscura masa aparecen las ruinas del monasterio de San Jerónimo, los caseríos y ventorrillos de todas formas y proporciones, pero todos tambien más blancos que la nieve; y, por último, resaltando sobre el azul del cielo, la vieja cruz de ama-

rillento mármol entre cuyos desunidos peldaños se retuercen las añosas raíces de las plantas trepadoras que durante el pasado estío la engalanaron con flotantes matas de campanillas purpúreas y de blancas madreselvas.

Nada más triste y melancólico que estos lugares tan apartados del incesante bullicio de la ciudad, en que hasta la alegría que en ellos se respira parece que la ahogan las viejas murallas, el sombrío é imponente Hospital, el continuado tránsito de los fúnebres carros que se dirigen al próximo cementerio, y á donde sólo llegan á los oidos, ya la plañidera voz entonando uno de esos cantares que más bien parecen prolongado lamento, de los que sólo se percibe el ritmo, perdiéndose á lo léjos, ya el acompasado y constante gemido de las norias resbalando perezosamente con su larga serie de canjilones, ó ya el agudo grito de los vencejos y aviones, que pasan más veloces que saetas buscando sus nidos entre las derruidas aspilleras de la muralla ó entre las estrechas uniones de sus sillares.

El reposo y la soledad de estos parajes con nada puede compararse, y mil veces ha distraido mi cansado espíritu cualquiera de los sencillos pormenores que componen este cuadro.

Todo lo que llevamos dicho se refiere á las afueras del arrabal; pero una vez ya en su interior, el interés acrece, mostrándose, por decirlo asi, un mundo extraño, de distintas formas, caractéres, costumbres y tipos, que ofrecen al curioso ancho campo para su meditacion y estudio, porque á nada se parece, por-

que cuanto en él existe es peculiar de este suelo, con ninguno puede confundirse, lleno de poesía, exuberante de sentimientos y resplandeciente de luz.

## III

No há muchas tardes vagaba yo, sin darme cuenta de mis pasos, por una de las más características calles de este arrabal. Un brillante sol de invierno lucia sobre el diáfano azul del cielo iluminando espléndidamente los espaciosos patios de las casas de vecindad, con sus tiestos de mil formas, altos y bajos, estrechos y anchos, azules, blancos y verdes, procedentes todos de los alfahares de Triana, plantados de rosales, sin olvidar las tejas de barro cocido empotradas en la pared, sembradas de violetas y de ranúnculos purpúreos y de oro; miéntras que, diseminadas por los muros, veíanse várias jaulas de caña ó de alambre, encerrando gorriones y canarios. Á las puertas mismas de una de estas viviendas, en cuyo zaguan habia un cuadro de azulejos de todos colores con el santo patrono rodeado de guirnaldas de papel rizado con flores de plata y su desvencijado farolillo, encontrábanse encerrados en alcahaces de caña los apuestos gallos de pintadas plumas y carmínea cresta, campeones de reñidas luchas, en torno de los que picoteaba la tierra un enjambre de gallinas. Junto á ellas, grupos de chicuelos de atezada piel, medio desnudos, incitando á saltar á un perro ó revolcándose sobre el polvo cual si fuera mullido lecho, miéntras que á lo largo del muro, sentadas en maltrechas si-

llas, y á la sombra que proyectaban las ropas puestas á secar sobre cuerdas sostenidas por palos de todos tamaños, veíase á las mozas, casi ocultas las cabezas con sus pañuelos de seda, unas cosiendo, otras trenzando sus negros y undósos cabellos, otras, por último, tejiendo espuertas y canastillos de flexible palma.

Animábase á veces este abigarrado conjunto, que yo contemplaba con extraordinario interés, por las coplas que entonaban las muchachas; por el ladrido de los perros, que parecian increpar á los chiquillos cual si hubiesen ya agotado su paciencia en fuerza de las travesuras de éstos; por el sonoro canto de los gallos, que se paseaban majestuosamente midiendo sus estrechos recintos con grave paso, y ya, por último, por el acordado són de una guitarrilla que tañia un mozo de grandes ojos negros, sentado sobre una vacía maceta procedente del corral.

—Soledad, quita ya esa ropa de ahí,—dijo una mujer de algunos años de las que formaban el corro.

Entónces ví levantarse á otra, dirigiéndose al colgadero donde aquéllas estaban tendidas. Púsose de espaldas á mí, levantó los brazos para alcanzarlas, empinándose sobre la punta de sus piés, y jamás he visto un cuerpo como aquél: los contornos de su torso, de su cintura y de sus caderas estaban maravillosamente dibujados.

No sería más esbelto ni más gallardo el modelo de donde tomaron los egipcios las líneas para sus elegantísimos vasos canópicos.

Las leves ondulaciones que producian éstas al en-

sancharse por las caderas, y que se iban estrechando hasta llegar al suelo, producian, con la larga falda del traje recogido á sus piés, una figura estatuaria gallardísima, semejante en un todo á las más clásicas del paganismo griego.

Recogió las ropas, y, echándolas en sus brazos, volvióse hácia mí: entónces pude verla á mi sabor, miéntras cambiaba algunas palabras con sus compañeras.

En el perfecto óvalo de su rostro dos facciones llamaron profundamente mi atencion: los ojos garzos, rasgados, chispeantes, y la boca pequeña, de labios provocativos, un tanto gruesos, pero de un contorno purísimo, á cuyas extremidades prestaban mayores encantos los graciosos hoyuelos que en ella se formaban al hablar con rapidez, haciendo tambien entónces resaltar sobre el brillante carmin una serie de menudos dientes, perfectamente iguales, blancos y trasparentes como el alabastro. Era delgada; su tez, morena clara y algo pálida. Por algunos momentos yo creí soñar, y no exajero al decir que la impresion de su incitante hermosura me dejó absorto. La ví entrar en la casa con paso reposado; al andar parecia que su cintura se cimbraba con extraña voluptuosidad. Despues desapareció de mi vista. Estuve parado ante aquella puerta hasta que las sombras del crepúsculo avanzaron. Poco á poco los objetos se iban distinguiendo más confusos. Cuando llegó la noche abandoné aquel sitio, sin que por un momento se apartase de mis ojos la imágen sonriente de Soledad.

IV

Desde aquel dia, muchas tardes encaminé mis pasos hácia el arrabal de la Macarena, y ciertamente que no era para de nuevo mirar por centésima vez ni los alegres campos ni las sombrías murallas. La hermosura de Soledad me atraia, y si al principio, engañándome á mí propio, traté de convencerme de que no era á ella á quien buscaba, un secreto deseo, un misterioso anhelo inexplicable, pero tenaz, me obligaba á dirigirme al sitio en que por vez primera se mostró á mis ojos.

En los momentos en que mi imaginacion, rota su estrecha cárcel, se lanzaba á esos mil mundos imaginarios, poblados sólo de halagüeñas é impalpables quimeras, extasiándose en admirar las inmortales creaciones del realismo pagano, como las ideales, á quienes dió vida el cristianismo, tanto en unas como en otras, creia verla siempre, sonriente y provocativa en las primeras, bajo la forma de una bacante; mística, reposada y serena en las características estatuas que produjo el arte ojival en la XIV centuria.

Todo cuanto hice, sin embargo, para lograr verla de nuevo fué inútil. Y pasó el invierno. Ya se iban borrando de mi mente aquellos purísimos contornos de su cuerpo, aquellos singulares rasgos de su rostro; su recuerdo, en una palabra, aparecia sólo como uno de esos magistrales esbozos hechos con lápiz por los artistas antiguos, que al presente se ven casi perdidos, pero en los cuales se reconoce aún la mano

del genio que los trazó, cuando una tarde, al pasar por delante del patio de su casa, bajo un emparrado que habia allá en el fondo, la ví arrancando de una maceta los nardos todos que tenía, con los cuales casi cubrió su cabeza. Parecióme más pálida y más delgada que la vez primera: acaso, me dije, habrá estado enferma, y por eso há tanto tiempo que no la veo.

Sólo algunos minutos pude contemplarla: cuando terminó de adornarse con las flores, sin fijarse siquiera en mí, sin advertir que yo expiaba sus movimientos todos, desapareció de mi vista. Desde entónces no volví á verla más. Por aquel verano mis excursiones por la Macarena fueron ménos frecuentes, y, como todo pasa en la vida, tambien huyó de mi mente el recuerdo de Soledad, que tan impreso habia tenido por espacio de algunos meses.

## V

Un dia llegué á saber por incidencia que en mi favorito arrabal se habia establecido un centro de reunion, con honores de café, adonde asistian los mozos más *ternes* del barrio y adonde mostraban su habilidad en el canto flamenco las *notabilidades* varones y hembras que habia en la poblacion. Esto sólo bastó para que, avivada mi curiosidad, una noche me dirigiera al sitio que me indicaron. Entré por una de sus estrechas callejuelas, y no habia andado mucho cuando se me mostró un medio ruinoso caseron sobre cuya puerta, debajo de un enorme escudo y colgado de un pescante de hierro, ví un farol de regular ta-

maño, á cuyos cristales interiormente se habian adaptado unos pliegos de papel rojo en que se leia, escrito con negros caractéres de todas formas y tamaños: «Café cantante de Paco el Malagueño.» Entré, no sin algun recelo, y despues de atravesar el patio, que sólo alumbraban de trecho en trecho algunas candilejas; despues de subir por unas rampas con honores de escalera, me hallé en el piso principal, en que ya se percibia claro y distinto un confuso ruido, una discordante algazara, como producida por la reunion de centenares de personas. Al final de la espaciosa galería hallábase el café cantante. Era un vastísimo salon cuya rica techumbre de alfarje, más que oscurecida, veíase negra por el denso humo de las candilejas, por el no ménos de las luces de petróleo y por las constantes bocanadas del tabaco, que habian oscurecido tambien las paredes, en que aún aparecian algunos adornos del friso que en un tiempo las rodeó: de los dorados racimos estalactíticos pendian, á manera de lámparas, enormes candilejas de varios mecheros con muy gruesos pábilos, de cada uno de los que se escapaba constantemente una espesa y pestilente humareda que, esparciéndose por aquel antro, venía á aumentar el espesor de la atmósfera que en él se respiraba. Una multitud de mesas de todos tamaños y figuras lo ocupaban, alrededor de las cuales habia un enjambre de criaturas de todos sexos y edades que se reian, hablaban y gesticulaban con violentos ademanes, con estentóreas carcajadas, cambiando palabras de dudoso significado, en un idioma desconocido algunas,

otras, y era lo más corriente, en el dialecto rufianesco propio de los *bravos* y *ternes*, intencionadas, maleantes, satíricas, llenas de reticencias y de hipérboles. Al final del salon levantábase un tablado de poco más de una vara de altura, con un remate de extraña forma, semejando á un fronton, y los muros circunscritos por este recinto veíanse pintados de un azul muy fuerte: unos pabellones de telas amarillas y rojas, simétricamente recogidos, con ramos de flores contrahechas, de color indefinible, adornaban el fróntis, y en el fondo tres espejos con molduras, que fueron doradas, venian á completar el decorado de esto que podremos llamar escenario. Sentadas alrededor de él, dando vista al público, habia cinco mujeres jóvenes y tres hombres; una de las primeras cantaba acompañada por la guitarra de un *tocador*. Los trajes, las actitudes, las maneras de aquellas gentes apénas si pueden describirse. Las mujeres adornaban sus cabezas con infinitas flores, con peinetas no sé de qué cosa, rojas y azules. Una gran onda de cabellos negros cubria casi todas las frentes, y, bajando por las sienes de izquierda á derecha, se recogia en la nuca por medio de un gran moño, formando abultado rodete, ó ya dejando sueltos los extremos del cabello. En las orejas llevaban enormes pendientes con relumbrones dorados, y rodeando las gargantas, gruesos collares de todos colores. En los hombros, cruzados sobre el pecho y recogidos por la espalda, las puntas de sus pañuelos, que unas llevaban de seda, de Manila, amarillos, negros ó azules; otras blancos de lana, con doble serie de flecos, ter-

minando en redondas borlillas rojas que parecian madroños. Los trajes eran de percal, pero tan almidonados, tan tiesos, que al llegar al suelo se quedaban en pié, como sujetos por una armazon interior. Infinitos volantillos y farfalaes adornaban algunos, partiendo desde abajo arriba, de mayor á menor. Por último, desde la cintura á la mitad del pecho, una aglomeracion de rosas y claveles esparcidos, diseminados sin arte ni concierto, como si hubieran sido arrojados al acaso, de entre los que se veian aparecer las morenas gargantas, por donde resbalaban á veces las ondas de azabache de sus cabellos. Los rostros de todas ellas estaban, más que pintados, embadurnados de arrebol, cuyos tonos de rabioso carmin producian un efecto extraño, especialmente en aquellas cuya tez era más morena. El conjunto de abigarrados y brillantes colores, la confusion de tonos y matices, el crujir de las telas, el brillo de los azabaches y de los dorados collares, los acompasados golpes que con sus bastones producian en el tablado los cantadores acompañando á la guitarra, unido al estruendoso palmoteo de las mujeres, que á veces, como acometidas de un vértigo, herian al mismo tiempo el piso con sus piés; las interpelaciones, requiebros y agudezas, mezclados con groseros chistes y palabras de extraño sentido; el ruido de los vasos que chocaban y otros que caian al suelo; el fuerte olor de las bebidas alcohólicas, junto con el del tabaco y el humazo de los candiles; en una palabra, el murmullo sordo y el hirviente zumbido que producia aquel enjambre de criaturas, entre las que resal-

taban fisonomías patibularias y rostros en que se marcaba el vicio ó la famélica miseria; mujeres que parecian abortos de las paganas lupercales, medio vestidas con andrajos, los cabellos revueltos, desordenados, con el cigarro en una mano y limpiándose con la palma de la otra los labios humedecidos por el aguardiente, ó ya con los codos apoyados sobre las mesas, cambiaban frases de equívoco sentido, chavacanas y groseras, con algunos hombres inmediatos á ellas: de todo esto, repetimos, resultaba un conjunto tan heterogéneo, tan característico, tan particular; habia en aquel burdel una mezcla de brillantes y hermosas notas, confundidas con negros é impuros brochazos; juventud, alegría y vida por una parte, miseria y vicio por otra, que por mucho que tratásemos de aproximarnos á su descripcion sería del todo imposible.

## VI

Yo miraba á todas partes; debia tener los ojos muy abiertos para no perder una sola nota de aquel cuadro, que desde la mitad de la sala contemplaba sentado junto á una mesa y confundido con un grupo de hombres y mujeres que apuraban sin cesar bateas henchidas de cañas de vino, y enmedio de sus grandes risotadas y atronadora algazara daban pelos y señales de todos los cantadores, bailadores y tocadores del café, á quienes parecian tratar con íntima familiaridad. La mujer que al entrar yo estaba bailando paróse, y despues de recibir algunos aplau-

sos del público, se sentó entre sus compañeras. Hubo un momento de relativo silencio, en que sólo se percibian algunas notas perdidas en la guitarra, enmedio del constante bullicio del salon. De pronto toda aquella gente, como animada del mismo deseo, impulsada por el mismo pensàmiento, prorumpió en una salva atronadora de palmadas. Del grupo de mujeres, lenta, suave, calladamente, destacóse una; púsose de pié y se irguió, deslizándose más bien que andando; llegó hasta el centro del tablado, uniendo el compás de sus leves pisadas al de la guitarra, al par que elevaba sus brazos cadenciosamente, ya uno, ya otro, por cima de su cabeza. Comenzaba, pues, el baile. De todos los ángulos del café salieron mil voces diciendo:—¡Ole, ole; buena moza! ¡ay, qué bonita es! ¡vamos á quererla! ¡anda, anda, niña!...—Más que entusiasmo, fué aquél un momento de delirio en toda la concurrencia. Los que se hallaban al final de la sala habíanse puesto de pié, y hasta se advertian los esfuerzos de algunos, pugnando por subir sus cabezas por cima de los que se hallaban delante. Yo miré al tablado, y en efecto, que la mujer que tales muestras habia obtenido de aquel público lo merecia por más de un concepto. Á su natural esbeltez prestaban mayor encanto el traje que vestia, de percal blanquísimo con grandes lunares ó círculos rojos; el pañuelo que llevaba sobre sus hombros, de seda, tambien rojo, de Manila, con grandes rosas blancas y muy prolongados flecos; el pecho todo cubierto de flores, así como la cabeza. Tenía el vestido por delante lo bastante corto para que se vieran sus piés,

calzados con unos zapatos de charol, de alto tacon y sujetos al tobillo por dos estrechas cintas, que, cruzándose sobre el empeine, se recogian luégo circularmente en aquel sitio. Al fijarme en ella sentí una impresion rara, inexplicable. No era la vez primera que yo veia aquel rostro; pero sin saber por qué, experimentaba en mi interior una sensacion extraña, indefinible, como si siendo el mismo que yo conocia, se hubieran alterado algunos de sus rasgos característicos, violentándolos por medios desconocidos. Uno de los que con más fuerza herian mi imaginacion era el contraste de las megillas embadurnadas de arrebol, que, sin embargo, por algunos sitios, como especialmente alrededor de los ojos y por la frente, contrastaba de un modo repulsivo con la intensa palidez que en éstos se descubria y con el chispeante brillo de sus ojos garzos y sus negros cabellos. Aquellas tintas de rabioso carmin ocultaban algo, y esto era precisamente lo que yo no podia explicarme, pero que, sin embargo, de vez en cuando me producia ligeros calofríos. Aquel sér que se mostraba radiante de alegría, ébrio de entusiasmo y de felicidad, llevaba en sí señales indefinibles, pero ciertas, de una mortal consuncion. Las rojas tintas de sus megillas se me figuraban como el sudario que ocultase su rostro de tísica, aumentada su densa palidez por las siniestras luces de las candilejas. Todas éstas eran fantasías de mi cabeza, novelescos ensueños, ficciones de la imaginacion, pues que ella reia y bailaba con toda la energía, viveza y desenfado de un cuerpo exuberante de vida. Miéntras tanto, en el grupo de gentes que es-

taba junto á mí, comentábanse en alta voz las raras cualidades de que Dios habia dotado á aquella criatura para el baile flamenco; nadie como ella llevaba el compás con los piés, ni movia los brazos, ni las caderas, ni la cintura; nunca en el barrio se vió cosa que pudiera igualársele.

—Pues mira como está el *Rubio*,—dijo á este tiempo una de las mujeres de la reunion;—no hace más que darle *achares* con la Jeroma.

—No lo creas,—contestó uno de los hombres;—miéntras más lo mira ella, ménos caso hace, porque la Jeromilla tambien es una buena moza.

—Verdad; pero en esta tierra no ha nacido una mujer como Soledad.

Al oir este nombre me dí cuenta de todo, y entónces apliqué el oido para no perder una palabra de las que allí se hablaran.

—Dicen—continuó la mujer—que el *Rubio*, cuando vino de Sanlúcar, le dió á Soledad una bebida para que la muchacha se dislocase por él.

—No digas eso; aquí no hay más sino que ella, cuando lo oyó cantar.... vamos, sintió unas *duquillas*, que desde entónces no la dejan con sosiego.

—La otra noche creí que cuando estaba bailando, tal como ahora, le iba á dar algo: si vieras, hasta se le cerraron los ojos y se le pusieron los labios blancos; porque, segun dicen, vió al *Rubio* y á Jeroma tirándose besos. ¡Mira tú ella, que daria todo lo del mundo porque él le diese uno!

—Á las mujeres, despues de todo, no hay quien las entienda: Paco *el Malagueño*, con todos sus dine-

ros, no ha podido conquistarla ni para que le dé siquiera la conversacion; y en cambio el *Rubio*, que no tiene más que el dia y la noche, no hace más que darse tono. Desde que ese hombre vino á la Macarena, Soledad está cada dia más flaca y más amarilla.

—Pues lo que ella tiene no hay más que verlo,— añadió entónces una de las mujeres;—la están consumiendo sus deseos.

—Mira, mira al *Rubio*,—dijo á esta sazon uno de mis vecinos, señalando hácia uno de los ángulos del escenario, en que se veia un hombre de un tipo andaluz muy marcado, riéndose con una mujer enteramente africana;—míralo.... ¡y qué juguetona está la Jeromilla esta noche!

En efecto, los dos parecian olvidarse de lo que á su alrededor pasaba. Por algunos momentos sus cabezas estaban tan próximas, que parecian besarse; otras veces jugaban con las manos ó se pisaban los piés.

Al llegar á este punto hubo un intervalo de silencio: todos estaban suspensos de Soledad, que hiriendo vertiginosamente con las puntas y talones de sus piés las maderas del tablado producia un ruido en perfecto compás con las notas de la guitarra. Unas veces daba vueltas en torno de aquel recinto, muy despacio; otras, se la veia avanzar de frente, deslizándose como si anduviera sobre una superficie de cristal. Su cintura parecia separada del resto del cuerpo, torciéndola con una facilidad pasmosa; al par que bajaba y subia los brazos, movia sus muñecas haciéndolas describir en el espacio círculos y extra-

ños giros con una soltura y agilidad extraordinarias. Los movimientos voluptuosos de sus caderas cada vez se iban haciendo más marcados; todo su baile parecia aproximarse á un vertiginoso *crescendo;* sus pisadas eran más fuertes, más violentas, y á veces parecia que las impulsaba un sentimiento de desesperacion, de rabia ó de cólera. Poco tiempo ántes me hubiera sido imposible explicarme el por qué de esto; entónces ya me dí cuenta, pues pude observar que cuanto habia oido á los que junto á mí estaban era muy cierto. Soledad no quitó los ojos del *Rubio;* él no le hacía caso, y miéntras ella arrancaba frenéticos aplausos á la multitud, que le era indiferente, no conseguia siquiera llamar la atencion de éste, encontrándose frecuentemente con los lascivos ojos de la Jeroma, mirándola con profundo desden ó prorumpiendo en sarcásticas carcajadas.

Soledad no cedia en su empeño; por el contrario, notábase la titánica pugna que sostenia su espíritu con su cuerpo.

Sus cabellos veíanse ya desordenados por completo; las flores de la cabeza y las del pecho, poco á poco se habian ido desprendiendo de los sitios en que estaban sujetas, y, marchitas ya, se inclinaban pesadamente sobre sus tallos, ó bien con la violencia de sus movimientos se deshojaban. El arrebol tambien iba desapareciendo con el calor producido por el baile; su pecho se elevaba y deprimia á fuerza de la fatiga y temblaban sus brazos nerviosamente, al par de los labios secos, y ella, sin darse cuenta de nada, seguia y seguia tenaz con los ojos fijos en el ángulo del es-

cenario. Todo en vano: el *Rubio* ni áun siquiera volvió una sola vez el rostro para mirarla. Hubo un momento en que la ví en el centro del tablado moverse ya con marcado trabajo, cansada, agotadas sus fuerzas; sus brazos no se movian con la soltura que ántes; pero en esto la guitarra comenzó á tocar con una rapidez extraordinaria; los golpes de los bastones sobre las tablas, el estruendo de las palmas, los gritos de la concurrencia *jaleándola* y requebrándola, parecieron animarla de nuevo, y haciendo un supremo esfuerzo, concentrando toda su voluntad y todos sus deseos, delirante, ébria, comenzó á dar una vuelta alrededor del tablado, fijos los ojos en el *Rubio*, mirándolo con toda la vehemencia de su alma: paróse delante de él; entónces se retorció su cintura convulsa desesperadamente, y al bajar uno de sus brazos, al mismo tiempo que sacudia el suelo con atronadora furia, le tiró un beso con la punta de sus dedos. La Jeroma y el *Rubio* se miraron y los dos rompieron en una carcajada. Ví entónces oscilar el cuerpo de Soledad, precedido de un sacudimiento horrible, y caer al suelo. Toda la concurrencia, como impulsada por un resorte, se puso de pié, y sonaron voces, y gritos, y palabrotas, y groserías, mezclados con frenéticos aplausos.—«Es que no ha comido hoy,» decian unos.—«Estará borracha,» repitieron otros.—«Dadle aguardiente,» gritó una voz....

Los que estaban en el tablado, hombres y mujeres, al verla caer se precipitaron hácia ella, ménos el *Rubio* y la Jeroma. Yo tambien me acerqué: al tratar de ponerla de pié, se vió que era im-

posible, no podia sostenerse. Todo el arrebol se habia corrido hácia la parte inferior de las mejillas, y éstas veíanse pálidas como la cera: alrededor de sus ojos corrian dos anchos círculos violados; sus labios, ligeramente entreabiertos, estaban teñidos de manchas de sangre. Hubo entónces una confusion horrible: todos querian llegar al escenario; los vasos se estrellaban en el suelo, las mesas y las sillas crujian, rompiéndose con gran estrépito, y voces, imprecaciones, blasfemias y gemidos brotaban de todos los puntos de la sala.

El *Rubio* y la Jeroma habian desaparecido.

Pocos momentos despues ví bajar del tablado, en brazos de sus compañeros, el cadáver de Soledad, y á Paco el *Malagueño* llorando como un niño.

Abril de 1882.

## ¡SOLA!

Ni me lo han referido, ni es invencion de mi fantasía lo que voy á referirte.

Cármen era hija del pueblo: la conocí una tarde en que, asida de las manos de sus compañeras, jugaba á la rueda en torno de la Cruz de Mayo, levantada en el centro de la plaza del lugar. Las alegres carcajadas de aquellas loquillas resonaban estrepitosamente en mis oidos. Los mozos batian palmas al són de la plañidera guitarra. Ellas reian y cantaban.

No he vuelto á ver desde entónces unos ojos como los de Cármen. Me hicieron sentir de tal suerte el fenómeno de la atraccion, que en toda la tarde no pude separar los mios de los suyos. No sé qué habia en aquellas pupilas: eran claras, serenas, adormidas, pero de un modo sobrenatural, extraordinario, al par que hermosísimas. Áun ahora, que han pasado muchos años, las recuerdo como si las tuviera presentes.

Enmedio de la general algazara de aquel juvenil corro, parecia estar triste. Ignoro la causa del misterioso flúido que vagaba en sus pupilas y del secreto espíritu que las animaba. Aquella noche abandoné el pueblo, no sin cierto pesar.

*
* *

Pocos meses despues, hallándome en S., pasé á mi lado una mujer vestida, casi andrajosamente, de negro: mi corazon se agitó con violencia; volví la cabeza; era Cármen. Aquellos ojos, que con tal rapidez me miraron, no podian ser otros más que los suyos. Perdí la accion en mis movimientos por algunos instantes; cuando pude darme cuenta corrí tras ella, pero no la encontré por ninguna parte. Luégo supe que aquellos andrajos eran el luto por la muerte de sus padres.

*
* *

Estaba yo una noche acompañado de algunos amigos á quienes el doctor M. referia la muerte de una *magnífica* mujer, como él la llamaba, en el hospital Central de S. Decíanos que en los últimos momentos los recuerdos de sus primeros años y el amor hácia el lugar donde nació eran las únicas ideas que tenazmente estaban fijas en el corazon de la enferma.

—Me he persuadido—afirmaba—que ha muerto, más que de otra cosa, de una profunda nostalgia. Sobre todo, complacíase la infeliz en traer á la memoria los más pueriles pormenores de aquellas fiestas de su pueblo.—«¡Ya no volveré más á él!—decia.

—¡Ya tampoco el dia de la Cruz podré asistir al baile! ¡Cuando llegue de nuevo, no estaré con mis compañeras, sino que me veré sola, abandonada de todos!»—Atormentándose de este modo, abreviaba sin advertirlo los instantes de su vida.

—¿Cómo se llamaba?—pregunté.

—Cármen.

*
* *

Instantes despues me encontraba á la puerta del hospital. Pregunté por otro amigo, el doctor L., con quien me unia íntimo afecto.

Hiciéronme entrar en un vasto salon húmedo, pestilente y sombrío, en cuya densa oscuridad resaltaban tres enormes mesas de mármol blanco: en la última de ellas, inclinado sobre un cuerpo humano desnudo por completo, sobre el que una extraña lámpara arrojaba vivísima claridad, ví á un hombre: al sentir mis pasos alzó la cabeza; era mi amigo, á quien ni siquiera saludé, porque lo primero que atrajo mis miradas fué el cadáver. Quedé horrorizado, lanzando un grito agudo. Era Cármen; pero ¡en qué estado la encontraba!

Abierto verticalmente su cuerpo desde el cuello á la cintura, veíanse sus vísceras todas: miré su cabeza; el rostro, sereno como en vida, tenía los ojos abiertos, y los círculos lívidos que rodeaban sus órbitas hacian resaltar áun más la intensa palidez que por todo él se extendia.

No olvidaré nunca la expresion de aquella boca,

con los labios ligeramente contraidos en una espantosa sonrisa de desden y de amargura.

*
* *

Al amanecer del dia siguiente mi amigo el doctor L. y yo llegábamos al cementerio, siguiendo á un ataud conducido por tres hombres. Con nuestras manos cavamos la fosa y nadie más que nosotros tocó su cadáver.

Hice una cruz de palo y la coloqué á la cabecera de la fosa.

---

Todos los años, el dia 3 de Mayo, paso la tarde en su compañía: no quiero dejarla sola.

Cuando llega la noche y me retiro, los pájaros vienen á dormir en las ramas de los rosales que yo mismo he plantado en torno de su sepultura.

Setiembre, 1880.

# La Cruz de Oro

Oí narrar la siguiente historia hace ya algun tiempo. Desde entónces, pensando en ella, he pasado muchas horas, y por eso la recuerdo al presente cual si ayer mismo me hubiese sido referida. En descargo mio debo manifestar á los lectores que no me he propuesto con ella ofrecerles un estudio de aplicacion general, pues conozco que el tipo y carácter de la mujer que presento en primer término, es, por desgracia, honrosísima excepcion de esa infortunada clase que constituye el más horrible cáncer social. Esto, no obstante, puedo asegurarles que los hechos son reales, ciertísimos, y entre nosotros viven sus protagonistas.

*
* *

«Hace pocos meses, comenzó á hablar mi amigo, iba yo una noche por la calle de.... meditando

en qué sitio podria pasar el rato agradablemente, cuando me sacó de mis cavilaciones el ruido que á mis espaldas hacian unos pasos como de mujer. Volví la cabeza, y, en efecto, no me habia engañado: era una jóven delgada, elegantemente vestida y casi oculta su cabeza por un velo de encajes.—¡Ya pareció aquello!—dije en mi interior:—hé aquí el entretenimiento que buscaba.

Dejé que se adelantase hasta ponérseme más próxima, y entónces le hablé así:

—¿Me permite usted que la acompañe? Muy bonita debe usted ser cuando tanto se oculta; no creí tener tan buen encuentro esta noche; y otras más frases de esas que, por plantilla, dirigen los Tenorios callejeros á las mujeres en idénticas circunstancias. Á todo callaba; pero yo, sin reparar en su silencio, continué galanteándola.

Llegamos á la plaza de.... y entónces, con una voz dulce y tono casi suplicante, me dijo:

—Tenga usted la bondad de retirarse.

—No puede ser,—le contesté:—aunque mi voluntad quisiera complacerla le aseguro que me es imposible.

—Yo se lo ruego; retírese,—insistió.

—¿Pero tanto la molesto?

—Sí, puede ser causa de un compromiso para mí.

—Estoy pronto á capitular; pero habrá de ser con una condicion.

—¿Cuál?

—La de decirme dónde vive ó dónde podré verla; pero con promesa formal de no mentir ni de

chasquearme, indicándome un sitio por otro.

Despues de rogarle mucho, me dijo al fin:

—Nó, señor; le diré la verdad. Vivo en calle.... número....

—¿Á qué hora?

—Á las siete de la noche.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

*
* *

Como comprenderás, durante nuestra conversacion habia procurado fijarme bien en su rostro para ver si la aventura merecia la pena de ser continuada. Era una muchacha encantadora. Morena clara, grandes ojos negros, cabello ondeado, esbelta y de muy elegante conjunto. Tenía el aspecto de una *entretenida*, pero de alta esfera.

Al dia siguiente, con franqueza te diré que interesado no sé si mi amor propio ó mi curiosidad, me dirigí á su casa á la hora convenida. Vivia en una de humildísima apariencia y áun más pobre su interior.

Cuando estuvimos frente á frente, ella fué la primera que habló.

—Temia que al ver el aspecto de esta casa no se atreviera usted á entrar.

—¿Por qué?—le pregunté.

—¡Es tan miserable!

—¡Bah! El hábito no hace al monje. Lo que sí puedo asegurarle es que desde ayer me tiene preocupado nuestro encuentro, y que deseaba por momentos llegase la tarde para verla de nuevo. Ahora, áun á

trueque de parecerle importuno, me permitirá usted que le haga una pregunta:

—Cuantas quiera.

—¿Por qué está usted triste? ¿Acaso mi visita...?

Quedóse unos momentos suspensa, con la cabeza caida sobre el pecho, y de pronto me preguntó:

—¿No se acuerda usted de mí?

—Nó, creo que es la vez primera que nos encontramos.

—Mala memoria tiene usted.... ¿y de Lucía Fernan?

—¡Ya lo creo! de esa sí; no hace muchas noches que estuve en su casa.

—¿Y ahora,—me interrogó de nuevo,—no recuerda una niña de doce á trece años, que muchas noches acompañaba á Lucía?

—Sí,—contesté;—esa niña era hija de D. Juan Gomez Sal. ¿Acaso.... usted?

—¡Sí, señor, la misma,—me respondió con acento casi apagado, al mismo tiempo que enjugaba algunas lágrimas que resbalaban por sus megillas.

Entónces acerqué mi vista áun más á su rostro, y, en efecto, no habia que dudar.

—¿Á qué se debe entónces, Inés, la triste situacion en que se encuentra en esta casa, enmedio de tanta pobreza? ¿Cómo, por cuáles caminos...?

—¡Es una cadena de hechos largos de referir!

—¿Y yo no podria conocer algunos, áun cuando usted considere mi interés solamente como curiosidad?

—¿Tiene usted empeño?—me preguntó bondadosamente.

—Ahora mucho.

Quedóse un momento suspensa, pensativa, cual si tratase de ir reuniendo uno por uno todos aquellos mismos recuerdos que tanto la atormentaban, y de pronto volvióse á mí diciendo:

—¿Usted quiere? sea.

*
* *

Despues de la muerte de mi padre, y cuando no habian trascurrido tres meses de este suceso doblemente desgraciado, pues quedamos sin recurso alguno, cierta noche me llamó mi madre, y despues de hacerme vestir un hermoso traje de seda color de rosa, últimos restos de nuestra perdida fortuna, con el pretexto de ver si áun estaba bien, me dijo: «Vas á salir con esta señora, señalando á una anciana que estaba en el aposento con ella, que es antigua amiga mia, pues me complacerá que sus parientes, á quienes quiero mucho, te conozcan.... En un momento vas; es aquí cerca. No tienes ni áun para qué desnudarte.» Extrañóme aquel deseo de mi madre, siendo nuestro luto tan reciente, apesar de que me lo manifestaba cariñosamente. Sin embargo, algo raro creí notar en el fondo de sus palabras. Pusímonos de pié la anciana y yo: ella guiaba, procurando con su incesante charla distraerme; una cosa me chocó, y fué que, teniendo aspecto de mujer educada, en su conversacion pronunciase palabras de ese dialecto chavacano propio de rufianes y *flamencos*. Tambien creí observar á veces que de su boca se desprendia un aliento muy parecido al que produce el tabaco. Abstraida yo en mis pensamientos,

miéntras mi acompañante no cesaba de hablar en su extraña jerga, sin poner atencion á lo que decia, sólo pude advertir de vez en cuando frases de lujosos trajes, de aderezos de brillantes y de otras cosas, mezcladas con aquellas palabras chocarreras de que ántes hablé. Por fin, paramos ante una casa: adelantóse ella y tiró del cordon de la campanilla. Una mujer bastante gruesa, la cabeza casi cubierta de flores y con un vestido de percal muy almidonado, nos abrió la cancela, recibiéndonos con visibles muestras de contento. Cuando mi guia hizo mi presentacion con grotescos modales, aquella mujer me abrazó y besó cariñosamente: hablamos un rato, y tambien en ésta creí advertir marcada afectacion en sus palabras y movimientos, esforzándose en aparecer como una persona muy fina y dejando escapar á veces, sin poder reprimirlas, palabras de difícil significacion para mí. Pasado algun tiempo ámbas se levantaron, diciéndome la más jóven que iba á presentarme á su marido, que acababa de llegar de la calle: en efecto, yo habia oido sonar de nuevo la campanilla. Me quedé sola y en una situacion de ánimo tan particular é inexplicable, que áun encontrándome de nuevo en aquella estancia, no me atréveria á distinguirla; sólo sí recuerdo que, colocada sobre una de esas antiguas rinconeras de caoba, en un ángulo de la sala habia una detestable estampa de San Antonio de Padua, ante la que ardia la vacilante y temblorosa luz de una mariposa dentro de un vaso de cristal.

Con los ojos fijos en el espacio, sin mirar nada, en

un estado semejante al sonambulismo, creí escuchar los pasos de un hombre que entró en el aposento, y despues de arrojar su sombrero y abrigo sobre una silla, dirigióse á mí. Era alto, grueso, y como rasgos distintivos de su rostro recuerdo perfectamente las cejas negras, espesas y sin dividirse, de tal magnitud, que sombreaban los ojos hasta el punto de formar dos grandes é intensos oscuros; aquéllas y los labios gruesos como los de un sátiro, así como los piés enormemente grandes; fué lo único en que tuve tiempo de fijarme: recordé, sí, que yo habia visto muchas veces á aquel hombre hablando con mi padre, y en el teatro con las señoras de la alta sociedad. Dirigióse á mí, y cuál sería la sorpresa que experimenté al notar que trataba de estrecharme la cintura: levantéme violentamente y lo rechacé; pero de nuevo se vino á mí, y con sus brutales fuerzas imposibilitaba la defensa; entónces traté de desprenderme y huir: todo inútil; la puerta la habian cerrado por fuera. Grité con todas la fuerzas de mis pulmones, pero al tratar de repetir las voces perdí el sentido, recibiendo un fuerte golpe en la cabeza.

Cuando desperté me ví sola; mi hermoso traje color de rosa estaba hecho girones, mis cabellos desordenados, y sentia aún dentro de mi cerebro como el confuso ruido de un hervidero. La sola luz producida por la mariposa se habia ido extinguiendo; pero aún, de vez en cuando, chisporroteaba.

Me levanté á tientas como ciega; dirigíme hácia la puerta, por entre cuyas rendijas se filtraban algunos rayos de luz.

En los momentos de tratar de abrirla, por fuera sentí correr un pestillo, y aquella mujer que me habia acompañado desde mi casa apareció de nuevo, pero entónces arrojando de su boca bocanadas de nauseabundo humo.

Tal fué el horror que me dió al verla, que retrocedí, cubriéndome el rostro con las manos; pero ella, sin hacer caso de mi actitud, acercóse y me dijo muy bajito con tono cruelmente sarcástico:

—Eres muy tonta, niña.... anda.... vámonos, que ya es tarde.

Cuando estuve en la calle, la fatiga mia era tan grande, que andaba trabajosamente, parándome de vez en cuando para absorber aire. Entretanto, la repugnante mujer seguia con su charla; pero entónces no percibieron mis oidos ni una sola de sus palabras; sin embargo, al andar fuí oyendo, hasta que llegamos á casa, un *tic-tac* producido en sus bolsillos, muy semejante á monedas de plata que chocaban entre sí.

*
* *

Me recibió mi madre con rostro complaciente, y por esto á veces me espantaba de mis pensamientos, sobre todo cuando la veia tan jovial y contenta. ¿Sabía ella ó nó lo acontecido?

Cuando me decidia por el primer extremo de la pregunta, parecíame la más horrible blasfemia dirigida contra una madre; sin embargo, esta idea atormentaba mi cerebro hasta tal punto, que tuve momentos de sentir como un embrutecimiento general de mi inteligencia. Pero despues de todo, me pre-

guntaba sin cesar: ¿Qué es lo que pienso? ¿Qué me ha pasado? ¿Qué he sentido? ¿He soñado ó nó?... Una espantosa avalancha de negros pensamientos acudian nuevamente á mi cabeza, y enmedio de este cáos, de esta salvaje lucha, poco á poco, rendido mi cuerpo por la fatiga, dejé caer la cabeza sobre el pecho y creo que dormí algunos momentos.

«¡Inés, levántate!» oí la voz de mi madre que decia; pero, sin embargo de que yo estaba dormida, al escuchar su acento sentí un miedo tan grande, que, incorporada repentinamente, extendí los brazos en actitud de apartarla de mí.

Aquel habia sido un movimiento instintivo de la naturaleza. Ella no se afectó, ni dijo nada acerca de mi accion: ¿no le habia extrañado.... ó sus remordimientos la hicieron enmudecer? Al fin consiguió, con tono muy persuasivo, que me fuera á mi habitacion á descansar; no hice resistencia alguna, y, en efecto, me dejé caer en mi lecho vestida.

*
* *

Pasaron así algunos dias: los primeros ya he dicho á usted que el carácter de mi madre era alegre; pero á medida que iban trascurriendo, volvíamos á sentir su antigua natural aspereza, aumentada áun más ésta por la enfermedad de mi hermano el mayor, que padecia mucho de la vista. Sólo algunas noches que me mandaba acostar temprano oí en su cuarto, algo distante del mio, carcajadas, risas procedentes de mi madre y de otra voz varonil. Más de una mañana, al amanecer, sentí pasos por delante de mi ha-

bitacion; luégo el chasquido de un beso; despues una puerta que se cerraba sigilosamente.

Dos meses escasos habrian pasado desde aquella horrible noche, cuando mi madre, llamándome á su habitacion, me habló así: «Mañana ya no tenemos que comer. Los gastos que la enfermedad de tu hermano me ha ocasionado son causa de todo: ya sabes lo que ha dispuesto para su curacion el médico, y, si hemos de salvarle la vista, es necesario que cuanto ántes sea. Tú eres la llamada á salvarlo, y para ello hay un solo medio, que depende de tí. . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No es necesario que sea en Sevilla, mejor es en Madrid, gran centro donde á nadie se conoce.... Además, continuó con un aplomo glacial, supongo que despues de lo pasado....» No la dejé concluir, y con un valor y energía de que hasta entónces nunca me creí capaz, le contesté:

«No espere usted de mí un nuevo paso en la deshonra: harto desgraciada soy para aumentar mis desdichas con remordimientos más horribles que los que hoy me martirizan: lo que hasta aquí me habia sido incomprensible ¡ya no lo es! Mi padre, que nos ve desde el cielo, nos está juzgando en estos momentos.» Dicho esto le volví la espalda, y, retirándome á mi habitacion, dejé escapar el torrente de lágrimas que me ahogaba.

La situacion de nuestra casa, tenía mi madre razon, no podia ser más aflictiva. Carecíamos hasta de lo necesario para nuestro sustento. Una noche los quejidos de mi hermano, que me tenian despierta,

aumentaron de tal suerte, que acudí á la cabecera de su lecho: revolcábase el infeliz enmedio de los más horribles dolores; éramos impotentes para sujetarlo: acercámosle una luz al rostro y entónces pudimos ver los estragos de la enfermedad. El ojo izquierdo, fuera completamente de la órbita, brillaba de un modo siniestro; de vez en cuando la pupila aún se movía en un fondo de sangre. Entónces mi madre, aprovechando un instante en que el enfermo hubo de tranquilizarse algo, sorprendiendo quizá en mi rostro los sentimientos de horror y de cariño que su estado me inspiraba, asiéndome por un brazo y estrechándolo con fuerza, al par que acercaba la luz al rostro de mi hermano, me dijo:

«Contempla tu obra. De esto tienes la culpa; si hubieses seguido mis consejos jamás habríamos llegado á esta situacion. Aún es tiempo para salvarle: ¿serás tan infame que no lo hagas?»

«¡Yo le salvaré!» fueron mis únicas palabras.

En efecto, al siguiente dia marchaba sola hácia Madrid.

*
* *

¿Para qué he de hablar á usted de mi vida durante tres meses?

El Marqués de H., que primero me amparó, rechazóme de su lado porque me resistia á tomar parte en las orgías que, en union de casi todos los toreros de Madrid, celebraba diariamente.

Despues vine á manos del Duque de T.: éste, una noche que llegó algo beodo, me insultó y apaleó por-

que no le habian abierto pronto la puerta para marcharse de nuevo, si bien llevándose todas las joyas que yo tenía; regalos suyos y del Marqués de H.

*
* *

Yo recibia frecuentemente cartas de mi madre, dándome en casi todas ellas las más lisonjeras noticias acerca de la enfermedad de mi hermano, que, si bien lentamente, iba adelantando en su curacion; pero al mismo tiempo me encarecia en todas ellas la necesidad de dinero para atender á este fin. Me impuse, pues, una vida de contínuo sacrificio, privándome de todo por facilitar á mi madre recursos.

Tres meses habian pasado así, cuando ocurrió un hecho que vino á cambiar por completo mi triste existencia. Algunas tardes, cuando el frio no era muy intenso, daba un paseo, corto siempre, por el Retiro, escogiendo los sitios ménos concurridos. Una de éstas, bajando ya de vuelta por la calle de Alcalá, sentí que me llamaron por mi nombre: «¡Inés!» Volví la cabeza, encontrándome con mi antigua amiga Luisa Perez. Ella ignoraba sin duda la vergonzosa condicion en que me hallaba, porque despues de saludarme con grandísimo cariño me invitó á seguir juntas el mismo camino. Tuve impulsos de separarme de ella; sentia remordimientos de que viniese conmigo; pero ¿á qué negarlo? ¡Me era tan grata su presencia! ¡Hacía tanto tiempo que sólo trataba con los más despreciables seres! ¡Y, por otra parte, habia empezado á hablarme de Sevilla! Mas de pronto volvióse á mí, y mirándome con extrañeza me dijo:

—Pero ¿qué es eso? Cómo, ¿tú no llevas luto?

Y al ver la contraccion de sorpresa que hubo de experimentar mi rostro por su inesperada pregunta, trató de reponerse; pero entónces, á fuerza de instancias, logré saber que pocos dias ántes de venir á Madrid habia hablado con algunos parientes mios, que le noticiaron la muerte de mi hermano ¡hacía más de dos meses! Me quedé casi paralizada en mis movimientos, y ya apénas oia las palabras de mi amiga. Al llegar á la Puerta del Sol nos separamos. Corriendo más que andando, atravesé la gran distancia que me separaba de mi casa: cuando estuve en ella, sin órden ni concierto arreglé mis ropas. Madrid me abrumaba ya; ¡con cuánto gusto iba á abandonarlo! Miéntras yo hacía los preparativos para este fin, una pregunta cuya contestacion no me atrevo ni á formulársela á usted, impresa tenazmente en mi cerebro, me martirizaba de una manera horrible. ¿Por qué mi madre me ha estado mintiendo por tanto tiempo?

Luisa Perez no me habia engañado: á los pocos momentos de mi llegada á Sevilla pude enterarme de la certeza sin acudir á la casa de mi madre, adonde determiné no ir hasta tanto de enterarme fijamente de ciertos pormenores, entre ellos el empleo que desde la muerte de mi hermano se habia hecho de las gruesas sumas que yo enviaba, triste fruto de mi deshonra: mis horribles sospechas eran ciertas. Alguien ayudó á mi madre á invertirlas, procurándose comodidades y arrojando ya el último y más negro baldon sobre la memoria de mi padre. Todas estas

noticias me las comunicaba una antigua sirviente de mi casa, cuya es ésta en que nos hallamos, y que desde mis primeros años me ha demostrado profundo y verdadero cariño.

Los dias que llevo pasados en tan pobre vivienda fácilmente los comprenderá usted, y más todavía cuando sepa las revelaciones que esta anciana con quien vivo me ha hecho acerca de mis legítimos padres, que no han sido los que hasta aquí habia yo supuesto como tales. Segun ella, soy hija del señor D. Andrés Alonso, que, como usted sabe, es uno de los más acaudalados propietarios de Andalucía. Los recuerdos de mis primeros años, que con este motivo he ido evocando del fondo de mi mente, convienen con estas noticias, pues ninguno de los que creia hermanos mios recibió nunca tantas y tan cariñosas pruebas de afecto por parte del Sr. Alonso como yo, y ahora comprendo tambien por qué él atendia á todas mis necesidades y sufragaba los gastos de mi educacion, más esmerada que la de aquéllos.

Ha nacido de aquí tal cúmulo de contradictorios pensamientos, de absurdas ideas, de incalificables propósitos, que temo á veces llegar á perder la razon. Mis primeros impulsos fueron presentarme á mi verdadero padre; pero ¿cómo hacerlo, cuando de mi frente no podré ya arrancar nunca el estigma de la deshonra? Por otra parte, mis recursos están agotados, y yo no deberé ser gravosa á esta infeliz mujer que tanto me quiere. Los sufrimientos no sólo han envenenado mi alma, sino que tambien, interesando mi cuerpo, han dejado en él funestos gérmenes de una enfermedad

que al fin habrá de dominarme por completo. Dos dias hace que no tomo alimento alguno y mis fuerzas físicas van decayendo notoriamente.

¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar cuando todas las puertas se me cierran?

Con la cabeza caida sobre el pecho, sin poder contener el llanto que inundaba sus ojos, permaneció callada algunos segundos: creí entónces ya llegado el momento de hablar, y, con efecto, así lo hice:

—La situacion de su ánimo le impide juzgar razonadamente acerca del porvenir que le espera; yo, en cambio, tengo gran confianza en los sucesos que habrán de sobrevenir, y para no perder tiempo, hoy mismo trataré de que su verdadero padre, el opulento D. Andrés Alonso, repare tan graves males y enjugue esas lágrimas que tanto ha contribuido él á que hoy resbalen por el rostro de usted. Si hasta ahora ha permanecido en él muda la voz de la paternidad, hoy, en presencia de las amarguras que la rodean, debidas á él en parte por haberla abandonado enmedio de la miseria despues de la muerte del infortunado Gomez Sal, la voz de su conciencia, repito, habrá de impulsarle á mejorar su situacion, siquiera por la parte que en ella ha tenido. Cálmese, pues; no se abandone puerilmente á esas imaginaciones que, hijas de la excitacion de su mente, tienen forzosamente que acudir á su cabeza, revestidas con los más siniestros colores.

—Usted espera algo favorable, ¿verdad?—me dijo.

—Yo sí, Inés; no puedo creer que tratándose sólo de un débil amparo, de una mezquina proteccion que

hemos de suplicarle, el hombre opulento, el ostentoso magnate se niegue á aliviar con un triste óbolo el horrible infortunio que hoy pesa sobre un pedazo de sus entrañas, á quien él dió vida y con su indeferencia ha sumido en la desesperacion. Deje usted este asunto á mi cargo,—proseguí,—y sobre todo ánimo, no desfallezca, que al fin lograremos la realizacion de nuestros deseos.

*
* *

Fué preciso dar la batalla contra el poderoso: valíme para ello de varios de sus íntimos amigos; pero mi interés estrellóse contra sus miserables excusas: «era asunto muy delicado y no querian hablarle.»

Uno, sin embargo, prometióme hacerlo, y, en efecto, lo cumplió.

El Sr. D. Andrés Alonso dijo que Inés era una despreciable mujerzuela con quien nada tenía que ver, indigna de que las personas honradas como él la protegieran.

Apesar de tan categórica respuesta, no perdí la esperanza de que el *hombre honrado* la favoreciese; pero todo fué inútil.

Miéntras tanto, muchas tardes, por consejo de los médicos, salíamos Inés y yo á pasear: estaba muy débil y debia andar mucho para fortalecerse. Cuidaba de ella con el anhelo del mejor y más cariñoso de los padres, procurando siempre salir al campo, pues la vista de sus huertas, de sus blancos caseríos rodeados de corpulentos árboles, los vallados entretejidos de pasionarias, madreselvas y zarzamoras, la dis-

traian sobremanera: nuestro placer era huir de las gentes; pero muchas veces fuimos sorprendidos en nuestras excursiones: recuerdo, sobre todo, una tarde que pasó junto á nosotros la Marquesa de X., cuyos escándalos conoce toda la poblacion, y ella, tan amiga mia, al verme del brazo con Inés, volvió el rostro para no saludarme: ¿se habria sonrojado? Despues supe que este encuentro se comentó en sus salones, diputándoseme desde entónces como un libertino sin pudor....

Solos, abandonados á nuestros pensamientos, nos alejábamos á veces bastante trecho de la ciudad como dos enamorados; pero ¡cosa rara! entre nosotros jamás se cruzó en ninguna de estas tardes la más insignificante palabra que hubiera dado á algun espíritu malicioso motivo fundado para sospechar la existencia de sentimientos que acaso yacian muy ocultos en lo más íntimo de nuestros pechos. Complacíase en que vagásemos bajo las umbrías arboledas, y en las serenas noches del estío buscaban sus ojos con vivo anhelo el juego de los rayos de la luna rielando en las aguas del rio, ó ya las misteriosas sombras proyectadas en el suelo, que formaban las ramas de los árboles.

Entretanto faltábame valor para decirle lo ocurrido con su padre, y la entretenia con las más lisonjeras esperanzas. Esta situacion llegó ya á ser insostenible: mis recursos todos eran insuficientes para atender á sus necesidades y á los gastos de su enfermedad.

Pero al fin hubo de llegar el momento terrible para mí y á cuya aproximacion temblaba.

Durante el paseo de aquella tarde, en que para más martirio de mi espíritu la ví animada por una alegría infantil, no cesó de preguntarme:

—¿Qué tiene usted? ¿Está usted triste, hoy que tan contenta me encuentro?

Yo callaba; no sabía qué responder: algunas palabras asomaron á mis labios; pero no llegué ni áun á balbucirlas: ella, sin embargo de mi silencio, comprendia algo del estado de mi ánimo, porque insistió en sus preguntas.

—Voy á creer—decia—que está usted molesto y que le van cansando ya nuestros paseos. Hable usted; yo se lo ruego, yo se lo suplico.

No sé cómo pude decirle el triste éxito alcanzado con su padre, y con gran extrañeza mia, desplegando una energía sobrenatural, me dijo:

—Siempre tuve el convencimiento de que aún la desgracia no queria separarse de mí.

Quedóse suspensa unos instantes y de pronto me interrogó, haciendo un esfuerzo por dominarse, pero con temblorosas palabras:

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—Lo que usted quiera,—respondí;—pero creo que sólo un camino queda para su salvacion.

—¿Cuál?

—Que éntre usted en la congregacion de Arrepentidas.

No pudo reprimir entónces una violenta sacudida, que experimentó todo su cuerpo y que yo noté por el contacto de mi brazo con el suyo.

Aquel movimiento fué instantáneo. Estábamos

entónces en un claro de árboles; la luna iluminaba por completo su rostro, en cuya intensa palidez resaltaban prodigiosamente sus magníficos ojos, brillantes y humedecidos por las lágrimas. Me miró con extraordinaria fijeza, y con acento firme, pero conmovido, respondió sólo esta frase:

—Lo haré. Cuando usted quiera.

No hablamos más. Apoyada en mi brazo, percibia los apresurados latidos de su corazon. De vez en cuando acercaba el pañuelo á sus ojos. Yo tambien lloraba, sintiendo resbalar una á una mis lágrimas por el rostro.

---

Puse en movimiento todas mis relaciones: las gentes *sensatas* me negaron su apoyo, y muchos dijeron que de un perdido como yo no habia que fiarse.

Despues de trabajar desesperadamente alcancé lo que deseaba. Cuando todo estuvo dispuesto salímos al fin una noche de la casa en que ya no volveríamos á entrar nunca. Ella pensaba y sentia lo mismo que yo. ¡Con cuánto trabajo la dejábamos!

—¡Si viera usted qué cariño le tenía ya á esta casita!—me dijo tímidamente.

Nada respondí á esto, porque aquel humildísimo albergue, embellecido por los recuerdos de tantas horas pasadas en su compañía, tenía para mí más encantos infinitamente que la más opulenta morada.

Empezamos á andar: de vez en cuando, á medida que nos íbamos alejando, volviamos la vista á la casa: allí quedaban las macetas de hermosos claveles

que ella habia cuidado con tanto esmero; aún oíamos cantar y distinguíamos en sus jaulas los canarios y jilgueros que ella por sí misma alimentaba....

Al fin llegamos á la puerta del benéfico asilo en que la esperaban. Nuestros ojos, quizá por vez primera, se miraron fijos tenazmente. Ella rompió el silencio.

—¿No cree usted que aún es temprano para que éntre? ¿Quiere usted que lleguemos hasta aquella plaza no más?

—Sí, Inés,—le contesté.

Permanecimos callados, pero andando muy despacio: de nuevo nos encontramos ante las puertas del que iba á ser el último asilo de su vida.

La ví entónces quitarse de su cuello una cadenita, de la que pendía una cruz de oro: acercósela á sus labios y la besó temblorosa con profunda emocion; despues, al darnos las manos y despedirnos para siempre, me dijo:

—No me olvide usted nunca ni abandone esa cruz: en ella va mi alma toda; quiérala usted tanto como....

De pronto volvióse rápidamente y me dejó solo.

No tuve tiempo más que para gritar «¡Inés!»

Instantes despues oí el ruido de unas puertas cuyas hojas gimieron prolongadamente al cerrarse; luégo.... nada.... un profundo silencio reinaba á mi alrededor.

14 de Mayo de 1878.

# Don Illan Ansurez

Á una media legua escasa de la histórica villa de Cangas de Onis, y próximo á las márjenes del Sella, vénse al presente en el interior de un bosque de corpulentos robles las ruinas informes de un monasterio que la supersticiosa imaginacion de los campesinos señala como lugar siniestro y medroso. Habia yo oido hablar tanto á aquellas sencillas gentes de los mil sucesos maravillosos y extraños en aquel lugar acaecidos, que, avivada mi curiosidad por su relato, determiné de visitarlo, y así lo hice. Nada más agreste é inculto que aquel paraje, ni nada tampoco más triste y melancólico que el conjunto ofrecido á mi vista. El tiempo habia extendido sobre los sillares su oscuro manto, ennegreciéndolos y bordando á veces su superficie con ese musgo amarillento y ese brillante verdin, que tanto se asemeja, cuando es herido por la luz, á hermosos girones de terciopelo. Veíanse por

do quier rotos capiteles, fragmentos de ornamentados fustes, basas carcomidas y restos esculturales: alguna que otra robusta y pequeña columna permanecia aún en pié, sosteniendo el arranque de un arco; en otro lado un muro comenzaba á doblegarse por la presion que en sus piedras hacian las retorcidas raíces de la higuera salvaje; más allá, en el hueco de una aislada hornacina, envuelta en un manto de yedra, resaltaba la rígida figura de un prelado, de cuyo báculo desprendíase casi hasta el suelo una flotante mata de parietarias; por último, altísimas matas de cardos silvestres brotaban á su sabor por todo aquel campo, sobre cuyos escombros la ruina habia levantado su trono.

Sin embargo, enmedio de tan imponentes despojos alzábase orgullosa, como desafiando al tiempo demoledor, la severa y medrosa portada del templo, mostrándome ancho y hermoso campo para espaciarme en su exámen y estudio. La construccion de aquel monumento pertenecia, como indicaban sus caractéres artístico-arqueológicos, á ese interesante grupo del arte románico y en el período comprendido desde el siglo XI al XII. Una serie de arcos rebajados concéntricos, que iban estrechándose cada vez más hasta llegar al vano de la puerta, componian su archivolta, apoyados en una imposta de gran resalto, sostenida por gruesas y pequeñas columnas, cuyos tallados fustes se elevaban sobre un basamento de poca altura. En la exterior veíase un elegante feston formado por flores cuadrifolias, entre las que corrian jabalíes y otros animales toscamente

esculpidos, y en las inmediatas zig-zags-puntas de diamante y cintas entrelazadas. Los grandes nervios de los arcos que le sucedian mostraban gruesos cables y funículos alternando con dientes de sierra, y, por último, en el espacio del tímpano y en el centro de una elipse compuesta por cabezas de querubes, cuyas alas se cruzaban en los extremos, sentada en robusto trono, habia una estatua del Salvador esculpida á la manera bizantina, con su gran nimbo de hierro, en cuyo centro resaltaba el crismon.

Ante aquel extraño y misterioso conjunto estaba suspensa mi imaginacion y embargado mi espíritu: era tan grande, tan intenso mi goce en aquellos momentos, que tuve que hacer grandes esfuerzos para encauzar mi fantasía, dejando sólo á la razon que poco á poco me fuera mostrando las bellezas arqueológicas allí atesoradas. Miraba atentamente el último de los boceles más inmediatos á la puerta, y al pronto creí ver esculpidas, casi junto al arranque del arco, y en los espacios dejados por una labor lobulada, la palabra VIDE. No me habia engañado: más allá, en la clave, leíase claramente TOLLE, y, por último, en el opuesto extremo LEGE. Vide, tolle, lege. No fuí ya entónces dueño de mi imaginacion. Imposible contenerla. ¿Qué misterio encerraban estas tres palabras? ¿Qué era lo que yo habia de mirar, de tomar y de leer? Abismado en mis cavilaciones, la vista errante por aquel oscuro laberinto de extrañas líneas y fantásticos ornatos, buscaba con vivísimo anhelo por todos los sillares el punto de partida, la clave luminosa que me guiara para llegar al conocimiento de

aquel arcano que se mostraba á mi vista envuelto en el tupido manto del simbolismo. No era para mí desconocida la aficion de los artistas de la Edad Media á esculpir en los monumentos leyendas religiosas ó profanas: sabía yo que es muy comun ver consignados, ya entre las hojarascas de los capiteles, ya en los adornados frisos, asuntos que tomaban de la vida real, de sucesos contemporáneos, y queá veces punzantes alusiones ó intencionadas sátiras se esculpian en el granito, formando, en combinacion con los demás adornos, un importante elemento decorativo en las fábricas románicas. ¿Las tres palabras misteriosas podian, en vista de esto, haber sido puestas al acaso? Era indudable que nó. Despues de examinar escrupulosamente toda la arquería, sin que entre sus múltiples labores encontrase nada que pudiera iluminarme, dirigíme entónces á los capiteles, y ¡cuál sería mi sorpresa cuando al fijar la vista en el primero de los más inmediatos á la puerta ví que en efecto tenía delante el comienzo de toda una leyenda! Entre las palmitas que lo decoraban veíanse dos figuras: una de un caballero sentado en un escaño y á sus piés un villano arrodillado; en el siguiente el mismo caballero cabalgando, seguido por algunos hombres de armas; frente á él una horca de la que pendia el villano: en el tercero la misma horca con el ajusticiado y una mujer junto al primero con la cabeza entre las manos en actitud de orar: en el de más allá el magnate tenía á sus piés, atravesada con un venablo, á la mujer: en el quinto estaba aquél desnudo; un grueso cable rodeaba su cintura; sobre las espaldas,

abrumado con su peso, tenía un enorme globo, en cuyo centro veíase escrito CONCIENTIA. De cada uno de los ángulos de este capitel nacia un tallo cuyas volutas las formaban cuatro horribles y deformes cabezas, sobre las que se leian estas palabras: AVARITIA, LUXURIA, SOBERBIA, IRA. Por último, en el sexto capitel veíanse esculpidos minuciosamente, á la derecha del espectador un castillo, y frontero un monasterio.

## II

El padre Julian era ciertamente un santo varon: muchos años hacía que espiritualmente gobernaba la pequeña grey de Cangas de Onís. Cuando yo le conocí tenía más de ochenta; pero tan activo y ágil como un jóven. Lo mismo trepaba por aquellos vericuetos y escarpaduras, como perseguia á las alimañas del bosque. Su cabeza era venerable, y su alma, si se me permite la frase, tan cándida como sus cabellos.

No obstante, creia firmemente en aparecidos, en brujas y en todo género de espectros y vestiglos; era, en una palabra, supersticioso. Todas las noches nos reuníamos en su casa alrededor de la lumbre. Rezábase el rosario despues del toque de *Angelus*, y una vez terminado, se formaba una agradable tertulia en la que tomábamos parte, además del P. Julian, el Sr. Indalecio, más conocido por el Indiano, el tio Roque, ex-sargento de caballería y ex-asistente de

Riego, y yo. Éstos frisaban en la misma edad que el bueno del párroco, y rendian, como él, culto á todo lo maravilloso, atribuyendo al poder del demonio aquello que extrañaba á sus limitadas inteligencias. Era cosa de ver el aplomo y la seguridad con que el Sr. Indalecio nos referia las mayores patrañas que le habian acaecido en América, del mismo modo que el sargento retirado todos sus heróicos rasgos, dignos de figurar en el más disparatado libro de caballerías; y como cima y remate de estas narraciones, el sencillo P. Julian nos contaba las muchas veces que no lo habian dejado dormir los duendes, rompiendo todos los cacharros de su cocina, ó ya el inaudito hecho de haberse cierta mañana encontrado una bruja adherida á la cruz de hierro en que remata el fróntis de su iglesia. Á este areópago de Cangas tuve, pues, que acudir con objeto de ver si ellos me daban norte para penetrar en el oscuro dédalo que se habia mostrado á mi vista durante aquella mañana en el derruido monasterio.

Preparé mi ataque dirigiéndome primero al P. Julian. Despues que le hube referido todas mis observaciones, ví que el bueno del anciano se sonrió con aire benévolo y me dijo:

—Era yo muy jóven, y en una de las temporadas que vine á esta villa en tiempo de vacaciones á pasarlas con mis padres, una tarde en que paseaba con el reverendo P. M. Diego de Noreña, lector que era de Sagrada Teología, me refirió la historia de la fundacion del monasterio, segun rezaba un escrito muy antiguo que conservaban en su archivo. Segun ella,

todo concuerda con lo que usted acaba de referirme y viene bien con esas figuras que usted ha descubierto.

Los tres tertulianos rogamos al P. Julian que la relatase, y despues que el Sr. Indalecio encendió un negro cigarro de á cuarto, que él sériamente calificaba de la Vuelta de Abajo, y miéntras que el militar se arrellanaba en su escaño de encina para no perder una palabra, el P. Julian comenzó así:

«Contábase en la crónica del convento de que ántes hice mérito, que allá por los años del rey don Alonso VI habia un robusto castillo edificado sobre los escarpados peñascales en que hoy se ven las ruinas del monasterio de San Onofre, que servía de morada á un magnate llamado D. Illan Ansurez, poseedor de todas las villas y lugares de esta comarca. Los impuestos y vejaciones con que aquel hombre agobiaba á sus colonos llegaron á ser tan irritantes, que muchos de éstos abandonaron las tierras que labraban, yéndose á morar muchas leguas distantes de estos contornos. Era D. Illan ciertamente un gran malvado: al acercarse la época de la recoleccion salia de su castillo al mando de un buen golpe de foragidos, que formaban su hueste, y entrando de improviso á saco por todos los lugares inmediatos, los devastaba, regresando á la fortaleza con inmenso botin, fruto de tan horribles depredaciones. Repletos ya de oro, entregábanse á los mayores excesos, especialmente en los dias siguientes á estas algaradas, pues durante várias noches, á través de las estrechas aspilleras que rompian los muros de los torreones, veíase vivísima claridad, interrumpiéndose el reposo y silen-

cio de la noche por los cantos de la orgía y por las ruidosas carcajadas con que aquellos libertinos celebraban sus funestas hazañas. Á veces escuchábase tambien estruendo de armas, y no era extraño hallar al amanecer del siguiente dia el cadáver de un hombre arrojado al foso, que servía de pasto á los grajos y á los buitres. En estas noches, digo, antojábasele á don Illan dar rienda suelta á sus lascivos apetitos, y más de una vez supieron los sencillos labriegos que habia sido arrebatada de su mismo lecho alguna infeliz doncella, la cual era devuelta despues de algun tiempo al mancillado hogar, cubierta de andrajos, extenuada y casi moribunda.

El terror que aquel desalmado inspiraba llegó á ser tan profundo, que nadie osó poner dique á su criminal carrera, esquivando los miserables siervos hasta las ocasiones de que pudiesen ser vistos de él. Entre los pocos villanos que habian quedado por los alrededores del castillo, pues, como ántes dije, los campos en su mayor parte se veian yermos por falta de brazos que los trabajasen, uno llamado Nuño, á la sazon sexagenario, continuaba apegado á su hogar y á sus tierras, más que por otra cosa porque éstas le fueron repartidas á sus antecesores desde los primeros años en que comenzó á cimentarse la monarquía española. Su carácter y su ancianidad hacian que todos lo respetasen, siendo oidos sus prudentes consejos y maduros juicios con cierta veneracion.

Una mañana de invierno, en los momentos que Nuño trataba de desahogar la entrada de su albergue de la mucha nieve que á sus puertas se habia ido de-

positando durante la noche, sintió que una robusta mano oprimia sus hombros: volvióse de pronto, apesar de sus años, y se quedó inmóvil al encontrarse con un hombre que más trazas tenía de foragido que de soldado, segun indicaba su traje.

—Nuño, sígueme,—le dijo el desconocido cuando aún no se habia repuesto de su sorpresa.

—¿Á dónde vamos?

—Al castillo; mi señor quiere hablarte.

Era un mandato del temido magnate y al labriego no se le ocurrió siquiera resistir: tal era el profundo terror que aquél inspiraba.

Automáticamente comenzó á andar, siguiendo los pasos del soldado, hasta encontrarse á las puertas de la fortaleza. Una vez ya en su interior, y á medida que atravesaba por aquellos sombríos claustros, cuyo medroso silencio interrumpian los pasos de ámbos, el infeliz anciano buscaba en su mente las razones que podrian haber impulsado á su dueño para llamarlo tan á deshora, cuando en el espacio de muchos años jamás se habia encontrado ni casualmente en su presencia. Por mucho que pensaba no podia acertar: ensimismado en estos pensamientos, despues de haber subido una estrecha escalera de caracol, hallóse dentro de una cámara en la que, sobre unas pieles de oso, veíase tendido un hombre, que ni cambió de postura al verlo en su presencia con la caperuza en la mano.

D. Illan, que no otro era el hombre ante quien se hallaba, fué el primero que habló.

—Sé que tienes muchas riquezas, Nuño, y yo

quiero que me des alguna parte de ellas, pues no es justo que el señor no tenga para sostener á sus soldados y el villano entretanto viva en la abundancia.

—Señor,—respondió Nuño, hincando la rodilla, —soy un pobre y nada poseo.

—No hables más; eres un hipócrita, y ¡juro á Dios! que si esta tarde, ántes del anochecer, no tengo en mi poder lo que te pido, amanecerás ahorcado de la más alta torre de mi castillo. Véte.

Nuño, en efecto, era un miserable, y ¡apénas si con el rudo trabajo de sus tierras podia, á causa de las exacciones de D. Illan, atender á sus más perentorias necesidades.

Bajó la escarpada montaña llorando como un niño, porque Nuño tenía una hija única á quien adoraba, que raras veces dejó salir de la casa, todo por temor de que, sabida su hermosura, tratara D. Illan de satisfacer sus lascivos apetitos. Vivia, pues, Berta en lo más recóndito de aquel pobre albergue, sola, aislada, sin más amparo que el de su decrépito padre, sin más felicidad que sus caricias, que ciertamente el bueno del anciano se las prodigaba con la más cariñosa solicitud.

Cuando Nuño volvió á su hogar, gruesas lágrimas, tal vez las primeras de su vida, rodaban por su surcado rostro, no porque temiese á la negra nube que comenzaba á cernirse sobre su cabeza, era sólo porque pensaba en la hija de su alma, que una vez faltando él ¡quién sabe lo que sería de ella! Trató de dominarse, pretendiendo sofocar su angustia y su dolor; mas todo fué en vano. Berta vió aquellas lá-

grimas, y al par que las enjugaba con sus besos, trataba con infinitas preguntas de averiguar su causa. El desdichado anciano tuvo la mayor reserva, y nada llegó á saber su hija de lo ocurrido aquella mañana con D. Illan.

Sin que ésta lo advirtiese se dió traza para reunir en un cofrecillo las pobres alhajas de Berta y los cortos ahorros que habia ido guardando avaramente para que algun dia ayudasen á aquélla en las necesidades de la vida, y aprovechando un momento en que hubo de dejarle solo, salió de la casa caminando velozmente hácia el castillo. Al fin hallóse de nuevo ante el magnate en los momentos que éste, sentado á la mesa, devoraba un gran trozo de jabalí en compañía de sus camaradas. La presencia de Nuño hizo prorumpir al castellano en una estentórea carcajada, y dirigiéndose al más inmediato de aquellos bandidos le dijo:

—Ya ves, Valerio, cómo empiezan los perros á obedecer á su señor. Estos villanos generosos me agradan, y en prueba de ello bebamos de ese excelente vino de Aragon, pues que así podremos mejor apreciar el valor de las preseas con que Nuño complace á su señor. Veamos, veamos lo contenido en esa arqueta.

Nuño, arrodillado aún, abrió el cofre, y con el corazon transido de dolor comenzó á sacar las pobres joyas con que su hija se engalanaba en los dias del santo patrono del pueblo y en las demás fiestas. Luégo arrojó á los piés del magnate algunos puñados de dineros de oro, y con la cabeza humillada es-

peró á que aquél resolviera. D. Illan prorumpió en una ruidosa carcajada, y, tendido como estaba, dando un violento puntapié al cofre, á las joyas y á los dineros, lo esparció todo por el aposento.

—Si no traes más que eso puedes ya ir escogiendo la almena en que quieres ser colgado.

Nuño, aterrado, pensaba en la hija de su alma, y por eso era cobarde. Ni sus lágrimas ni sus súplicas calmaron el feroz enojo de su verdugo: de hinojos junto á él, imploraba misericordia, pero todo fué en vano. Á una señal de D. Illan, los soldados que estaban en el aposento inmediato se arrojaron sobre él y lo sacaron arrastrando de la estancia, enmedio de las risas y sarcasmos del señor y de sus miserables sicarios.

Á la caida de la tarde de aquel dia, en una encrucijada que formaban dos caminos, al pié del monte sobre que estaba el castillo, pendiente del brazo de una cruz de piedra veíase el rígido cadáver de Nuño. El mandato de D. Illan se habia cumplido.

*
* *

Pocos dias despues atronaban el bosque los lejanos sones de los cuernos de caza, el relinchar de los caballos, el estridente ruido de las armas, las voces de los monteros y el incesante ladrido de los lebreles. Era una gran cabalgata de cazadores: á la cabeza de todos ellos iba D. Illan, satisfecho y gozoso de la batida de aquel dia, conversando con sus más íntimos confidentes, formando todos proyectos para la orgía de aquella noche en celebridad de la buena

caza y de los certeros tiros de venablo hechos por el magnate.

Habia entrado la noche cuando llegaron al pié del castillo, y enmedio de su reposo oíanse distintamente los graznidos de los buitres y demás aves de rapiña, que revoloteaban con famélica hambre alrededor del cadáver de Nuño, pendiente aún de la cruz.

D. Illan se volvió á sus amigos diciéndoles:

—Ya veis cómo esos pajarracos tienen tambien festin como el que nosotros preparamos.

Pero no bien hubo dicho esto, cuando, creyendo distinguir algo extraño junto á la cruz, espoleó el caballo y adelantóse á los demás. No se habia engañado: arrodillada al pié de aquellos sillares estaba una mujer, que, al verlo llegar, volvióse furiosamente hácia él, y lanzando un rugido, abalanzóse á las riendas del corcel, que retrocedió espantado. La hora, el sitio, la oscuridad, el cadáver pendiente, algo desconocido y raro, agitó violentamente el corazon del feroz caudillo, que á su vez prorumpió en una horrible blasfemia.

Pocos instantes despues, sujeta por los piés y los brazos, tendida delante del arzon de uno de los ginetes, era Berta conducida al castillo.

*
* *

Aquel encuentro habia preocupado á D. Illan más de lo que él quisiera.

Cuando terminó la opípara cena y todos los feroces caudillos, embriagados, yacian tendidos sobre los sitiales unos, y otros dejaban ya caer pesadamente sus

cabezas sobre la mesa del festin, D. Illan ordenó que le entrasen la mujer aprehendida aquella tarde. Rota á girones la túnica, desordenados los cabellos, que aún se veian partidos en dos trenzas, el seno palpitante descubierto, con los ojos inyectados en sangre, pálidas las megillas, trémula y convulsa, presentóse á la vista del castellano.

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Berta y soy la hija de Nuño, á quien vos habeis ahorcado.

—Eres hermosa á fe mia: vén; acércate.

Berta no se movió; pero con acento altanero le dijo:

—¿Qué quereis de mí?

—¡Brava es la doncella! Quiero—continuó don Illan—hacerte la reina de mis señoríos, que bien lo merece tu gentileza; con mis tesoros y con mis caricias te haré olvidar la muerte del villano tu padre. Vén.

Y al decir esto levantóse con tardo é incierto paso del asiento, y, con los brazos tendidos, se dirigió á Berta para estrechar su cintura.

—Vén,—decia entrecortadamente,—he de hacerte mia.

Berta gritó de nuevo y trató de huir, pero aquellos hercúleos brazos llegaron á sujetarla.

Los dos luchaban con furia, desesperadamente: los impuros labios del señor se posaron sobre las cándidas megillas; pero entónces Berta, haciendo un supremo esfuerzo, lanzó un grito aterrador, soltóse y quiso ganar la salida: en ella precisamente hubo de

alçanzarla de nuevo el magnate, entablándose espantosa lucha.

Algunos de los beodos que dormian despertaron: uno de ellos, despues de haberse desperezado y restregádose los soñolientos ojos, al ver la escena que tenía lugar entre el magnate y la villana, lanzando una carcajada, habló así dirigiéndose al primero:

—¡Por Cristo, D. Illan, que andais muy torpe! Dejadme reir, porque veo que se os escapará la pieza. El vino de Aragon os ha inutilizado, y ya la azcona no dará en el blanco. Seguid.... seguid.... que el juego me divierte....

D. Illan, rojo de cólera, murmuraba frases entrecortadas, capaces de conmover, caso de que pudieran haberlas oido, á todos los santos y santas del cielo. Ébrio por el vino, no tenía seguridad bastante en sus movimientos, y á veces aquel gigantesco cuerpo oscilaba pór la desesperada defensa de un sér tan débil como Berta. Viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, separóse por un momento, y llamando la atencion del otro beodo, que con sus palabras habia acabado de exasperarlo, tratando de serenar la tempestad que rugia dentro de su pecho y de su cabeza, le dijo con voz enronquecida:

—Álvaro, mira cómo mi pulso no tiembla.

Y no bien hubo terminado la frase, sacó de entre su cinturon de cuero un venablo; con inusitada fuerza lo arrojó hácia un ángulo del aposento, donde muda, la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos enlazadas y los brazos caidos, estaba Berta.

Oyóse un pesado golpe, y el cuerpo de la inocen-

te víctima cayó desplomado al suelo, arrastrando en su caida un tallado sillon de roble viejo, sobre el que estaba apoyada.

Todos los comensales levantaron entónces sus feroces cabezas, mirando hácia el mismo sitio en que ya, envuelta en un lago de sangre, de vez en cuando aún se agitaba el gallardo cuerpo de Berta en nerviosas sacudidas.

Miéntras tanto, D. Illan, con los brazos cruzados sobre el pecho, veíase solo enmedio del aposento, mirando muy fijo el cadáver; detrás de él sus corifeos, siniestramente alumbrados por las trémulas luces de las lámparas, murmuraban en voz baja.

De pronto volvióse á ellos el castellano y dijo:

—¿Qué teneis, bandidos? Estais asustados como mujercillas. Álvar, ya ves cómo aún sé dar en el blanco: el tiro ha sido certero: juraria que le he dado en el corazon.

Y con glacial indiferencia volvió la espalda, y acercándose á la mesa, dejóse caer sobre un sitial.

* * *

La noche habia avanzado, y á la atronadora algazara del festin sucedieron el silencio y reposo más profundos. Enmedio de la densa oscuridad resaltaban sobre el fondo oscuro del cielo las enhiestas torres del castillo como un grupo de gigantescos espectros de pié sobre la alta montaña. Ni la más ligera claridad se advertia por entre los ajimeces y las aspilleras que rompian sus muros. La nieve, cayendo en espesos copos, habia cubierto con su albo manto to-

da la comarca. De vez en cuando sólo interrumpian el medroso silencio los agudos y penetrantes graznidos de las aves de rapiña, que revoloteaban siniestramente sobre el profundo foso, disputándose acaso alguna presa en él arrojada.

En una sombría cámara del castillo, y apesar de la escasa y débil claridad que producia una lámpara portátil de bronce, veíase un hombre tendido en un bajo lecho, que de vez en cuando se estremecia convulsamente y de cuyos labios brotaban frecuentemente entrecortadas é ininteligibles frases. Los crespos cabellos revueltos y desordenados, la respiracion fatigosa y el aliento de un bruto, tal era el estado en que se encontraba D. Illan pocas horas despues de haber llevado á cabo su horrible asesinato. Las pieles y telas que cubrian la cama en que yacia, descompuestas y desordenadas, estaban por el suelo dejando ver los costosos adornos que la enriquecian: semejante á un gran arcon, mostrábase en su frente una serie de arcos con retorcidas columnillas, que cobijaban otras tantas figuras de incorrectísimo dibujo y en violentas actitudes, cuyos paños veíanse cubiertos con láminas de oro y plata, y toda ella descansaba sobre cuatro deformes cabezas de leones: algunos haces de armas, camisotes de malla con sus almofares, enormes cuernos de caza, de marfil con primorosos relieves, eran los únicos adornos de aquella estancia.

Apesar del intenso frio que hacía, como si las ricas vestiduras le imposibilitaran la respiracion, don Illan las desabrochó violentamente por el pecho, que

se deprimia y elevaba cual si fuese presa de una horrible pesadilla. Más de una vez trató de incorporarse y abandonar el lecho, pero las fuerzas le faltaban, cayendo de nuevo en él para revolcarse más espantosamente; algunas veces una tremenda blasfemia brotaba de sus labios. Por último, haciendo un titánico esfuerzo levantóse, y casi á tientas, con inseguros pasos, se fué aproximando hasta llegar á un ajimez, cuyas puertas abrió violentamente. Un penetrante grito se escapó de su garganta. Cubrióse el rostro con las manos, cual si quisiera evitar por este medio librarse de alguna terrorífica vision. Sus piernas flaquearon y cayó desplomado al pié del antepecho de la ventana.

Así pasaron algunos momentos: cuando volvió en sí, al alzar la cabeza, creyóse ya libre del medroso ensueño; pero en vano: á todas partes donde dirigia sus ojos perseguíanle los más absurdos y siniestros fantasmas. Cuando abrió las puertas del ajimez, desde el fondo del foso habian surgido ante sus ojos las figuras de un anciano y de una mujer, en las que don Illan reconoció á Nuño y á su hija. El rostro amenazador del primero contrastaba extraordinariamente con la expresion dulce y reposada del de la segunda. Y no tuvo duda: el magnate los habia visto dirigirse hácia él, cuando retrocedió espantado. Nuño llegó á arrojar á sus piés el mismo cofrecillo con las joyas que en la mañana de aquel dia le fueron presentadas, miéntras que el blanco traje de Berta aún mostraba rojizas manchas de sangre, que partian del pecho atravesado por un venablo.

Pero el terror del castellano llegó á su colmo cuando al tratar de ponerse de pié tropezaron éstos con un objeto que produjo cierto ruido metálico: era el mismo cofre con las joyas y los dineros. No se atrevia á mirar hácia el sitio del ajimez, pues allí permanecian aún las fatídicas figuras: cuando tornaba la vista hácia el interior del aposento, enmedio de las sombras veia resaltar las más pavorosas visiones. De los monstruosos grupos de animales esculpidos que sostenian los nervios de los arcos, algunos con repugnantes cabezas, las grandes fauces abiertas, se le reian con una expresion glacial y sarcástica: otros, desplegando sus negras alas de vampiro, parecian próximos á arrojarse sobre él. Aquel mundo extraño habíase animado, y los reptiles de bifurcadas colas, y las medrosas alimañas, todo se agitaba, revolviéndose en la oscuridad como una masa informe, pero todos tambien fijas las enormes pupilas en el magnate.

Tuvo miedo, sí; quiso gritar y no pudo: sus labios se negaban á ello. Y á medida que la noche avanzaba y era el silencio más profundo, más clara y distintamente percibia los graznidos de los buitres, revoloteando próximos á él. Todos los remordimientos de su vida criminal surgieron de pronto de su alma y vió pasar ante su vista, como en interminable cadena, los hombres esclavizados y muertos, las doncellas mancilladas, los templos saqueados. Horribles cuadros, cuyas figuras resaltaban sobre un fondo de sangre, íbanse paulatinamente ofreciendo á sus ojos, y enmedio de tanta ruina y tantas lágrimas, rodeado por famélicas figuras de hombres y mujeres que lo

maldecian, vió á Nuño conduciendo á su hija por la mano. Cerró los ojos; mas apesar de esto, su conciencia le hacia ver por vez primera el horrible fruto de sus crímenes.

Revolcábase por el suelo desesperadamente; pero aún no habia podido ni gritar ni ponerse de pié para huir de aquella estancia. De pronto, haciendo un esfuerzo titánico, lanzó un penetrante grito hijo del terror. Un enorme buitre habia entrado por el ajimez: revoloteaba pesadamente por el aposento y á veces chocaba contra los muros.

Al fin pudo incorporarse, y como un loco, derribando cuanto se oponia á su paso, encontróse al cabo fuera de su cámara. Corriendo velozmente fué á dar al adarve de la muralla; pero al volver medrosamente la vista hácia atrás para convencerse de que nadie le perseguia, vió á su lado las figuras de Nuño y de Berta: el primero con el fatídico cofre y la segunda aún con el venablo clavado en el corazon.

Más apretó entónces su vertiginosa carrera, y así de este modo dió la vuelta al castillo corriendo sin descanso. Sus cabellos erizados, sus labios secos, jadeante por la fatiga, al fin lanzó un gemido; las fuerzas físicas le faltaron, dando con su cuerpo en tierra.

*
* *

Al amanecer, algunos soldados que acertaron á pasar por aquel sitio del adarve, encontraron á su señor con la cabeza lívida, ensangrentada, y el cuerpo, con la rigidez de un cadáver, tendido en el suelo. Lleváronle á su aposento, y á fuerza de cuidados con-

siguieron hacerle volver en sí. Por más preguntas que le dirigian, D. Illan permaneció mudo, sin explicar la causa de que le hubiesen hallado en aquel sitio.

Así pasaron dias: sus compañeros creyeron al fin que estaba loco. Esquivaba el trato con ellos, y desde que ocurrieron estos hechos no habló una sola palabra.

Cierta noche, con gran sorpresa de los guardias del castillo, vieron salir á un viejo ermitaño que cuidaba de la ermita de San Onofre y que toda la tarde habia permanecido en la cámara del magnate, el cual, cargando sobre los lomos de cuatro poderosas mulas otros tantos pesados arcones, alejóse con ellos de la fortaleza.

Meses despues, á los golpes del hacha caian los seculares robles y las hayas del monte: la ermita era derruida, y en el paraje que estuvo comenzó á levantarse el monasterio cuyas ruinas ha examinado usted hoy. Por último, consigna la crónica que una vez terminada la fábrica del templo, una mañana apareció presa de un violentísimo incendio el castillo de D. Illan; siendo el único recuerdo que de él y de sus moradores quedó, la historia esculpida en los capiteles de la portada.»

Setiembre, 1881.

# ARTÍCULOS VARIOS

# S. Isidoro del Campo

Á M. D.

## RECUERDOS DE SEVILLA

Fué una tarde de primavera la del dia en que hice la excursion que voy á referirte al monasterio cuyo nombre encabeza estos apuntes. Esa actividad vertiginosa que agita constantemente las grandes poblaciones con su incesante ruido, con su contínuo movimiento, sofoca mi espíritu, me aturde, me ahoga hasta tal punto, que las ideas se mueven perezosamente dentro de mi cerebro informes, confusas, con esa vaguedad que oculta los contornos, los colores, la luz, que son, por decirlo así, la vida y el alma de nuestros pensamientos. Cuando mi espíritu experimenta este vacío, y falto de aire que respirar cae en ese paroxismo, en esa laxitud que coarta su vuelo y envenena las fuentes de su existencia, dejo entónces las poblaciones y busco la vida en aquellos lugares en que todo al parecer ha muerto. El claustro abandonado y sombrío, con sus oscuros sillares corroidos,

con sus destrozadas pilastras cubiertas por el musgo, con su extenso patio alfombrado de amapolas y jaramagos; la carcomida cruz de piedra elevada sobre una gradería, entre cuyos ángulos crecen esas mil florecillas sin nombre y las plantas trepadoras, con sus hojas anchas las unas, aguzadas las otras, que suben hasta los brazos de la misma cruz para desde ellos quedar pendientes, flotando despues á la caida de la tarde como ligeros hilos de esmeraldas oscuras, sirviendo tambien, por otra parte, de dosel al Cristo, rígido, incorrecto, deforme, al que en otros tiempos alumbraba un farolillo, cuya armazon de hierro, pendiente aún del brazo que lo sostenia, oscila haciendo rechinar con aspereza el enmohecido pescante; el mutilado sarcófago que descansa sobre las cabezas de esos leones con guedejas ensortijadas infantil y monótonamente, con sus enormes escudos, en los que aparecen extraños símbolos esculpidos entre un laberinto de hojarascas y lambrequines, con la estatua yacente de un prelado, las manos sobre el pecho y en ellas el báculo, con sus inscripciones de caractéres góticos puntiagudos y entrelargos.... ¡Ah! éstos no son mudos testimonios, callados espectros, páginas en blanco del libro de la humanidad. . . . . .

Es una sociedad que renace, un cadáver galvanizado por la vivificadora corriente de la inteligencia, un monton de cenizas que vuelve á su sér, una generacion entera que surge de la nada, un mundo, en fin, que se desenvuelve prodigiosamente ante nuestros ojos como si de improviso se rasgase el velo de sombras que oculta lo pasado. .. Y monjes, damas, reyes,

artistas, guerreros, prelados y magnates cruzan ante nuestros ojos formando un conjunto híbrido, incoherente, pero magnífico, deslumbrador. Junto al burdo sayal del cenobita, las aceradas cotas, los yelmos y sobrevestas; junto al tosco hábito de la monja, el rico brial; junto al oscurecido artista, el orgulloso magnate, apoyada su mano en el fiador de oro de la ámplia capa.... No es una vana quimera, una fantasía de nuestro cerebro, un ensueño de nuestra mente: del patio desaparece la maleza; el claustro se puebla de seres que hablan, que leen, que meditan; las desiertas hornacinas de los pilares cobijan una larga hilera de santos, monjes, mártires, religiosas, pontífices y guerreros, con sus raros atributos, con sus extraños símbolos, con sus anchos ropajes, todos silenciosos, reposados, serenos, rodeadas sus cabezas por grandes nimbos de hierro, casi ocultos en las penumbras que proyectan las caladas umbelas. La cruz de piedra adquiere el albo color de su mármol; sus rotas aristas recobran la viveza de sus líneas; el farolillo que la alumbraba despide rayos de luz; las gradas se ven cubiertas por un sinnúmero de ramilletes de flores, depositados por las muchachas del lugar, é infinitos ex-votos recuerdan los milagrosos hechos de aquella veneranda imágen. La santa creencia, el espíritu religioso, la fe vivísima de toda una generacion surge á nuestros ojos, y con ella los gloriosos recuerdos, las más brillantes páginas de nuestra historia.

El abandonado sarcófago adquiere tambien todas las preseas de que el tiempo lo ha ido despojando, y

sus guirnaldas de tréboles, sus hojas de acanto y de silvestre higuera corren por los huecos de las escocias; los jimios se retuercen bajo las ménsulas llenos de vida; los geroglíficos de los escudos, y las inscripciones góticas esculpidas en largas cintas, nos dan á conocer los hechos que aquel prelado ejecutó en el mundo, y hasta los ángeles, recobrando por completo el movimiento de las níveas plumas de sus alas, las tienden al espacio animadas por el poderoso aliento de una nueva vida.

Aquí, nó una creencia, sino un maravilloso arte se despliega ante mis ojos, y veo alzarse gigantescas basílicas, egregios templos, suntuosos palacios nacidos al mágico impulso de una falange de escultores, pintores, tallistas, orfebres, vidrieros, arquitectos, miniaturistas, forjadores y otros mil esclarecidos artífices, que contribuyen con sus inteligencias al desenvolvimiento de ese arte grandioso, espiritual, divino, como la religion que le dió el sér.

En este mundo de misterios, sobrenatural, vago, es donde se refugia mi alma y donde halla mi mente ilimitados horizontes en que desplegar las impalpables alas de la fantasía....

¡Pero con qué facilidad me extravío de mis propósitos! He prometido hablarte de mi visita á San Isidoro del Campo, y hasta ahora nada te he dicho: perdona, pues, mis digresiones, que ya comienzo.

Salí de Sevilla una tarde de los primeros dias de Mayo; llegué á la derruida puerta de San Juan, tan célebre en lo antiguo, y momentos despues atravesaba el rio en una barca. Tenía enfrente la Cartuja,

insigne cenobio emporio de las ciencias, asilo de sabios, sepulcro de esforzados magnates. ¡Cuántas veces bajo las arcadas de sus claustros pasearian juntos el monje fray Gaspar Gorricio y *aquel desconocido*, exponiéndole quizás este último sus proyectos de libertar la Tierra Santa y de descubrir un nuevo mundo! Allí el demente sublime, el inmortal genovés halló franca y generosa amistad, y tambien una tumba que guardó sus cenizas hasta que fueron trasladadas allende el mar. El templo á la sazon es taller de objetos cerámicos; sus patios y viviendas se hallan ocupados por enseres y productos de esta industria; las agujas y las flechas de sus torres están ocultas por las chimeneas y el humo de los hornos....

Á mi izquierda, resaltando entre los naranjos de su huerta, otro monasterio, el de San Jerónimo, hoy en ruinas, pero que aún conserva su gran patio trazado por el insigne Herrera, con su hermoso revestimiento de azulejos, que poco á poco van desapareciendo; sus altas torres y vastos aposentos, cuyas ricas techumbres desplomadas yacen por el suelo; más allá, casi confundiéndose con el horizonte, el pueblecito de la Algaba, con su elevada y robusta atalaya, y á la izquierda, dibujándose ya con más exactitud, el monumento que encierra las cenizas del héroe de Tarifa.

Tú que vives en Andalucía, que conoces su hermoso cielo, su deslumbrante sol, su tibio ambiente perfumado por los azahares y madreselvas, que muchas veces habrás sentido ese dulce sopor, ese indefinible encanto que nos inspira la naturaleza con sus

voluptuosos y embriagadores atractivos, comprenderás mucho mejor que si yo tratara de describírtelo, la entonacion, los colores y la luz del cuadro que se ofreció á mi vista, aumentada su belleza por el caudaloso Guadalquivir, con sus márgenes festoneadas de juncos y espadañas, con sus altos cañaverales y sus blancos álamos serpenteando en medio de la verde campiña.

Pasé por delante de la Cartuja; sobre la puerta que da al camino que yo habia de seguir, colocada aún en su hornacina, existe una preciosa escultura de mármol blanco, quizás de fines del siglo XV, que representa á Nuestra Señora de las Cuevas, advocacion del monasterio. Pensando en ella, en sus paños, en sus líneas, en su corona y en esos mil pormenores que sólo vemos los amantes de las antiguallas, iba insensiblemente acercándome al sitio objeto de mi excursion. Así era, en efecto; una alta y robusta torre con su chapitel de azulejos, flanqueando unos muros cuyos huecos, á causa de la distancia, semejaban grandes puntos negros; un campanario más bajo que la torre y á la derecha, sobre una pequeña eminencia, las casas del pueblo de Santiponce, con sus tapiales de tierra y sus techos de paja, es el conjunto que se ofrece á primera vista. Subiendo una cuestecilla, plantada á un lado y á otro de añosos olivos, en cuyo punto más alto, sobre un enorme trozo de hormigon romano, existe el fuste de una columna sobre la que se elevó un dia la cruz que al presente ha desaparecido, y despues de seguir la misma direccion de una ruinosa tapia, que por esta

parte cerca el edificio, me encontré en la extensa explanada en la que éste se levanta.

Dudo mucho que pueda yo expresarte la impresion que en mi alma produjo el cuadro que contemplaba. Las ideas se atropellaban en mi mente, resultado de ese sacudimiento extraño producido en nuestro espíritu por las grandes sensaciones; apénas si podré darte á conocer por una descripcion el indefinible encanto de aquel conjunto que yo veia con los ojos de mi alma y que traducia con el lenguaje del sentimiento. Imagínate la gran explanada de que ya he hecho mencion, cubierta completamente por altísimos cardos silvestres con sus hojas puntiagudas y sus flores moradas; matas enormes de jaramagos y de margaritas con sus pétalos blancos y su boton de oro, y entre los cardos, los jaramagos y las margaritas, meciéndose sobre sus flexibles y delgadísimos tallos, millones de amapolas purpúreas y de adormideras de color de rosa: en medio de este salvaje huerto, sobre un pedestal de mampostería, se levanta una alta columna de mármol blanco, oscurecido ya por el tiempo, con un capitel corintio bellísimo sobre el cual se ve enclavada una sencilla cruz de hierro: en el centro del pedestal hay una pequeña lápida, que por contener brevemente la historia del monumento voy á trascribirte con su misma ortografía; dice así:

ESTA COLUMNA SE
HALLO EN EL SITIO
LLAMADO LOS PALA
SIOS PROPIOS/////
/////DE ESTE
MONASTERIO Y PR
SUMAGNITUD Y H
ERMOSURA SE ERI

GIO EN HONOR Y TRI
UNFO DE LA SANTA
CRUZ Y DESCANSO
DE LAS ANIMAS DEL
PURGATORIO SIENDO
PRIOR N M R P F
JUAN OLIBA EN
24 DE MAYO DE 1802

Te diré que el sitio de los Palacios á que la inscripcion se refiere, es uno conocido con este nombre en la vecina Itálica, en el que se hallan restos considerables de grandes construcciones romanas. Toda la maleza que cubre el suelo llega casi hasta los muros de la iglesia, en los que se apoyan unas humildes sepulturas de ladrillo, altas las unas, bajas las otras, enlucidas y pintarrajadas las más, pero todas de estructura y dimensiones desiguales. Aquel es el cementerio de Santiponce. Forman lo que podríamos llamar el fondo de este cuadro los dos elevados ábsides, correspondientes, el uno á la iglesia fundada por D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, y el otro á la construida por su hijo D. Juan Alonso, que unidas forman un solo templo. Estos ábsides, con sus robustos estribos ó contrafuertes, sus antepechos de almenas puntiagudas, sus altas y estrechas ventanas, que rasgan los muros, les dan un aspecto de fortaleza y templo á la vez, de castillo é iglesia, que involuntariamente nos recuerdan el espíritu de los tiempos en que se construyeron, batallador y creyente, ascético y guerrero, en que los laureles de la victoria ornaban á veces la mitra del prelado, y sobre el sayal del monje relucia el acerado peto.

Pocos ejemplares más bellos de ese precioso arte, nacido de la fusion de dos elementos, del cristiano y

del árabe, que se conoce hoy con el nombre de mudéjar, pueden señalarse para el estudio, que la portada que sirve de ingreso al templo construido por el hijo de Guzman el Bueno: no es de grandes proporciones; pero hay una pureza tal en sus líneas, una tan acertada distribucion en sus partes, una sencillez y esmero en la fábrica, que nos sorprende y encanta. Está compuesta por una serie de arcos ojivales concéntricos, construidos de ladrillo agramilado; el espacio de las enjutas lo ocupa una labor de ajaraca del mismo ladrillo, primorosamente cortado y dispuesto á manera de mosáico, y las estrellas y exágonos que resultan por la interseccion de las líneas, de brillantes piezas de azulejos de colores.

En la clave de los arcos, y bajo pequeña hornacina, hay una curiosa escultura de la Vírgen, de barro cocido y vidriado, hecha á la manera de Van-Eyck, y con todos los caractéres del arte en el siglo XV: no descansa la efigie inmediatamente en el piso del nicho que la cobija (y hé aquí una circunstancia que se presta á consideraciones); un afiligranado capitel árabe le sirve de basa. Termina la portada en un alero ó tejaroz sostenido por canes sencillos. El muro en que se apoya está rasgado por várias ventanas, cuyos arcos son semicirculares, pero altas y estrechas, y la que coincide con la puerta que he descrito conserva una vidriera bellísima, aunque deteriorada, de fines del siglo XIV, en la que, sobre un paño azul extendido á manera de tapiz, que le sirve de fondo, resalta la figura de San Isidoro con su gran nimbo rojo y vestiduras pontificales, de las que sólo

restan los contornos y perfiles, trazados hábil y minuciosamente; en la parte superior de esta ventana, tambien pintado de colores, hay un escudo con las calderas de la familia de los Guzmanes.

Héme ya en el interior del templo, construido, como te he dicho, por D. Juan Alonso Perez de Guzman. Se compone de una sola nave con bóveda de ladrillo sostenida por nervios ojivales de piedra, que se cortan en el centro, los cuales arrancan de unas pilastras formadas por grupos de tres robustos baquetones cada una, y cuyos capiteles, en su mayor parte, obedecen á la tradicion románica, que por tanto tiempo influyó en las construcciones religiosas de Sevilla. En los muros laterales del ábside, cubierto por un retablo churrigueresco de pésimo gusto, están las estatuas yacentes del fundador y de su mujer doña Urraca Osorio de Lara, que tiene á sus piés una estatuita de mujer de quien asegura la tradicion que representa á Leonor Dávalos, y de D. Bernardino de Zúñiga y Guzman; la primera al lado del Evangelio y estas dos últimas al de la Epístola. En la nave de esta iglesia existe una tabla de Juan Sanchez de Castro, que apesar de sus groseros retoques es, sin embargo, una joya, atendidas las pocas obras que nos restan de este antiguo artista sevillano. Pasando ahora á la nave inmediata, ó sea al primitivo templo levantado por Guzman el Bueno, á cuyo efecto concedió su permiso el rey D. Fernando IV en Palencia á 27 de Octubre de 1298, destinándolo el fundador para monjes del Císter, que lo poseyeron hasta 1434 en que, á peticion del conde

de Niebla fueron expulsados, entrando en su lugar los ermitaños de San Gerónimo. Lo primero que sorprende es el bellísimo retablo plateresco que oculta su ábside, ejecutado por el insigne escultor hispalense Juan Martinez Montañés. Consta de dos cuerpos, ático y basamento, este último estofado con gran maestría; en el centro del primer cuerpo se venera á San Gerónimo, y á los lados dos altos relieves con el Nacimiento y la Adoracion de los Reyes, San Juan Bautista y San Juan Evangelista, aparte ya del retablo, sobre ménsulas sostenidas por ángeles. En el segundo cuerpo la efigie de San Isidoro, que no me ha parecido de la misma mano, la Resurreccion y la Ascension de Cristo; y por último, en el ático la Vírgen rodeada de ángeles y querubes. Sobre la mesa del altar mayor existe un bellísimo Crucifijo de marfil, obra del famoso Roldan. Analizar detenidamente estas soberbias obras, ni es de este propósito, ni podria darte á conocer todo su valor artístico; sólo te diré, que pueden competir con las más afamadas de los antiguos maestros.

Sobre una puerta que desde el presbiterio conduce á la sacristía, en el lado de la Epístola, hay un gran nicho con una figura orante de mujer, vestida con brial y manto, la cabeza adornada con una toca blanca y alrededor de su talle un rico cinturon con grandes borlas; en el muro, bajo ella, hay una lápida con caractéres latinos, que dice así:

AQVI.IAZE.DONA.MARIA.ALFONSO CORONEL.QVE.DIOS.PER
DONE.MVGER.QVE.FUE.DE.DON.ALONSO.PEREZ DE GVZMAN
EL BVENO.IMADRE.DEL.SEGVNDO.YSAAC.FINÓ.ERA.DE.MILITRE
CIENTOS.I.SESENTA.QVE.FVE.AÑO.D.XPO.DE.MILL.I.TRESCIENTOS
I.VEINTEIDOS
O INCLITA.ROMA.SI.DESTA.SVPIERAS
QUANDO.MANDAVAS.EL.GRAN.VNIVERSO
QVE.GLORIA.QVE.FAMA.QUE.PROSA.Q.VERSO
QVE.TEMPLO.VESTAL.A.LA.TAL.HISIERAS
H.S.E.19 SEPTEMBRIS.ANNO DNI 1609
.283.A.DIE.OBITVS

Los anteriores versos, tomados de *El laberinto de Juan de Mena* en su estrofa LXXIX, me recordaron su principio, en el que, aludiendo el poeta al heróico pudor de esta señora, escribe:

Poco más bajo ví otras enteras
La muy casta dueña de manos crueles
Digna corona de los Coroneles
Que quiso con fuego vencer sus fogueras.
.....................................

Continuando luego con los insertos en la losa. Dejemos nosotros á los eruditos afanándose por esclarecer la dudade si fué esta dama ú otra de su linaje á quien deba atribuirse tan señalado ejemplo de castidad, y seguiré yo mi descripcion.

Frontero á este nicho se ve otro en el lado del Evangelio con la figura asimismo orante de un varon, la cabeza destocada, las manos juntas sobre el pecho, y de sus hombros desprendiéndose una elegante capa que deja ver por los lados la armadura completa; delante un reclinatorio y á los piés la inscripcion siguiente:

AQVI.IAZE.DON.ALo.PEREZ.DE.GVSMAN.EL.BVENO.Q.DIOS.
PERDONE.QVE.FVE.BIENAVENTVRADO.E.QVE.PVNIO.SIEMP
RE.EN.SERVIR.A.DIOS.E.A.LOS.REIES.E.FVE.CON.EL.MUI.NOBLE
REI.DON.FERDo.EN.LA.CERCA.DE.ALJECIRA.E.ESTANDO.EL.REI
EN.ESTA.ÇERÇA.FVE.EN.GANAR. A.GIBRALTAR.E.DESPVES.Q.LAGA
NO.ENTRO.EN.CAVALGADA.EN.LA. SIERRA.DE.GAVSIN.E.OVO.Y.FA
CIENDA.CON.LOS.MOROS.E.MATARONLO.EN.ELLA.VIERNES 19 D.
SEPTIEMBRE.ERA.DE.MILITREZIENTOS.I.CUARENTAISIETE.QVE.FVE
AÑO.DEL.SEÑOR.DE.MILITREZIENTOS.INVEVE.
H.S.E.19 SEPTEMBRIS.ANNO.DNI 1609
300 A.DIE.SVE.OBITVS.

No debo omitir acerca de esta interesante estatua algunas ligeras reflexiones que se desprenden á primera vista del estudio del traje militar que la reviste. Sabido es que los monjes de San Isidoro trasladaron los sepulcros de los fundadores del primitivo sitio en que estuvieron á los piés del altar mayor, al en que hoy se encuentran; y entónces encargaron la ejecucion de ámbas figuras orantes al famoso Juan Martinez Montañés, que para representar á doña María Coronel, copió casi por completo la estatua de la Marquesa de Ayamonte, que á la sazon existia en el convento de San Francisco de Sevilla. Con tal dato, compréndese fácilmente el anacronismo que se advierte en las ropas de la ilustre dama, que no fueron ciertamente las que aquélla usara en vida. Lo mismo puede decirse con respecto al arnés del defensor de Tarifa, cuyos caractéres convienen con los que distinguen á las armaduras de gusto ojival usadas en el siglo XV.

Es para mí indudable, por tanto, que el escultor sevillano, poco escrupuloso en la indumentaria, si no hubiese tenido á la vista una estatua antigua, habria

vestido á Guzman el Bueno con el traje militar del siglo XVII.

Qué hicieran los monjes con las primitivas efigies de D. Alonso y de D.ª María, difícil es averiguarlo; lo cierto es que, como otras muchas venerandas antiguallas, están perdidas para la historia del arte.

Pasando á la pieza contigua, que sirve de sacristía, en la cual existieron los cuatro soberbios espejos venecianos arrancados de este lugar, para baldon nuestro, por mano extrajera, y donde aún se conservan, además de una interesante pintura de la Vírgen, que recuerda aún las de estilo bizantino, ornamentos religiosos de subido valor arqueológico por sus bordados de imaginería, entre los que recuerdo una capa pluvial de terciopelo verde, cuyo capillo y beca son notabilísimos, voy á decirte algo del patio próximo, llamado «de los muertos.» Es de mayores dimensiones que otro de que te hablaré despues, cuya traza, fábrica y adornos constituyen una hermosa página del arte arquitectónico español. Una arcada sencilla semicircular, sostenida por pilares octogonales de ladrillo cortado, forma su claustro. Desde el suelo hasta la mitad de los dichos pilares se levantan unos antepechos de mampostería con un adorno compuesto de cinco lóbulos calados en el centro, que obstruyen, por tanto, los huecos de los arcos hasta la altura señalada. Sobre este cuerpo se alza otro muy semejante en todo al descrito, y separado del bajo por un alero sostenido por canes de ladrillo rojo y blanco agramilado. En los muros de Este y Oeste hay dos huecos que sirvieron de altares, ornados en el

exterior por una arquería concéntrica de tres ó cuatro boceles ojivales del mismo género de ladrillo de colores, bajo una gran moldura conopial. La parte de este claustro que conduce desde la sacristía al segundo patio, está revestida de azulejos policromos de relieve, que suben en algunos sitios hasta el techo y en otros solamente como un alto zócalo; aún se observan vestigios de preciosas pinturas murales representando santos y blasones del linaje de Guzman. Frente á la puerta que sirve de ingreso á este primer patio hay otra pequeña que conduce al segundo, llamado «de los Evangelistas.» No existe en él ninguna notable variante que lo distinga del anterior; grandes arcos ojivos de mampostería, que arrancan del suelo mismo, sostienen la techumbre, primorosamente pintada con hojas, lacerías, escudos y el monograma IHS, repetido en casi todos sus casetones; aquí existen las famosas pinturas murales de que doctos arqueólogos han tratado (1).

Los frescos, conservados hasta hoy, representan figuras de obispos, diáconos, mártires y religiosos menores que el natural. En el centro se ve á San Gerónimo rodeado de monjes que escriben; á derecha é izquierda de este asunto, figuras aisladas de prelados con sus correspondientes molduras que los separan de los restantes adornos; entre cada dos de éstos, unos espacios con labores pintadas tambien de lacería morisca, ostentando en sus centros escu-

---

(1) Monografía intitulada *Las Pinturas murales de San Isidoro del Campo*, Museo Esp. de Antigüedades, debida á la pluma de mi respetable amigo el erudito Sr. D. Claudio Boutelou.

dos heráldicos: el de la izquierda las dos calderas con sierpes, orladas de leones de gules, rampantes, y el de la derecha, de forma romboidal, cortado, con dos calamares. Frente á este muro hay un pilar, dos de cuyas caras están tambien pintadas con las figuras de San Sebastian y Santa Catalina. No quiero encarecerte el subido valor artístico-arqueológico de estas reliquias de la antigua pintura sevillana, y sólo te diré, que á mi juicio, y por una ligera inspeccion, son obra de mediados ó fines del siglo XV. En un gran nicho que existe en el muro de la izquierda se ven los fragmentos de una estatua de la misma época, de barro cocido, que representa á San Gerónimo, destrozada por la ignorancia brutal de nuestros dias.

Las várias impresiones que yo habia sentido durante mi visita, tenian ya fatigado mi espíritu y cansada mi imaginacion. Al llegar aquí necesitaba un momento siquiera de reposo; queria coordinar todas las ideas que habian ido despertándose en mi cabeza, y en uno de los ángulos del claustro, sentado sobre un capitel, con la cabeza entre las manos y la mirada fija, no sé en dónde, poco á poco comenzaron los pensamientos á irse levantando del fondo de mi cerebro. ¿Qué pensaba? Lo ignoro. Mejor dicho, no puedo decirlo. Era la hora de la caida de la tarde; los últimos rayos del sol, ténues ya, casi sin brillo, temblaron un momento en el alto muro de la iglesia: despues esa claridad indecisa del crepúsculo se extendió por todo el ámbito del silencioso patio, las leves brisas hacian oscilar los flexibles tallos de las

avenas silvestres crecidas á lo largo de las cornisas, una miriada de golondrinas cruzaban en todas direcciones por el cielo diáfano y azul. ¡Cuántos recuerdos se agolparon entónces á mi cabeza! ¡Cuán triste era todo lo que me rodeaba! En aquel silencio profundo, en aquel frio reposo, habia algo de muerte. Aquello, en efecto, es ya un cadáver, dentro de poco tiempo se convertirá en polvo, despues ese polvo desaparecerá en alas del viento. Y entretanto, fuerza es decirlo, nadie tiende una mano salvadora á tan venerandos restos, nadie se cuida de impedir una ruina que á pasos agigantados avanza, y cada dia se desprende un sillar, se desploma un techo, se rompe un muro.

Importa poco que todo desaparezca, que España pierda una hermosa página de su historia arquitectónica, que el polvo de los héroes se confunda con los escombros de sus sepulcros. Aquel ilustre caudillo que al hacer el suyo elevó un templo á Dios y un monumento al arte patrio no podria ni áun siquiera haber sospechado, que colocándolo bajo el amparo de su glorioso nombre se derrumbase un dia por la indiferencia de los españoles.... Así pensaba yo en aquellos momentos, viendo aproximarse el plazo en que para baldon y oprobio nuestro se destruirá totalmente el monasterio. ¿Y cómo no? Puedo decirte ahora que el revestimiento interior de las bóvedas del templo se está desprendiendo á grandes trozos, que el agua se filtra entre sus mal seguros sillares, que de los patios que te he descrito amenazan desplomarse las preciosas techumbres y que el monumento, en fin,

se halla en el más triste y deplorable abandono.

Las sombras comenzaban poco á poco á invadir aquellos lugares, dibujándose ya los objetos con esa vaguedad producida por las tinieblas. Por última vez miré aquellos muros, sus pinturas, de las que sólo se veian los contornos, las arquerías de los claustros, atravesé por entre los jaramagos y las ortigas que los alfombran para llegar á la iglesia. En ella todo era, más que sombrío, negro; la lucecilla de una lámpara chisporroteaba delante del retablo mayor, iluminando confusa y vagamente las estatuas orantes de los fundadores: entónces, sin saber por qué, sentí un gran frio en el fondo de mi alma; tuve de nuevo que cruzar el patio; á mi paso ví una puertecilla desvencijada y la empujé; era la sala del antiguo refectorio. Un ruido extraño me hizo levantar la cabeza; en aquel momento un enorme buho atravesó volando la desierta estancia, agarrándose á un hierro pendiente aún de la clave de una alta ojiva; desde allí, con sus ojos relucientes me miró un instante, y batiendo pesadamente sus grandes alas, desapareció por una de las ventanas que dan al campo.

Pocos segundos despues me encontraba ya fuera del monasterio. Al abandonarlo experimenté en el pecho una opresion, como si me faltase aire que respirar. ¡Me sentia yo tan bien en medio de aquellas ruinas! ¡Hablaban tan elocuentemente á mi alma! Pero ¿á qué cansarte con más digresiones? ¿Á qué lamentar de nuevo el estado tristísimo en que este valioso monumento se halla? ¿Qué conseguiria yo censurando la incuria de los unos, la indiferencia de los

más? Todo sería inútil; entretanto, la destruccion ha fijado en él su asiento, el tiempo poco á poco lo va desmoronando y quizá en plazo no lejano veremos al arado abrir sus surcos sobre el sepulcro de Guzman el Bueno.

Sevilla 20 de Mayo de 1879.

# LA CABEZA DEL REY D. PEDRO

## NUEVOS APUNTES
## PARA ILUSTRAR SU HISTORIA

Pues don Pedro de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos
Y qué dió sino escarmientos?
Quieta y próspera Sevilla
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que están en el Candilejo (1).

Existe en Sevilla una calleja tortuosa y estrecha, formada de humildes viviendas desiguales y mezquinas, con los aleros de sus tejados salientes, sus puertas pequeñas y bajas, sus ventanillos con tiestos de flores esparcidos aquí y allá, como riéndose de todas las reglas eurítmicas; las unas que parecen empinarse para mirar á sus vecinas más bajas, las otras que atrevidas rompen la línea recta del muro que forma la calle, y estas quebraduras, estas desigualdades, como si dijéramos, en un palmo de terreno.

(1) D. Francisco de Quevedo y Villegas.—Romance XLI, t. 8.º edicion de Sancha.

Es verdad que hoy la industria moderna, sonrojada por tales caprichosas construcciones, ha conseguido *embellecer* su deformidad, y algunas casas con figuritas de yeso, frisos de carton piedra, rejas historiadas y alegres colorines se levantan de trecho en trecho para atestiguar, por si álguien lo duda, el gran adelanto y exquisito gusto de las construcciones de nuestros dias.

Esta calle, en la cual ha penetrado la piqueta moderna hasta hacerle perder casi por completo su antiguo original carácter, es, sin embargo, no sólo conocida de los propios, sino que tambien con empeño visitada por los extraños.

La calle del Candilejo representa hoy la historia sevillana de un importantísimo reinado, el imperecedero recuerdo de un gran Monarca, la página escrita de una veneranda tradicion. Testimonio de aquellas *tremendas justicias*, va unida estrechamente á la augusta sombra de Pedro I de Castilla; de aquel gran Rey, que, segun la frase de un antiguo escritor (1), «más debió su muerte á la vendible pluma de Ayala que al puñal de D. Enrique;» de aquél ilustre Soberano que legislaba en el Becerro de las Behetrías, en el arreglo y compilacion del Ordenamiento de Alcalá, en el de los menestrales, y en las Córtes de Valladolid del año 1351, que guerreó venciendo en Aragon y en Granada, que tuvo el esforzado ánimo para acometer la gigantesca empresa de restaurar el

(1) Ldo. Estéban G. de Muñano. M. S. intitulado *Escrito sobre el Principado de Sevilla en defensa de la verdad del epigrama de Ausonio*. Pag. 33.—Bib. Colomb.

perdido prestigio y de robustecer el poder real, desmembrado y agonizante á manos de la turbulenta y poderosa nobleza castellana; de aquella gran figura que supo, en medio del encrespado mar de deslealtades y felonías, de traiciones, *asonadas é furtos*, salvar del gran naufragio el arte arquitectónico, levantando insignes templos, concediendo gruesas sumas para la restauracion de famosos monumentos y gozándose, por último, en construir sus soberbios alcázares de Sevilla.

Tales gloriosos padrones, en vano intentarán oscurecer los rutinarios continuadores del desleal cronista; todos sus esfuerzos por arrancar de las ennoblecidas sienes del desdichado Monarca tan preciados laureles serán inútiles, porque el grito de la impotencia no llega nunca á la region serena destinada á los grandes genios.

Hé aquí por qué todo lo que se relaciona con este ilustre Monarca, hidalgo y caballeresco por excelencia, es siempre de grandísimo interés, no sólo para los que se dedican á estudiar su turbulento reinado, sino tambien para todo amante de las patrias glorias: no dudamos, pues, que nuestros lectores verán con gusto la descripcion que de la primitiva cabeza del Rey D. Pedro, colocada en la calle del Candilejo hasta los años de 1630, se hace en un manuscrito que se custodia en la Biblioteca Colombina (1).

---

(1) Tomo de Varios en su mayor parte M. M. S. S. En la portada se lee: Memorias Históricas Sevillanas, recogidas en este tomo primero para la librería del Dr. D. Ambrosio de la Cuesta y Saavedra, canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla.

Creemos ser los primeros en publicarla (1), y creemos que es de alguna importancia, pues si el hecho tan conocido que dió lugar á la tradicion no tuvo hasta aquí fuerza de verdad histórica, puede tenerla por la razon de existir la cabeza del referido Rey colocada en el sitio de la actual, casi á raíz de su mismo siglo. Veamos lo que nos dice el autor anónimo del manuscrito intitulado «algunas noticias que ay en Seuilla del Rey Don Pedro, de que se hace memoria por tradicion enella.»

Dice así: «Don Joan de Pereda Jurado desta ciudad cuyas eran las casas donde está puesta la cabeza que las heredó del Jurado Pereda su padre y en ellas sucedieron los hijos del dicho Don Joan de Pereda me dixo: que amenazando ruina la pared de la casa donde estaba puesta esta cabeza, y siendo necessario el reedificarla, su padre como Jurado desta ciudad, dió cuenta de la obra que se auia de hazer en el Cabildo para que por su acuerdo se mandase lo que se auia de executar. Y la Ciudad acordó que se hiciese una efigie de piedra, que representase la persona del Rey Don Pedro, en traje é insignias reales, y que se pusiesen las armas de Castilla y Leon en un escudo á costa

---

(1) En una nota de D. Eugenio de Llaguno y Amirola á la Crónica del Rey D. Pedro, edicion de Sancha, se hace alguna indicacion ligerísima acerca de este particular al hablar de la estatua orante del Rey en su sepulcro de Santo Domingo el Real de Madrid, pues dice sólo que era de barro y pintada refiriéndose á Argote.

Además hemos procurado informarnos de algunas personas eruditas que se ocupan en inquirir noticias acerca de nuestras antiguallas, consultando al efecto con el reputado escritor Sr. D. Joaquln Guichot, que tan doctos trabajos ha publicado relativos al Rey Justiciero, el cual lealmente nos ha manifestado que desconocia la existencia de la primitiva cabeza, y que estimaba como muy difícil hallar datos acerca de su historia.

de la Ciudad, y se colocase en vn nicho en el mesmo sitio donde la cabeza estaba, porque esta memoria no se perdiese, y se puso en execucion, lo que la Ciudad mandó, colocando en vn nicho el bulto del Rey de medio cuerpo, como oy se vée.

Y assi mesmo me refirió que *siendo él muchacho*, vió que aquel eruditíssimo Príncipe el excelentísimo señor don Fernando Enrriquez de Ribera Duque de Alcalá, llegó vn dia á su casa buscando á su Padre, á quien preguntó: que se auia hecho *aquella antigua cabeza* que allí estaba? y el Padre le respondió que en algun rincon de la casa estaria y la hizo luego buscar, y la hallaron en vn sótano de donde se sacó y la dió al Duque, que la recebió con mucha estimacion y le dió los agradecimientos por el hallasgo; y la puso en su coche y se la llebo: y que decia el Duque: *que tenia aquella cabeza por verdadera efigie del Rey Don Pedro ó muy parecida.* Y repitiendo las señas de la cabeza dezia, que juzgaba era de barro cocido y pintada con el pelo corto, que solo le cubria el cuello cortado al rededor, y cercenado por la frente, como entonces se vsaba, sin bigotes ni barbas, el rostro algo abultado, y en la cabeza vn bonete redondo traje de aquel tiempo y que asistiendo á su padre este dia vió lo que referia. Esta cabeza (sin duda) puso el Duque en su librería ó en otra parte de su casa, que enrriqueció con muchas memorias y piedras y estatuas antiguas y por el poco cuidado de los Alcaydes de su palacio y falta de estimacion y aprecio de las cosas deste género, se an desparecido muchas antiguallas que se guardaban en la pieza que tenia destinada el Duque para los libros,

ó puestas en diferentes sitios de su casa, entre las cuales padeció esta el propio naufragio.»

D. Pablo Espinosa de los Monteros, en la II parte de la Historia y Grandezas de la gran ciudad de Sevilla, al fólio 52, habla tambien de la renovacion de la cabeza y dice: «y por memoria deste caso mandó poner en aquella esquina en una concavidad, su cabeza, hecha de piedra (1) la cual se renovó *pocos años á*, y se puso en lugar della el medio cuerpo que oy está.»

No es posible dudar del hecho de haber existido la cabeza del Rey en la calle del Candilejo, pues además de asegurarlo así la tradicion, lo vemos corroborado por el autor anónimo del manuscrito á quien dijo D. Juan de Pereda: «que asistiendo á su padre este dia *vió* lo que referia,» y además por las palabras de Espinosa. Esto sentado, se nos ocurre el siguiente razonamiento. Segun Ortiz de Zúñiga acaeció el hecho que dió lugar á que se colocara la cabeza del Rey uno de los dias del año 1354; desde esta época hasta los en que Espinosa publicó su libro (1630) van trascurridos dos siglos escasos; no repugna á la buena lógica que este tiempo hubiera permanecido la primitiva cabeza, y que ya por su mal estado, como parecen probarlo las mismas palabras de Pereda al referir *que se halló en un sótano*, ya porque la Ciudad quisiera representarlo más autorizadamente *en traje é insignias reales*, se acordase la colocacion de la existente. Se observa muy comunmente que los monu-

(1) Espinosa no tuvo ocasion como D. Juan de Pereda de ver y examinar tan de cerca la dicha cabeza: no es extraño, pues, que se equivocara.

mentos públicos, como estatuas, inscripciones, etcétera, que se colocaron en dias pasados para perpetuar algun acontecimiento, permanecen por lo general en sus respectivos lugares, bien hasta que se destruyen ó porque pasado algun tiempo desaparece el aprecio que de ellos se hizo.

Segun nuestro juicio, entendemos que no es posible dudar de que existió la cabeza del Rey en la calle del Candilejo hasta los años 1620 ó 1630 en que tuvo lugar la colocacion de la existente, y para probar de una vez que quizá el Duque de Alcalá no se equivocaba en tenerla por verdadero retrato de D. Pedro, fijémonos en la descripcion de Pereda y veremos cuán al vivo está representado en ella un personaje de los siglos XIV ó XV: «*el pelo corto que sólo le cubria el cuello cortado alrededor y cercenado por la frente, como entónces se usaba, sin bigotes ni barbas, el rostro algo abultado* (1) *y en la cabeza un bonete redondo.*» Bastan estas ligeras indicaciones para no dudar que la cabeza representaba la de un varon perteneciente á uno de estos dos siglos; pues ya en el siguiente comenzó á decaer esta costumbre del *cabello cortado alrededor del cuello y cercenado por la frente.*

De lo dicho deduciremos que ó se colocó en el mismo reinado de D. Pedro ó en los sucesivos comprendidos hasta el siglo XVI, y en tal caso será tambien razonable creer que si el hecho en que se funda

---

(1) Dice Ayala: «E fué el Rey D. Pedro *asaz grande de cuerpo,* é blanco, é rubio, é ceceaba un poco en la fabla. Era muy cazador de aves, fué muy sofridor de trabajos. Era muy temprado, é bien acostumbrado en el comer y beber. Dormia poco, é amó mucho mugeres. Fué muy trabajador en guerra,» etc.

la tradicion no fué cierto, ¿cómo entónces colocaron su cabeza en los *cuatro cantillos*?

Nada más diremos por ahora acerca de esta veneranda antigualla; nuestro interés por todo lo que se relaciona con este bizarro Monarca nos ha impulsado á escribir estos renglones, levísimo grano de arena que allegamos al hermoso pedestal que se comienza hoy á levantar á su memoria.

Tocaba á nuestro siglo llevar á cabo la noble empresa de rehabilitar la figura histórica de este gran Rey. Muchos y eruditísimos escritos se han dado á la estampa por doctas plumas, y su recuerdo, oscurecido hasta nuestros dias por la impotente saña de sus detractores, va mostrándose cada vez más claro y distinto, al mismo tiempo que se ennegrecen los de aquellos grandes desleales, de aquellos traidores perdonados, y de aquellos miserables enemigos, viles sicarios del fratricida de Montiel.

18 de Octubre de 1878.

# EL MONASTERIO DE SANTA PAULA

## (SEVILLA)

¡Grandioso espectáculo el que se ofrece á nuestros ojos al estudiar el cuadro que presenta España desde los últimos años de la décimaquinta centuria!

El impulso que á la benéfica sombra de los egregios Monarcas adquieren las artes y las letras; el desenvolvimiento que empieza á realizarse, merced á los poderosos estímulos que por doquiera halla la inteligencia; la atmósfera de gloria que nos rodea, y el entusiasmo arrebatador que arde dentro de todos los pechos, claramente nos anuncian los brillantes albores del Renacimiento. Todo entónces parece animado por un aliento vivificador: una falange de insignes artistas se extiende por los ámbitos de la Península; caen por tierra las enhiestas montañas para levantarse de nuevo y ascender hasta el cielo, convertidos sus sillares en aéreas y ligerísimas agujas, en flechas y pináculos, y á todas partes que la vista asombrada se dirige, ve alzarse palacios, aulas y templos, en cu-

yos ornamentados y floridos muros se muestran los inmortales nombres de Juan Guas, Pedro del Rincon, Enrique de Arfe, Juan Francés y otros mil que á tan alto grado de esplendor elevaron las artes españolas. No fué Sevilla de las poblaciones que ménos sintieron los grandes efectos del movimiento intelectual de que venimos hablando. Escogiéronla los Reyes Católicos várias veces por asiento; al presente existen considerables restos de la Casa-apeadero de la ilustre D.ª Isabel; el Alcázar del Rey Justiciero á ellos debió señaladas obras de reparacion, y, por último, en sus tiempos construyóse el notabilísimo monasterio de religiosas jerónimas de Santa Paula.

Importante es, á no dudarlo, el estudio completo de este monumento; nosotros trataremos más especialmente de su famosa portada, pues pocas obras de tan señalado valor se conservan al presente en España. Tres elementos de artes distintos se notan á primera vista: el ojival, plateresco y árabe. Los lineamientos principales pertenecen al primero; su ornamentacion al segundo, y las fajas horizontales de ladrillo agramilado que forman el muro son vivo ejemplo de la tradicion artística arábigo-española. Difícil es que pueda presentarse otro modelo cuya combinacion, tan correcta y peregrina, compita al mismo tiempo con la riqueza y brillantez del color: los cromáticos ornatos, sus atrevidas y ligerísimas líneas, sus mil primorosos pormenores cautivan nuestro ánimo y dejan suspensa á la imaginacion ante el singular conjunto que en esta fábrica se muestra. Nada más sencillo ni más poético que el paraje

en que se levanta. Figuráos un espacioso compás, al que sirve de ingreso una pequeña puerta con arco conopial y baquetones ojivales, sobre la que existió hasta hace pocos años un hermoso cuadro de azulejos que representaba á la Santa tutelar: nada al pronto os llama la atencion; en aquel vasto ámbito se ve plantado algo semejante á un jardin; junto á los altos y amarillos girasoles algunos escuetos cipreses, por cuyos oscuros troncos trepan las enredaderas de campanillas purpúreas y blancas; las ortigas y jaramagos crecen al pié de los rosales de diversos matices, y las verdes cañas del maíz confunden sus elegantes y flexibles hojas con las ligeras y doradas espigas de la silvestre avena. Ya en el centro de este rústico pensil, volved los ojos, y á vuestro frente veréis la suntuosa portada: sobre el rojizo tono del ladrillo, los bellísimos grutescos italianos, compuestos de bichas, caulículos, mascarones y cartelillas, los azulejos de mil matices é irisados cambiantes, el ático ornado de flameros y querubes, más allá la torrecilla octogonal que da acceso á la parte superior del ábside, interrumpidos sus muros por ventanas semejantes á estrechas y prolongadas aspilleras, festoneadas de policromos azulejos, y, por último, el ábside con sus tres estribos, sus elegantes ojivas que rompen el muro, y sus negruzcas gárgolas representando fantásticos animales de alas de vampiro y bifurcadas colas. Mas si quereis que el cuadro adquiera toda la riqueza de que es susceptible, llegad á gozaros de él á la caida de la tarde: entónces los débiles rayos del sol, iluminando su con-

junto, os lo harán aparecer deslumbrador, y los matices azules, verdes y amarillos de sus *feïences* semejarán esmaltadas placas por su vivísimo oriente.

Empero justo es que entremos de lleno en el estudio de que tratamos, para lo cual ántes necesario será que registremos algo de su historia: data su fundacion del año 1475, por la venerable madre Ana de Santillan, priora que fué de este monasterio, fallecida á 26 de Agosto de 1489, segun manifiesta su losa sepulcral, que existe en el coro, y mandó construir su iglesia D.ª Isabel Enriquez, marquesa de Montemayor, en Portugal, cuñada del Duque de Braganza, mujer del Condestable de aquél reino don Juan y biznieta de los Reyes D. Enrique de Castilla y D. Fernando de Portugal. Bien manifestó esta ilustre dama su desprendimiento y munificencia, pues nótase á primera vista que nada se escaseó en la fábrica, empleando los más ricos materiales. Mas vengamos ahora á la portada. Consta de un solo cuerpo, y aunque adosada al muro, se nota que está independiente de él: su construccion es de ladrillo agramilado, de corte tan regular y perfecto, que llama la atencion á cuantos la examinan. Una serie de arcos ojivales concéntricos, que descansan sobre correctas basas, forman sus jambas, y el espacio que comprende la archivolta exterior es muy notable. Sobre un fondo de azulejos, que imita el tono del ladrillo, se ven, pintadas de azul y blanco, con algunos toques de otros colores, bellísimas fantasías platerescas, sobre las que, á trechos, se ostentan, encerrados dentro de circulares guirnaldas de alto relieve com-

puestas de frutas y flores policromas, varios medallones con las figuras de San Roque y San Sebastian, San Cosme y San Damian, y Santa Paula, en el lado de la derecha, y las de San Pedro y San Pablo, San Félix y San Francisco, y Santa Elena, á la izquierda, viéndose en la clave el Nacimiento de Cristo, de igual manera dispuesto. Como ya hemos dicho, todos estos relieves están vidriados con múltiples colores, excepto el último citado, cuyas figuras son blancas sobre fondo azul, recordando muy al vivo el estilo del famoso artista italiano Lucca della Robbia. Las grandes enjutas que á uno y otro lado aparecen, tambien están revestidas de preciosos azulejos, en que se ven pintados paisajes y nubes, sobre las que resaltan, en la parte superior de ellas, dos ángeles de alto relieve, asimismo vidriados, en actitud de adoracion, sosteniendo en sus manos dos cuadrados cada uno respectivamente, en los que, sobre campo negro, se ve de relieve, y con caprichoso enlace, el monograma I. H. S., y por bajo de él un ángel á cada lado, de pié con las alas extendidas y un libro abierto en sus manos, sostenidos por ménsulas de barro con reflejos metálicos, lo mismo que el ya citado monograma. Una imposta, compuesta de dos cavetos, encierra por su parte superior esta fábrica, sobre la que corre un sencillo y poco elevado antepecho de azulejos de cuenca, coronando el todo blancos flameros, alternados con cabezas de querubines, sobre los cuales descuella, en el centro, una marmórea cruz. Ya en el tímpano, atrae las miradas el soberbio escudo, de resalto, de los Reyes Católicos, esculpido en mármol

blanco, con el águila nimbada, y los escudos, de azulejo, con el yugo y las flechas y los lemas TANTO MONTA: los espacios que estos tres blasones dejan entre sí revisten fantasías platerescas, entre ellas dos tarjetillas, en una de las que se lee S. P. Q. R., y en la otra PISANO. Sobre la primera hay otra, ovóidea, con la palabra NICVLOSO. Por último, en el arranque de la archivolta, y á la derecha, existe un pequeñísimo rectángulo con esta inscripcion:

.NICVLOSO.
FRANCISCO.I.
TALIANO.MEF
ECITINELAGNODEI
. 154

Tal es la portada del monasterio de Santa Paula; mas ántes de terminar, cumple á nuestro propósito decir dos palabras sobre algun pormenor interesante que de su estudio se desprende. Como ya hemos repetido, toda la parte decorativa de fantasía está basada en el más puro Renacimiento, lo cual no ocurre con las figuras, que recuerdan fielmente el estilo aleman, lo mismo en el dibujo de sus paños que en sus actitudes, y á veces hasta en la misma composicion. Hemos tenido la dicha de hallar la clave de esta notoria diferencia, hasta el dia ignorada, al encontrar que en el medallon que representa á los Santos Cosme y Damian, y en su parte inferior, existe, con elegantes caractéres góticos, la firma siguiente: PO. MILLA MAESTRO. Prueba este interesante dato que el insigne escultor Pedro Millan ayudó al orna-

to de este monumento, más valioso ahora por la rareza de las obras que de este artista nos quedan. Si esta hermosa fábrica es de subida importancia para el estudio del arte español, otras joyas se muestran dentro de la iglesia muy dignas de estudio. Consta este templo de una sola nave: los nervios de su ábside ojival están pintados con adornos barrocos de pésimo gusto; su retablo mayor tambien es de baja época, tallado al estilo churrigueresco. Por el contrario, los altos zócalos de azulejos que hasta la altura de tres varas ornan los muros en esta parte del presbiterio son de los más bellos y ricos modelos de la cerámica sevillana, viéndose fielmente imitados los tapices persas, tan en boga en los siglos XV y XVI. En el lado de la epístola están los sepulcros con las estatuas yacentes de D.ª Isabel Enriquez y su hermano D. Leon; éste, armado de punta en blanco, tiene la siguiente laude, de que carece la anterior, en primorosos azulejos con caractéres góticos, y dice así:

AQUI.ESTA.LOS.HVESOS.DEL.GENEROSO
CABALLERO.DO-LEO.ENRIQUEZ
TRASLADADOS.POR.LA.MUY.MAGNIFICA
Y.GENEROSA.SEÑORA.DOÑA.Y.SABEL
ENRRIQVEZ.MARQVESA.DE.MONTE
MAYOR.SV.HERMAMA.EDIFICADORA
DESTA.IGLESIA.DESCENDIENTE.DE.LAS.
RREALES.CASAS.DE.CASTILLA.
Y.PORTVGAL.MURIO.~~ENEMIGO~~.DE.SU. ENSERVICIO
REY

En el lado del Evangelio, frontero al de su mujer,

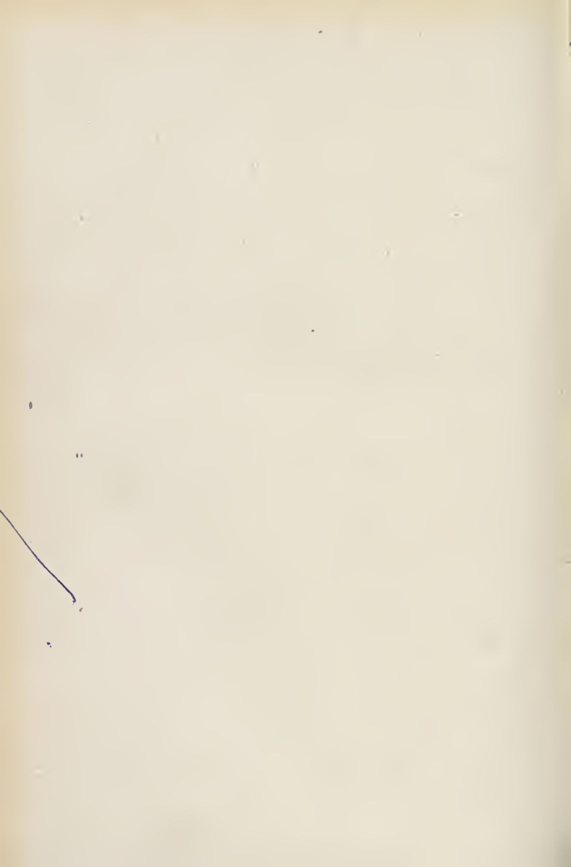
está el enterramiento del Condestable, cuya efigie yacente, esculpida en mármol blanco, es muy notable por su ejecucion y valor arqueológico, así como las otras, que tal vez fueran todas obras del maestro Millan. La nave del templo tiene rica techumbre de alfarje sin pintar, llevando sólo en su arrocabe sendos escudos de la edificadora, y repartidos por su harneruelo, bellos racimos dorados; todo ello construido por el artífice Diego Lopez Arenas, segun él mismo manifiesta en su tratado de la carpintería de lo blanco. Merecen tambien particular mencion los dos retablos de Alonso Cano, en cuyas hornacinas centrales se venera á San Juan Bautista y San Juan Evangelista, cuya disposicion recuerda los dos opuestos bandos en que estuvieron divididas las religiosas, bautistas unas y evangelistas otras. Finalmente, deben examinarse los azulejos pintados sobre fondo amarillo que lucen en los zócalos, y el hermoso paño de ellos que reviste el frontal del retablo mayor, este último de bellísima axaraca.

Tales son la iglesia y portada de Santa Paula. Mucho más hubiéramos podido añadir á nuestra somera descripcion, pues el estudio de la segunda se presta más bien, por su importancia, al extenso trabajo de una monografía que á los límites de un artículo. Hoy, que las industrias artísticas tienden á la reproduccion de los hermosos modelos de la antigüedad, gran enseñanza podria proporcionarles éste, que por su rareza constituye una de las más valiosas joyas del arte monumental español.

Sevilla, Diciembre de 1880.

# INDICE

Páginas.



# FE DE ERRATAS

| Páginas. | Donde dice | Léase |
|---|---|---|
| 20 | aumenta | aumentan |
| 22 | desarrollaba | desenvolvia |
| 22 | sacudiéndole | sacudiéndolo |
| 108 | joos | ojos |
| 112 | momento | instante |
| 116 | por | hácia |
| 122 | por | durante |
| 135 | referirte | narrarte |
| 138 | fosa | tierra |
| 139 | ciertísimos | certísimos |
| 155 | diputándoseme | considerándoseme |
| 162 | palmitas | palmetas |
| 166 | ocasiones de que | ocasiones en que |
| 169 | señor | dueño |
| 183 | paroxismo | abatimiento |
| 196 | agramilado | (agramilado) |
| 197 | mediados ó fines del siglo XV | fines del XIV |
| 200 | veutana | ventana |




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600707196
i2503117x

